

Ocho corazones
y un
San Valentín



Antología 2.014

ÍNDICE

Agradecimientos.....	iii
007 Ataca en San Valentín <i>de Castalia Cabott</i>	1
Destino de Fuego <i>de Lydia Alfaro</i>	63
Sólo por ti <i>de Anele Callas</i>	80
El primer amor nunca se olvida <i>de Samanta Rose Owen</i>	106
Un bombón para San Valentín <i>de Verónica García Montiel</i>	136
Cupido es de Canela <i>de Chloe Santana</i>	164
Nuestro Santuario de los besos regalados <i>de Olivia Ardey</i>	189



AGRADECIMIENTOS

Esta Antología nació de una descabellada idea que tuve una tarde. Como muchos ya sabéis publiqué hace unos meses mi primera obra, pero este camino es muy difícil, y que nos conozcan partiendo de la nada aún más. Así que pensé en que un grupo de jóvenes escritores nos uniéramos para escribir una serie de relatos románticos, y entre todos hiciéramos una pequeña promoción para darnos a conocer unidos.

Compartí esta aventura con Samanta Rose Owen; una joven que tiene el mismo sueño que cualquiera de nosotros tuvimos no hace tanto, lograr publicar su obra (personalmente sé que lo conseguiré). Sin dudarlo un instante me apoyó, y comenzamos a informar al resto de autores que participan y aceptaron gustosamente al reto que les propusimos.

He de agradecer a Olivia Ardey que nos cediera un relato que ella había escrito tiempo atrás, en señal de apoyo a nuestra iniciativa. Sé que teniendo una trayectoria como la suya, participar con jóvenes soñadoras a veces tiene un riesgo; pero ella después de saber que nuestro propósito es sin ánimo de lucro, aceptó sin dudarlo.

Quiero dar las gracias a todos los participantes, cada uno de ellos ha sido clave para que esta Antología haya sido un éxito. La variedad de estilos ha sido la pieza principal para que el conjunto de relatos sea espectacular.

No voy a aburrirlos más, os invito a leer cada uno de ellos, que ha salido del corazón de cada autor.

Iris T. Hernández



007 ATACA EN SAN VALENTÍN

de Castalia Cabott

<http://cabottcastalia.blogspot.com.ar/>

—¿Lo decís en serio?

—En serio. Eso me dijo: dile que traiga a su novio... si es que tiene uno.

La del comentario insidioso por demás es Malena Ortiz, mi peor enemiga, la conozco desde el jardín de infantes y es lo que jamás seré: hermosa, elegante, delgada, etérea y tan fina que hasta el chofer de un taxi se baja a abrirle la puerta, y algo más: es fea por dentro.

La maldita me ha “comunicado” que espera verme en una mega fiesta que dará en honor al lanzamiento de su marca de diseño de ropa. Si se preguntan cómo es posible que odiándola esté pensando en ir a su fiesta, tiene una explicación: Soy una de las dos socias que tiene la compañía de eventos que contrató. Sabiendo que la aborrezco, sobre todo desde que se quedó con “mi Príncipe encantado” todo contacto de trabajo lo hicimos a través de Sole, mi socia, lo que me evitó el vómito de verla.

Soledad Álvarez es además de mi socia, mi mejor amiga desde que inicié el secundario. La persona más inteligente y generosa que he conocido en mi vida. Y las más entrometida también.

—No te pongas mal, Cande, sabes cómo es.



Si lo sabía. Por eso había estado los últimos dos días leyendo el periódico. ¿Es que nadie quiere trabajar? Después hablan de crisis. Leí de cabo a rabo todos los ofrecimientos de empleo y ni una oferta de acompañante masculino, solo de mujeres e imagino que profesionales en lo suyo.

La necesidad tiene cara de hereje.

Necesitaba un acompañante para el día de San Valentín, día elegido por la exquisita y odiada Malena Ortiz para su mega evento. Y eso era en dos días. Si tan solo hubiese decidido ser administrativa en alguna gran empresa, no habría tenido este problema, en ellas abundan los hombres, pero Luz de Sol, el emprendimiento que creamos con Sole, solo tenía dos miembros: ella y yo, y algunos empleados eventuales. Y mi fobia a las citas o reuniones sociales se habían acentuado con el paso de los años, con esto quiero decir que es difícil que agarre el teléfono y llame a un amigo: no tengo amigos. Pero, ojo señoras y señoritas, no soy una antisocial, solo una mujer muy trabajadora.

Mi idea no era nada original: alquilar un novio. ¡Vamos, si hasta en las películas se hace! Pero... ¿de dónde? Si tomas un clasificado verás que el rubro, "novios" no está ahí. Y por el trabajo que desarrollo sé que a más de una le vendría muy bien su existencia.

El caos de la ciudad era inexplicable, febrero, es un mes de vacaciones, al menos del sector a la izquierda del Atlántico. ¿Qué hacía toda esa gente molestando y congestionando el tránsito? Se supone que todo el mundo ha viajado a la playa más cercana, que en mi caso está en Chile. No se los dije pero vivo en Mendoza, más exactamente en Godoy Cruz, frente al parque de la ciudad, un lugar precioso, pero no se emocionen, en el lado pobre del parque.

Odio que me llamen cuando manejo, no puedo evitarlo, y si el tránsito está como hoy, es peor. Pero soy de las que se detiene



donde pueda y respondo la llamada. Jamás contesten mientras conducen. Considerando que por mi trabajo, organización de eventos, muchas personas me llaman sin horario, y a los clientes hay que cuidarlos, esa es la razón por la que me tomo el trabajo de responder a cada una con absoluta diligencia. Solo que quien llamaba esta vez no, no era un cliente.

—¿Sole? ¿Qué pasa?

—¿Te acordás de Elena Miranda?

—¿La diseñadora? Sí, ¿qué pasa?

—Me dio un número de teléfono, dice que es de una agencia de empleo, ahí van a solucionar tu problema de compañía.

— ¡Qué! ¿Le dijiste a Elena lo que me pasa? ¡Estás muerta Soledad Álvarez! Me oíste, ¡muerta!

—Sí, ya sé, te mandé el número por msn. Llámalos. Te están esperando.

La maldita entrometida colgó. Tiré el teléfono con fuerza hacia el asiento trasero, no iba a contestarle a nadie nunca más en la vida. ¿A ver ex "socia" cómo te las arreglas sin clientes?

Como ya les mencioné, la necesidad dicen, tiene cara de hereje. ¿Cuál es la hora más conveniente para exponer de manera patente y clara que ni siquiera sirves para atraer a un tipo? Y cuando digo tipo digo uno cualquiera, ni siquiera hablo de un bombón, o, no quiero parecer discriminadora, un simple mensajero de oficina. Llamaría, ya lo había aceptado, pero ¿a qué hora? El msn de Sole decía: Gerardo T. García y el número. Nada más. ¿A qué hora cierra una oficina de búsqueda de empleo?



Miré el reloj, las ocho de la noche, era ahora o nunca. Marqué los números y esperé al cuarto llamado ya estaba a punto de cortar.

—¿Sí?

¿Sí? ¿Qué manera es esa de responder en una agencia? ¿Qué pasó con “Agencia Le Busco Lo Que Necesita a sus órdenes, buenas tardes, en qué podemos ayudarla”? No sé qué recomendación había dado Elena, pero por la forma de atender era una agencia de cuarta. Suspiré, y me repetí: “la necesidad tiene...”

—Buenas tardes, necesito hablar con Gerardo García.

—Él habla.

El telefonista. Al parecer eso me había conseguido Elena.

—Mira, soy Candela Ríos, seguro que Elena...

—¿Candela? —repitió algo sobresaltado. En algunas empresas no se permiten recibir llamadas personales, supongo que la mía le llegó en un momento inconveniente— Sí, sé quién eres, Helena Miranda me habló de vos y tú... evento.

No sé porque fruncí un ceño porque separó la palabra “evento” del resto de su oración. Tuve una leve sospecha. ¿Cuánto sabía el telefonista? ¿Acaso Elena es otra boquifloja? A veces uno debe tomar el toro por las astas.

—Excelente. Entonces seré breve. ¿Cuánto vas a cobrarme por dos horas?

—¿Sólo dos horas? Pensé que el evento era más largo.

—No pienses demasiado, yo solo estaré dos horas, si luego quieres quedarte, lo lamento, se supone que eres mi novio.



Es tan extraño hablar así a alguien que no conoces. Pero no tenía mucho tiempo, mañana a la noche era la fiesta, y tenía que asegurarme que todo saliera como lo había pensado.

El tipo soltó una carcajada. Al menos su voz era sexi, Dios sabe qué adefesio sería. Pero la necesidad tiene... —Entonces ya sabes bien de qué se trata —renové mi ataque con suficiencia.

—Claro que sí —me contestó aun riendo— eres y siempre lo has sido, una espinita, una especie de puerco espín, en un paquete pequeño algo voluptuoso, que necesita un novio para enrostrárselo a una vieja rival, ya que al parecer tienes demasiadas espinas para conseguirte uno de manera lícita.

¿Qué? Mi amor por Sole disminuyó unos cuantos puntos, considerando que en ese preciso segundo coloqué también en mi lista negra a la boquifloja entrometida de Elena Miranda. No sé qué otra barbaridad le habría dicho pero no había ninguna necesidad de contarle todo. Bien, yo tampoco tenía necesidad de dialogar fraternalmente ni ponerme en víctima frente a un tipo al que iba a pagarle por dos horas de trabajo. Esa era la razón por la que Sole se ocupaba de cocinar y yo de las relaciones públicas. Conoces a la gente apenas hablas con ella.

—Sí me perdonas, no tengo tiempo para metáforas de espinas, ¿puedo contar con que serás puntual? ¿No tienes trabajo a esa hora, no?

Noté que el tipo se demoró en responder, probablemente otra llamada entrante, hace años trabajé de telefonista y me juré que plantaría papas antes de volver a esa locura.

—No, no lo tengo. Y sí claro que sí, no me lo perdería por nada del mundo —dijo al final.



El entusiasmo que se desprendía de él fue tal que comprendí que del otro lado de la línea había otro necesitado también. La ley de mercadotecnia más famosa del mundo: todos necesitamos algo. Supuse en el acto que el telefonista no andaba muy bien de fondos. Mi mente, que es súper multilateral, comprendió al instante todo el panorama: joven, buena voz, con el puesto de telefonista igual a pobre como una rata. *Pobre... eso significa que no tiene ropa adecuada para ser mi novio.* Menos mal que mi mente analiza todo en microsegundos.

— ¿Conoces San Remo? —pregunté.

— ¿San Remo? No. ¿Cambiaron de lugar la fiesta?

—No, es una casa de ropa masculina. Pasa por ahí durante la mañana y retira un traje, no te preocupes por el precio, pero ni se te ocurra arrugarlo, la dueña es amiga, úsalo esta noche. Luego lo devuelves.

— ¿Qué? ¿Devolverlo?

Pobre, quizás nunca se había comprado un traje. Siendo sola, mi presupuesto con una empresa tan requerida como Luz de Sol, había logrado proveerme de una cuenta a mi nombre bastante gordita.

—Pensándolo mejor tienes razón. Imagino que no tendrás algo como la gente que ponerte, mira cambiemos: pasa por San Remo, dile que vas de mi parte. Elige el traje que quieras y yo lo pagaré. Y no te preocupes no lo descontaré de tus honorarios.

—...

— ¿Hola? ¿Seguís ahí?

—Sí, algo sorprendido por cierto. Eres todo corazón.



— ¿Cuánto vas a cobrarme? —no tenía tiempo para andar dando explicaciones a un telefonista en estos momentos.

—Depende...—me dijo.

— ¿Depende? ¿Depende de qué?

—De si la espinita luce como un sacrificio o como un premio.

Pasaré por alto la insolencia, ¿qué se puede pedir de un telefonista? Pero no me quedó más remedio que contestarle —Entonces me saldrá gratis.

El telefonista lanzó otra carcajada. También sonreí. Al menos era rápido.

—Anota.

Los telefonistas son buenos recibiendo recados, le di la dirección de un tirón, le recalqué dos veces la hora y un pequeño sermón sobre lo que le pasaría si llegaba tarde, creo que mencioné al pasar una demanda por daños y perjuicios si no cumplía y le colgué.

¡Tenía novio!

Conocía a Elena Miranda desde el jardín de infantes, habíamos hecho toda la primaria y la secundaria juntos, si no fuera porque Elena me adoptó como hermano en el primer grado, podríamos hasta habernos casado. Su llamada no me sorprendió, siempre lo hacía pero sí lo hizo su pedido.

— ¿Tienes planes para San Valentín? —me lanzó apenas levanté el tubo.

— ¿Cuándo es eso?



—Si tuvieras una novia ya lo sabrías, deduzco que no tienes nada que hacer. El 14.

Miré mi agenda, estaba en blanco.

—No. No tengo nada planeado.

—Excelente. Necesito un favor.

— ¿Un favor? Ya te lo dije: no-asistiré-a-ningún-otro-evento-de-modas.

—Ya te lo dije: necesitas una novia y los desfiles son el perfecto catálogo para elegir.

Sí, eso es lo que he venido recibiendo de mi hermana adoptada: invitaciones tras invitaciones para conocer a la mujer de mis sueños. Ella cree que las modelos son el sueño dorado de cualquier hombre. Sí lo son, pero después de las últimas cinco no quiero saber nada con ninguna mujer que piense que los accesorios o la marca de zapatos que usa y sus virtudes, son el mejor tema de conversación para conocerse. El sexo es bueno, pero no es lo único a esta altura de mi vida.

—Tengo una amiga, que tiene una amiga que necesita un novio por unas horas. Solo será ir, fingir que estás enamorado y salir del brazo con ella. Eso es todo.

— ¿Te estás oyendo? Es la cosa más loca que me has pedido en los últimos 30 años.

—Sé lo que parece, pero es un caso de emergencia. Además... cuando sepas quién es la candidata dirás que sí sin pensarlo dos segundos.

— ¿De veras? ¿Hablas de Angelina? ¿Y Brad?



—Gracioso. Candela Ríos.

—...

— ¿Ger?

Candela... ese nombre me perseguía desde el jardín de infantes. —
¿Se supone que la conozco?

—Viaje de egresados, Bariloche, 2003.

— ¿Podrías ser más específica?

—Cierta morena, pequeña y sinuosa, la única que te dijo “no” ¿La recuerdas?

¿Recordarla? Sí... aún lo hacía. La adolescencia no había sido muy buena conmigo, algo excedido de peso, lleno de espinillas y de hormonas. Lo único que conservaba de esa olvidable época eran las hormonas. Aún un buen par de piernas, o... lo que fuera en par seguía poniéndome en posición. Sí, claro que recordaba a la morena espinuda. Era una cosita mínima, no creo que siquiera sobrepasara el metro sesenta. Piernas largas, pechos... Momento de arreglar mi bragueta. Sí, tengo a la pequeña morena impresa en mi memoria genética.

— ¿Seguís ahí?

—Sí. ¿Qué pasa con ella?

—Al parecer le es algo difícil establecer una relación con el género opuesto.

Lancé una carcajada. Recuerdo que cuando la vi, me lancé sobre ella con todo mi arsenal, lamentable en esos momentos, lo mismo que hice yo lo intentaron todos mis compañeros de promoción. Había algo en ella que no supe definir en esos días



inocentes, ahora sé qué es: sensualidad. Una sensualidad que dejaba a todas las demás chicas fuera, además de llamarse Candela. Ese nombre me perseguía de toda la vida. No tuve la más mínima suerte, pero al menos no fui el único; nadie la tuvo. Suspiré por ella durante años. Cuando abrí mi empresa le puse como nombre de fantasía: Espina. Solo pensando en ella. Candela Ríos, la espinita más bella que he visto en mi vida.

—Cuéntame todo. Lentamente, Eli.

—Candela Ríos, sí, esa misma Candela que estás pensando, es la socia de Soledad Álvarez, ambas tienen una empresa de organización de eventos. Conozco mucho a Sole y he tenido poco trato con Candela. Pero por lo que me ha dicho ella necesita un modelo, “o lo que sea”, me dijo, alguien que pueda hacer el papel de su novio. Al parecer mantiene una vieja rivalidad con... ¿estás sentado? Pues con la perra más perra de la ciudad. ¿Te suena su nombre?

Lo pensé dos segundos.

— ¿Malena Ortiz? —aventuré.

—La misma hija de mil...

— ¿No tienes a Tomy cerca? Podría oír la dulce boquita de su madre.

—No, está en la guardería.

Conozco a Malena Ortiz desde antes de ir a la escuela. La perra me odiaba. Me odiaba porque sabía bien cómo era. Con el paso de los años ella apareció en la vida de Elena, de eso hacía cosa de cuatro o cinco años. Intentó, según la versión de Eli, quitarle a su marido y desde ese momento jamás la olvidó en sus oraciones.



—Ger, si Candela Ríos es su enemiga, eso la convierte en mi mejor amiga. ¿Soy clara?

Otra vez me reí. Sabía que Hernán, mi cuñado adoptado, jamás había tenido nada que ver con Malena, pero no porque ella no lo había intentado. Y lo había hecho. Sí, yo también odiaba a Malena.

—Bien, Eli, Candela Ríos ya tiene su novio por horas.

De pronto tuve un ataque de inspiración, vino de la nada, me golpeó con fuerza y se quedó conmigo. Sin darme cuenta había tomado una lapicera y ya estaba haciendo garabatos, el que me conoce sabe qué esa es la manera en que pienso mejor. Sonreí.

Si todo marcha según lo planeado, mi San Valentín sería muy distinto al planeado. Pensé mirando mi agenda completamente vacía para ese día.

La fiesta era genial, la había organizado yo por supuesto, qué otra cosa podía esperarse. Mientras Sole se ocupaba de que todo marchara bien en la cocina, yo hacía mi parte recorriendo la fiesta y dando órdenes al servicio. Una de las cosas más cómodas de una empresa de eventos es que la publicidad es la misma fiesta. Solía llevar una pequeña carterita con cientos de tarjetas, cuando me las pedían inmediatamente sacaba una y sonreía. Publicidad de la mejor.

Esa noche me había esmerado, supongo que me sentía una princesa, no, mejor dicho una cenicienta vestida de princesa. Para Sole mi falta de romance se debía a mi espantoso estilo al vestir. Cero elegancia, cero coordinación, cero moda. A mí, dame un par de jeans lavados, camisas de algodón, frescas, livianas y cómodas, zapatillas, caras eso sí. Nada de taco aguja o plataformas, un estilo cómodo y fácil de moverse. Pero esta



noche había mucho en juego: demostrarle a Malena que puedo ser tan elegante como ella y con un hombre al lado. Cuando *Esos* paquetes llegaron, digamos que me sorprendí. Elena es la diseñadora top del momento. Estoy más que seguro que Sole se lo pidió. Habíamos tenido esa charla de...

— ¿Y qué vas a ponerte?

— ¿Ponerme? Ahh, sí mi falda negra y...

—Mi blusa blanca, la que uso desde hace cinco años.

No la maté en ese instante porque mis preocupaciones me impiden distraerme. Pero ella decía la verdad: yo iba a asistir con mi famoso juego de falda negra y camisa blanca, con cuello chino y zapatos con algo de taco a tono. Les ahorraré los comentarios negativos de Sole, pero cuando tocaron el timbre y abrí y un mensajero me entregó dos cajas, jamás hubiera sospechado lo que venía adentro, y si no fuera por la tarjeta que decía. *La hice pensando solo en vos, úsalos es un regalo. E.M.* tampoco habría sabido quién me enviaba esas dos cajas

Elena Miranda —susurré.

En la caja pequeña había un par de sandalias de un alucinante taco aguja de al menos 8 cm, de esa marca con la suela en rojo, ya saben el diseñador de moda cuyos zapatos usan las famosas o los canjean, no creo que nadie pueda pagar esos precios, bueno estos me quedaban: ¡Perfectos! Gracias Christian Louboutin. La otra caja era preciosa aún cerrada, enorme, con un moño rojo, sin poder resistirlo me apresuré en abrirla. Su contenido era un vestido maravillosamente bello. Debo confesar que tiempo después de babear por tan hermoso vestido llegué a pensar en decir: “no, gracias” pero no pude. Fue amor a primera vista.



Era rojo, como el moño. ¡Rojo! Adiós discreción si apareces en rojo, entallado, súper entallado con cola de sirena, y escote estraples. Escote que debido a mis abundantes atributos jamás usaba por cierto. Bien, cometí un error antes de decir “no gracias”: me lo medí. Parecía haber sido hecho sobre mi cuerpo. ¡Grande Elena! La tela parecía... solo diré que es “el vestido soñado” y muchas entenderán mi arrobo, sin considerar además que el rojo nos queda muy bien a las morenas. Miré mis pechos queriendo salir por el escote y fruncí el ceño. No piensen en algo grosero y me imaginen una de esas chicas de televisión hambrienta de fama, embutida en un vestido que no deja nada a la imaginación, este vestido contenía mi busto y lo realizaba con exquisita precisión. Mi ceño se limpió en el instante en que recordé haber leído en una revista del corazón, sí también las leo, que Malena se había hecho un implante. Una sonrisa iluminó mi espejo. Eso me decidió por completo.

— ¿Ves esto? —dije apretando mis tetas a la imaginaria presencia de Malena. — ¿Las ves? Y no pagué por ellas como vos. A veces los placeres vienen en simples gestos o... medidas —el espejo asintió a mi gran verdad.

Fue de locos pero una de las primeras personas que vi en la fiesta fue a Elena Miranda, me miró y sonrió. — ¡Te ves increíble! Creo que hoy mataré dos pájaros de un tiro.

Luego, mucho después, comprendí que en fondo Elena Miranda es una casamentera natural. En ese momento supuse que se refería al vestido y la publicidad que traerían los comentarios que me hacía todo el mundo que me había visto con él. Y le sonreí.

— ¡Gracias! Jamás había tenido un vestido tan hermoso en toda mi vida. —la verdad es que estaba feliz con el resultado.



Pero Elena me miró como si me evaluará, ponía caras de esas que uno se pregunta, ¿qué piensa?

— ¡Ven! —me dijo de improviso, asustándome por cierto, y me llevó al baño y me sentó.

Nobleza obliga. Les cuento que no soy habitué a los tacones altos, por eso me movía sin darme cuenta tipo chica sexy bajando escalera de teatro de revista, con mucho miedo. Era eso o caer al suelo.

Yo había dejado mi pelo suelto, tengo rizos a los que intento alisar cada vez que decido ser coqueta. O sea una o dos veces al año. Elena tomó todo mi cabello entre sus manos, la puso hacia arriba, hacia abajo, a un lado, al otro y lo soltó. Fue y se mojó las manos, y las pasó por mi cabeza y grité — ¡No!

Sabía lo que pasaría, mi dócil cabello liso desapareció en *dos, uno, cero*. Adiós medio día con rulos y la hora en que me asé literalmente con la planchita.

Cuando ya mis rizos estaban nuevamente visibles, no sé cómo Elena hizo un nudo con él y quedó un recogido precioso, usó algo que adornaba su cintura y lo convirtió en un gancho. Ahora con el pelo recogido en un moño desordenado pero hermoso, mis hombros se veían ¿lindos? Ahí no terminó, se sacó un collar que llevaba y me lo puso. Yo la observaba callada.

—Lista. Nadie dejará de mirar ese collar.

Claro que no, se ubicaba perfecto casi en la unión de mis senos. ¿Qué cosa era esa de esconderlos? Con el recogido y el collar las miradas de todo el mundo irían ahí. Pero no dije palabra alguna, me había quedado muda. Parecía una actriz de esas que caminan la alfombra roja en un Oscar. Solo me giré, me empiné



aún con mis 8 centímetros de taco aguja y la besé. Elena es muy alta.

— ¡Todo saldrá bien, ya verás! — me alentó.

Su comentario me desinfló, la pobre Cande que debió contratar un novio era vox populi. Le sonreí por cortesía y decidí seguir trabajando. En media hora llegaba mi novio.

A las 21 horas en punto me detuve frente a la puerta esperando a mi oficinista. El tema me había mantenido inquieta. Tres horas antes, llamé a San Remo y le pregunté a Rossie, la vendedora que conocía, si "mi novio"... sí, la voz se me espesó en el momento de decirlo, como decía, pregunté si mi novio había pasado por ahí y me dijo que no. Lo llamé de inmediato. Alguien me contestó que no estaba en el edificio. Le pregunté si podía enviarle un mensaje y le di mi teléfono y mi mensaje.

—San Remo abre hasta las 19. ¡Apúrate!

Al rato me llegó la contestación *"Ya tengo mi traje, te saldrá caro, pero es perfecto"*.

No tenía tiempo para hacer una rabieta por un imbécil, vaya a saber a qué llamaba caro y perfecto. Y lo dejé pasar. Los nervios me comían.

La fiesta estaba congregando a lo más conocido de la sociedad. Mi publicista encubierta estaba feliz, pero ya era la hora y el telefonista no había llegado. Cuando miré hacia la entrada, el elegante portero vestido como para morir de calor abría la doble puerta de vidrio para permitir el ingreso de una elegantísima pareja mayor, por su aspecto debían ser europeos, ambos muy altos, delgados, muy bronceados y tan bien vestidos que gritaban "adinerados"



por los cuatro costados. Me acerqué a ellos con la lista de invitados en la mano. Y les sonreí.

—Buenas noches —saludé con mi mejor sonrisa— Candela Ríos a sus...

Ni siquiera me dejaron hablar, la mujer me miró y abrió sus ojos como platos parecía muy sorprendida.

— ¿Candela Ríos? —gritó más que repetir, me miró de arriba abajo y mientras yo asentía ella unió sus palmas como si estuviera ante un milagro. Su sonrisa fue como ¿de aceptación?

—¡¡Helmut!! —Gritó mirando al elegante hombre a su lado—, cariño es "ella".

Le dijo recalcando el "ella", lo que hizo subir un frío extraño por mi columna. El hombre abrió su boca sorprendido y también me miró de arriba abajo. Luego afirmó y palmeó la mano de su mujer que se había extendido para llamarlo. La mujer avanzó hasta abrazarme, ni siquiera le llegaba a su hombro aún con mis tacones. Ella me besó y volvió a abrazarme.

—Candela, no sabes lo feliz que estoy de conocerte. Cuando nuestro Gerhard me habló de ti, no podía esperar que el momento llegara.

Comprobé dos cosas: que evidentemente eran extranjeros, alemanes o de algún lugar cercano, su castellano aún conservaba el acento y ciertas pronunciaciones no muy correctas, y no tenía la menor idea de con qué otra Candela Ríos me confundía.

—Yo... gracias. Quizás se han equivocado, permítanme presentarme, Candela Ríos, organizadora de eventos.



El hombre había desplazado a la dama y me miraba sonriente, tomó mi mano y la besó como si estuviera en plena corte inglesa.

—Candela, pensé que Gerhard exageraba, pero en verdad eres una belleza.

De pronto la mujer, giró hacia atrás y dijo — ¡Ger, hijo, mira quien nos recibió!

Mi mirada viajó hacia la puerta de vidrio y noté que el hombre más parecido a 007 que jamás había visto, me estaba... ¿sonriendo? Avanzó, juraría que hasta con música de fondo, sí la de James Bond, y mientras su padre me empujaba hacia él, el hombre se adelantó con una sonrisa enorme, me levantó casi en el aire y me besó.

Ahí estaba con mis Christian Louboutin en el aire, siendo besada por un apuesto desconocido moreno, de ojos azules, en un traje esmoquin impecable y yo tan azorada que solo me sostuve porque me da vértigo la altura. *Y nooo, no, nooo*, nada de beso en la mejilla. Beso en la boca, ya saben, ese que el cine y los libros llaman francés, un beso real, con lengua y todo y tan sorprendente que me dejó completamente congelada. Cuando dejó de besarme, ni siquiera puedo decir a la fuerza, eso sería poco ético, porque me derretí y no opuse resistencia alguna. ¿Resistencia? ¿Quién en su sano juicio se resistiría a Bond, James, Bond? En los libros hablan de "*llegó a la gloria*", y pensé que eran palabras vacías. Ese beso me llevó a la gloria, amigas, créanme. Luego 007 me depositó suavemente en el planeta tierra y tuve que sostenerme de sus brazos para no caer. Supongo que desde afuera se miraba como un beso amoroso, y hasta tierno. Miré a la pareja y nos estaban mirando como si fuéramos los muñequitos de una torta de boda, se habían abrazado sonriendo arrobados. Tenían unas sonrisas tan grandes que mi entumecimiento mental siguió ahí. La verdad es que ni siquiera intenté alejarme, estaba tan sorprendida. ¿Quién era este



hermoso hombre, vestido de Armani, alto, atlético y con brillantes ojos de un inimaginables azul que me besó como si yo fuera su novia? ¿Quién...? ¿Un momento, eso que me golpea, es su... arma? ¿Acaso está... excitado? El maldito desconocido me ha besado y ahora está apuntándome con su...

—Gerhard Tomliss García —susurró en mi oído— conocido como Gerardo García, tu novio.

Puedo jurar que lo sentí presionarse contra mi espalda baja.

—Quiero presentarte a mis padres: Magdalene y Helmut Tomliss García.

—Llámame Magda —dijo la elegante rubia con un vestido y joyas de medio millón de dólares. —Querida es un placer conocerte.

—Y a mí dime Helmut. Creí que nunca vería este día.

—Yo... —giré mareada, los tres eran demasiado altos para mí, busqué a 007 y levanté mi dedo para señalarlo. Quería llamarle la atención por el beso, y la demostración de testosterona de sus pantalones. De pronto los hechos se repitieron en mi mente. Me mordí la lengua estuve a punto de preguntarle *¿Eres el oficinista?* Pero me contuve. Los tres sonreían como...

— ¡Magda, Helmut...! Ger, qué gusto que hayan podido venir. ¿Pero... no viajaban a Gstaad?

Sí, la odiada Malena Ortiz envuelta en perfume francés legítimo había llegado hasta nosotros. Su CH, ya saben Carolina Herrera, en rosa era perfecto para su interminable belleza rubia. Había recogido su cabello hacia arriba, en un moño a la Audrey Hepburn. Asquerosamente bella.



—Cuando Ger —dijo Magda, pronunciaba de manera adorable la g de Ger— nos dijo que podríamos conocer a su novia, suspendimos el viaje de inmediato.

Tierra trágame, Malena acaba de notarme entre tanto gigante que me rodeaba. No puedo contarles lo que fue su cara. Si yo estaba sorprendida, ella me ganaba. Eso me hizo sentir mejor. De pronto unos fuertes brazos me rodearon con fuerza.

—Respira Espinita —dijo en mi oído.

Ahí me di cuenta que había contenido el aire. Por un segundo la idea de que el oficinista había decidido ganarse sus buenos pesos armando un drama con padres y todo cruzó mi mente. Pero la verdad se impuso al segundo siguiente, ese no era un oficinista, ni con mucha imaginación, tampoco era James Bond, era más elegante y más alto... Eso pensé en ese momento, ahora que lo conozco mejor, es mucho más que cualquier Bond que te guste. Sólo diré que su "arma" tiene licencia para matar conmigo cuando quiera. Pero no nos adelantemos demasiado.

—Candela Ríos —musitó Malena con desprecio.

—Mi adorable novia —agregó James Bond atrayéndome nuevamente hacia su costado. Su mano en mi cintura quemaba.

— ¿Tú novia? ¿Ella es tu novia?

Si yo me había sorprendido con el beso, y todo lo demás, les aseguro que ella casi muere atragantada intentando digerir la noticia.

—Sí, ¿no es adorable? —dijo mi suegra tomando mi mano y mirándome como si yo fuese... no sé una princesa de rancia estirpe de alcurnia. Por un segundo me alegré, al siguiente puse



los pies sobre la tierra. ¿Qué estaba pasando? ¿Acaso el mundo salió de su eje?

—Malena, quiero presentarte oficialmente a mi bella novia: Candela Ríos. Seguro que conoces a tu anfitriona.

—Claro que sí — la harpía se apresuró a contestar por mí. Así que simplemente seguí congelada y la dejé destilar su veneno. — Es la empleada que organizó el evento.

Los ojos de Malena brillaban, creo que si su odio hacia mí no era completo, en ese momento se pasó definitivamente al lado oscuro de su persona. Su boca tan perfecta se convirtió en un rictus que la avejentó como cien años. Su transformación fue demoníaca, pero al ver la charla que sostenía con mi suegro o quien fuera el caballero moreno con los mismos ojos azules que el hijo, comprendí que no todos percibían su real esencia.

— ¿No es adorable? —repitió mi suegro, y juro que en ese momento me cayó bien— una verdadera profesional. Ahora las mujeres que no trabajan no son felices. Y —dijo mirando a su alrededor— y por lo que veo haces un excelente trabajo. Felicitación preciosa.

Si fuera un dibujito estaría diciendo *iglup!* Pero solo me limité a tragar saliva y agradecer con una sonrisa que no sé de dónde salió

—Hijo —agregó el caballero—, nos enorgullece tu elección.

Era el momento de caer con las patas hacia arriba. Tragué más saliva antes de morir de un infarto. No entendía mucho, mejor dicho no entendía nada.

—El hotel es magnífico —apuntó mi novio—... buena elección Male.



—Sí... —decía Malena mirando al suegro— hacerlo en su bodega hubiera sido perfecto, pero no había lugar hasta junio y quería hacerlo precisamente hoy, el día que mi amado esposo y yo nos casamos.

— ¿Y dónde está Alex? —preguntó Gerardo.

—Con Pia y Matteo, creo... si es que llegó... aún no lo he visto, pero mis suegros si están.

— ¿Ellos están aquí? Hace semanas que no los veo —dijo Magda. La mujer me miró y volvió a palmear afectuosamente mi mano —esta fiesta se está convirtiendo en inolvidable.

—Mamá, ¿papá por qué no pasan? Cuando Candy, deje de trabajar los acompañamos.

Estuve tentada de dejar caer *Candela*, pero algo me contuvo de corregirlo: el nudo que se había formado en mi garganta desde que me asomé a la puerta.

Después de los besos y abrazos, cuando nos quedamos solos, entregué mi planilla de recepción a una de mis empleadas temporarias, me volví y levanté la vista hacia Bond.

— ¿Puedes explicarme qué significa todo esto?

—No me recuerdas ¿verdad?

—No. ¿Nos conocemos?

—Claro que nos conocemos.

Imposible ese hombre era de esos que uno jamás olvida, nunca lo había visto en mi vida. Si lo hubiera conocido lo recordaría.



— ¿Ah sí? ¿Y dónde fue eso?

—En la salita amarilla.

— ¿Qué?

—La salita amarilla... ¿no la recuerdas?

—No.

—La salita amarilla de la escuela Álvarez.

— ¿la salita amari...? ¿En el jardín de infantes?

—Así es, ahora la recuerdas ¿no?

— ¿Me estás diciendo que fuimos juntos a la escuela?

—Sí. ¿No me recuerdas?

—No.

—Bueno he cambiado mucho.

Vaya cambio. ¿Cómo se puede olvidar de un chico así? Imposible.

—En esa época me decían Ard, es que no podían pronunciar bien mi nombre.

— ¿Ard? ¿El gordito Ard?

—Exactamente. Ya me recuerdas —dijo con una sonrisa.

¿El gordito Ard?, ¿el gordito que la había molestado durante todo el jardín de infantes? ¿El responsable de que Malena se haya quedado con Alex? ¿James Bond es el gordito Ard? Wauuu, qué cambio.

La salita amarilla. La recuerdo perfectamente, ahí había conocido a Malena y Alex. Jamás olvidaré eso. Pero mi cerebro dejó abandonado en una esquina al gordito insufrible de Ard. Desde que entró al jardín el gordito se me pegó encima. Y yo



solo tenía ojos, aún a esa edad, para Alexander Gray. ¿Por qué no? En esa época era rubio, precioso, de rotundos ojos celestes, labios rosados... un querubín. Me enamoré por primera y única vez a la tierna edad de cinco años.

En ese mágico instante de dolor por la pérdida obtenida, el objeto de mis sueños inocentes de niña se abrió paso desde la puerta de entrada. Lo miré y no pudo evitar regresar mi mirada al ex gordito que me había seguido con su vista hacia la entrada.

—Hemos cambiado ¿no? —dijo.

Y mi cerebro multilateral entendió perfectamente su comentario. Mi príncipe azul se había convertido en un gordito de nariz rojiza, al que el carísimo esmoquin que llevaba no lo salvaba del espanto, mientras que el ex gordito lucía mucho mejor que James Bond. Una vez más un fuerte brazo me atrajo hacia su cuerpo. Mientras una voz en un tono risueño decía:

— ¡Alex, amigo, creí que estabas en Bahía!

Alex lanzó una carcajada —Si no aparecía hoy mi amante esposa me cortaba en tiernos filetes.

El hombre me miró. Hacía años que no lo veía, años, creo que la última vez había sido en una revista cuando la gran boda con Malena. Ese día me prometí que recogería los pedacitos de mi corazón destrozado y daría una vuelta de página. Malena se acababa de llevar al amor de mi vida. En las fotos se veían perfectos, en altura, en belleza, en elegancia, ambos estaban tan enamorados que ese día vomité sobre mi revista sin haberla leído completamente.

Y todo comenzó en la salita amarilla. Recuerdo que lo vi y decidí que sería mío. En un principio pude evitar que jugara con otros niños, y mantuve a las niñas alejadas, hasta el nefasto día,



aún hoy lo recuerdo con claridad, que llegó Malena. Tan rubia, tan bella, tan dulce ella. La maldita me lo quitó y terminó casándose con él.

¿Y el gordito aborrecible que me seguía como mosca a la miel? Ahora lo tenía al lado abrazándome, convertido en un adonis portada de revista. ¿Qué está pasando?

— ¿Y esta belleza? —preguntó amablemente Alex

— ¿No la recuerdas? —preguntó Bond, digo Gerardo o Gerhard.

— ¿Nos conocemos?

—Claro que la conoces. De hecho estaba enamorada de vos —dijo el impiadoso. La mirada que le lancé debió ser suficiente para detener a un elefante africano en estampida, pero él ni se inmutó y continuó. — Quiero volver a presentarte a mi novia, creo que quizás la recuerdes más el sobrenombre que le pusiste en la salita amarilla.

¿Sobrenombre? ¿A mí?

Al parecer el dato de salita amarilla aclaró la mente de Alex. Sus ojos de repente se iluminaron y lanzó una fuertísima carcajada. — ¡Espinita! —dijo aun riendo— ¡Por Dios te has convertido en una preciosa mujer!

Como en esos momentos cuando vas a morir que dicen, vaya a saber si es cierto, que ves pasar tu vida en un segundo, recordé ese año en la salita amarilla.

Recordaba perfectamente al gordito Ard. Creo que una vez en el jardín, la seño me puso en penitencia porque lo golpeé. Es que no me daba respiro, me cansé y lo empujé con fuerza y terminó llorando. Ese día la seño me odió, no me creyó que fue solo un



lamentable accidente, mi mamá me puso en penitencia, y la odiosa de Malena le dijo a mi adorado Alex:

— ¿Ves? Ella es mala.

Ese día Malena Ortiz pasó a formar parte de mi corta lista de enemigos, de hecho es la única que está ahí.

—Al fin la encontraste —dijo Alex extendiendo la mano para saludarme.

—Saluda mi amor —dijo el ex gordito.

Eso hice. Alex no paró. —Pensé que jamás la encontrarías. ¿Cuál era tu nombre? —me preguntó.

¡Por Dios! ¿Tenía que aguantar este acto? El hombre que amé toda mi vida, ni siquiera sabía mi nombre. Me sentí patética. Tomé aire y respondí con lo que me pareció un tono fresco y demoledor.

—Candela...

—Si ahora lo recuerdo, —cortó sonriendo afectuosamente— Candela Ríos. La última vez que te vi fue en Bariloche. Nos volviste locos a todos.

¿Qué? ¿De qué habla? ¿Por qué mi perfecto mundo ordenado se había salido de cauce hacía cuánto... diez vidas o diez minutos?

— ¿Nosotros nos vimos en Bariloche?

—Bueno, considerando que Ger es y era mi mejor amigo, me temo que en ese momento como el gran caballero que soy me mantuve alejado. Ger ha estado detrás de ti desde el jardín de infantes.

Mire a Ger, luego otra vez a Alex, y juro que seguía sin entender.



Un matrimonio que ingresaba cortó la charla, Alex se despidió y mi... ni siquiera sabía cómo llamar a Bond, así que simplemente callé y dejé que mi cuerpo me empujara sin soltarme y me llevara hacia el bar.

Pusieron frente a mí una coca fresca y la bebí de un solo trago. Luego lo miré. Intentando poner las piezas en su lugar

— ¿Puedo hacerte algunas preguntas?

—Tooodooo lo que quieras —dijo con sonrisa matadora. De esmoquin negro, con pajarita, hermoso a más no poder, me miraba como si fuera a devorarme. Mi estómago se llenó de mariposas como dicen en los libros, yo creo que era el gas de la coca desperdigándose en mis tripas.

—Eres Gerardo García.

—Sí, Gerhard Tomliss García.

—El dueño de la bodega TG.

—Sí.

—Y no eres telefonista.

— ¿Telefonista? No. No lo soy.

—Yo me entiendo —expliqué ante su cara de no entender—. Elena Miranda te contó mi problema.

Volvió a asentir con una sonrisa. —Creo que me cayó del cielo. Había perdido las esperanzas de encontrarte.

— ¿Me estabas buscando?

—Los últimos diez años. De hecho te estuve buscando desde el jardín de infantes.



— ¿Qué tiene que ver Bariloche con que me estés buscando, a qué se refería Alex?

— ¿No me recuerdas para nada verdad? Coincidimos en nuestro viaje de egresados a Bariloche. Ahí nos volvimos a ver. No podía creer en mi suerte. Y también me diste calabazas.

Seguro que lo hice, estaba enamorada de Alex, jamás miré a nadie más.

— ¿Alex estuvo en Bariloche?

—Sí. ¿No lo viste?

—No. Nunca supe que estuvo ahí.

Si lo hubiera sabido no se me habría escapado.

—Le dije que se mantuviera lejos de ti.

— ¿Le dijiste qué?

Me llenó de coraje el imaginar que Alex podría haber sido mío.

—Debes entender, te amo desde el jardín de infantes.

— ¿Me amas? Oh, por Dios, no entiendo una sola palabra de lo que dices. ¡¡OHH MI DIOS!! ¿Eso le dijiste a tus padres? ¿Ellos... en verdad creen que somos novios?

—Eso les dije. Debes saber que voy a usar cualquier arma de la que disponga para tenerte.

Igual que James Bond, con licencia hasta para matar

—Ni siquiera me conoces.

—Ese es mi argumento.

— ¿Argumento para qué?



—Para que te des cuenta que ni siquiera conoces a Alex para creerte eso de que estás enamorada de él.

— ¿Cómo diablos sabes que creo estar...? ¡¡Ohh mi Dios!! Elena te lo dijo, y a ella se lo dijo Sole... ¡Las voy a matar! ¡Están muertas!

—Mi preciosa espinita no ha perdido su belicosidad. —dijo tierno y con un cierto tono... ¿complacido?—. Aún recuerdo que me golpeaste.

Creo que me puse roja. ¿Tenía que acordarse de eso? ¡Por Dios, han pasado más de veinte años!

— ¡Fue un accidente, te lo dije en ese momento!

El maldito sonrió. ¿Acaso no podía estar igual que Alex, gordo y con la nariz roja? No. Tenía que parecerse a 007.

— ¿Recuerdas por qué me golpeaste? —preguntó con voz seductora.

Negué. —No te gol...

—Te pedí que saliéramos del jardín para casarnos. Eso te enfureció. Tenía todo preparado, Mauricio ¿te acuerdas de Mauri? ¿No? Bueno, él ensayó durante días como casarnos. Su mamá se había casado ya tres veces, así que conocía las palabras de memoria. Marisa y Graciélita serían tus damas de compañía. Ellas habían llevado sus vestidos de ballet en su mochila. Lloraron cuando no apareciste.

— ¿Me estás tomando el pelo?

—No. Solo te cuento lo que te perdiste cuando me dijiste no y me golpeaste.

Fue un accidente. Sí ahora lo recuerdo. Mi único príncipe azul en esos momentos y por el resto de mi vida había sido Alex Gray. Bajé la cabeza intentando poner algo de orden en ella.



— ¿Espinita? —pregunté de improviso.

—Esa fue idea de Alex.

— ¿Alex? ¿Mi Alex me llamó así?

James Bond se puso serio. —Él nunca fue ni será tu Alex. Y voy a demostrártelo aunque deba intentarlo el resto de mi vida.

Eso llamó mi completa atención. Lo miré y recapitulé: El ex gordito ahora era James Bond, el príncipe Alex se había convertido en el gordito nariz colorada Alex, la bella Malena seguía siendo la misma perra de siempre, y yo era Espinita, la novia golpeadora.

Necesito vacaciones.

Mentir es difícil, pero mantener la mentira lo es más. Para mis padres el que su único hijo aún no tuviera ni siquiera novia era un problema de dimensiones incalculables. Mi querido padre hasta me había preguntado si era gay, y mi madre me había dado el discurso, *te querremos como seas*. No. No soy gay, solo estoy enamorado desde que cumplí cinco años, de una espinita a la que nunca pude olvidar.

Ahora que puedo mirarla de cerca, sigo preguntándome lo mismo: ¿qué tiene ella que no tienen las otras, además de ser más baja? No lo sé. Ella es audaz y tímida. Suave y vibrante. Hermosamente inconsciente de sí misma. Ni siquiera se da cuenta como la miran. Yo sí, y lucho contra mis celos cada día. Inteligente e intuitiva, graciosa y melodramática. Y tiene una extraña fijación por un tal James, a veces sin darse cuenta me llama así. Le he



preguntado a Sole, a Elena, a mi madre, (han hecho buenas migas), y ninguna sabe de qué James hablo.

En el jardín era demasiado joven para que aceptara casarse, en Bariloche estaba demasiado lleno de grasa y granos como para atraerla, pero la genética terminó imponiéndose y ya no tengo grasa ni granitos. Si no aprovecho la oportunidad que ella misma me puso en bandeja de plata, moriré soltero, mi padre me odiará y mi madre me negará la palabra.

Para todo el mundo ella es mi novia. Mi adorada novia a la que solo le puedo robar besos cuando estoy con mis padres. Abuso de eso, es cierto, cuando mi dulce Candy se enoja y me lo dice, jamás la desmiento. Pero no puedo evitarlo. Dentro de exactamente 45 días se cumplirá un año de nuestro reencuentro. Y quiero pedirle matrimonio y lograr que me diga "sí".

En este casi año, me he esforzado. La he acompañado, defendido de Malena, al parecer ella sabe que nosotros sabemos que no es la fiel esposa que el bueno de Alex merecería tener, eso la ha convertido en nuestra enemiga, y a río revuelto, ganancia de pescadores, porque este delicado tema nos ha unido más y más. Al final deberé agradecerle a Malena, primero sacó a Alex de la exclusiva lista de amores de Candy, y luego con su coqueteó con Hernan, nos permitió encontrarnos.

El evento más grande que habíamos organizado se realizó en TG, la bodega de Ger. Un desfile de moda para beneficio del Hospital de niños de la ciudad. Había logrado reunir la mayor concentración de modelos internacionales. Sentía que había tocado mi techo. De más está decir que siempre estaré agradecida con Magda, ella se había convertido en una amiga invaluable, hablaba como



cinco idiomas por eso pareció hasta natural que negociara con las compañías de la modelos por Luz de Sol. Digamos que se convirtió en mi representante.

Ella y Helmut eran adorables. Había perdido a mis padres hacía casi siete años y ellos tomaron su lugar de una manera tan natural que me daba miedo el solo hecho de pensar en decirles que no era verdad que su hijo y yo éramos novios. Un día cuando los vi a ambos mirando un cochecito de bebé. Comprendí cuánto deseaban un nieto y qué despreciable me sentiría si les decía la verdad. Y comprendí también que mi reloj biológico estaba en la plenitud de mis 26 años.

En el evento de caridad, Helmut y Magda estaban en primera fila, habían reservado dos asientos, uno para mí, y otro para Bond. Debido a mi trabajo, iba y venía controlando todo, hasta que lo vi. Estaba anotando algo en su teléfono ¿Acaso era el número de la modelo con la cual estaba conversando? Me quedé congelada.

— ¿Ves lo que yo veo? —Malena Ortiz dijo a mi lado. Y cerré los ojos, ella últimamente solo desparramaba veneno. Hacía dos meses se había separado de Alex y me hacía directa responsable. Yo no solo no lo había visto en meses, sino que no tenía nada que ver, ella era la infiel no yo.

— ¡Qué linda pareja hacen Heidi y Ger! ¿No crees lo mismo?

Mi baja autoestima regresó con una simple oración. Pero no por nada me dicen espina.

— ¡Cómo yo y Alex! —le dije con una sonrisa.

El resto del evento desaparecí, obligaciones fantasmas me mantuvieron muy ocupada. En realidad me escondí a llorar. Acababa de descubrir que mi vida amorosa era y sería por siempre jamás un verdadero fracaso. Ver a Ger con esa altísima



y rubia modelo alemana me golpeó con tanta fuerza que no tuve más remedio que asumirlo: estaba enamorada de Bond. Desde que nos encontramos en el evento de Malena, la hdp, Jamas se había pegado a mí como el ex gordito que fue, tanto que había terminado por pensar que era una extensión de mi persona. Era amable, culto, paciente, tenía un exquisito gusto en modas, lo que mejoró mi guardarropas; era rico, muy rico, y James Bond. ¿Tuve que verlo en acción con una rubia seguramente teñida para descubrir que lo amaba? ¿Estoy destinada a desear al hombre de otra? Lloré mi amargo destino. Hasta quedarme sin lágrimas. Luego seguí trabajando. Sole me vio y preguntó más de una vez qué me pasaba. ¿Qué podía decirle? *Acabo de darme cuenta que estoy enamorada de Bond*, sí, justo cuando lo perdí.

Cuando regresé a casa Ger estaba esperándome en la puerta. Se lo veía preocupado.

— ¿Dónde has estado?

Fue extraño recordar qué ese tipo de preguntas me hacía el gordito Ard.

—Seguro que no con Heidi, por cierto, ¿practicaste tu alemán?

— ¿De qué demonios estás hablando? Malena me dijo...

—No me hables de esa perra, la odio y lo sabes.

—Por supuesto que la odias, se casó con tu soñado príncipe.

—Bueno, al menos él es consistente, le fue fiel, cosa que otros hablan y hablan y ven una rubia oxigenada de dos metros de alto y desaparecen.

Ger de pronto se calmó.



—¿Qué dijiste?

—Estoy cansada, ha sido un día duro, si me disculpas...

—¿Me viste con Heidi?

El maldito sonrió.

— ¿Estás celosa? Porque si lo estás, entonces Malena miente.

—No sé qué cosa te dijo Malena, ni me interesa saberlo. Estoy cansada quiero irme a dormir y...

—Me dijo que le confirmaste tu relación con Alex.

— ¿Qué? ¿Y le creíste?

— ¿No debería? Has vivido tonteando con ese hombre desde el jardín de infantes.

—Tú lo has dicho: he vivido, tiempo pasado, pa-sa-do. ¿Cuándo va a entrarte en esa dura cabeza gordito?

Su sonrisa se hizo más plena. — ¿Acaso te intereso?

Él y yo supimos la respuesta de inmediato. Sí. Maldita sea. ¡Sí!

—Heidi es mi prima por parte de papá. Pregúntaselo.

— ¿Qué?

—Ya lo oíste Espinita. Ella es de la familia. Sí, así es, y no te pediré que te disculpes. El 14 de febrero Candela Ríos, esa es la fecha. Ve avisando. Supongo que podrás organizar el evento.

— ¿De qué evento estás hablando?

—De nuestro casamiento.

Se acercó e hizo lo que hacía siempre. Me izó para ponerme a su altura y me besó. Y como lo venía haciendo desde hace casi



un año me dejó sin habla. ¿Han visto a alguna mujer que no se derrita por James Bond?, ¿no? Es verdad, ni las villanas. Bueno yo no puedo ser menos.

—Vamos —me dijo y me tomó de la mano.

— ¿A mi departamento?

—Es lo que tenemos más cerca, ¿no?

— ¿Acaso estás pensando...?

—En sexo. Sí.

Lo detuve en el acto.

—Escucha James, digo Ger...

—No. No escucharé más. He esperado toda mi vida por este momento. Guarda tus espinas mi amor.

— ¿Estás seguro? No soy alta, ni tengo alcornia alguna, no soy hermosa y algo peor

— ¿Algo peor que no tener sangre azul? ¿Y qué sería eso?

—Lo hice... y lo siento.

— ¿Qué hiciste?

—Ya sabes... si te golpeé, en el jardín. No fue un... accidente.

—Bien, esta noche tienes la oportunidad de obtener tu redención.

Sí creen que su voz me sumergió en sábanas de seda, se equivocan, mis sábanas son de algodón. No puedo describir por pudor lo que pasó esa noche, deberán imaginarlo, recuerdan las películas de James Bond... ¿Sí? Hagan un compendio con sus escenas de cama y pongan a Ger y a mí en ellas y lo sabrán.



Como ya les dije, Ger es mucho más que Bond. Aunque creo haber gritado James en algún momento de esa larga noche.

Antes de la boda. Senté a Helmut y Magda y les conté toda la historia. Toda. Lo primero que dijo Magda fue:

—¿James Bond? ¿Crees que Gerhard se parece a James Bond? Nunca lo había notado. Estará muy feliz.

No entendí qué lo haría feliz. A veces creo que la cultura europea y la nuestra no se conectan del todo, pero lo intentamos.

Vaya que sí, y sí amigas, el 14 de febrero, el día de San Valentín, el día fijado para nuestra boda, le di a mi amado y futuro esposo la buena nueva: Su espina tendría un brote.

Magda y Helmut no pueden estar más felices. Mi suegra me regaló un colgante con un pistolita de oro, ya saben de esas que usa Bond. No lo necesitaba, mi 007 tiene su propia arma.

Y vaya que sabe usarla bien.

Fin



LA LUZ DE SAN VALENTÍN

de Iris T. Hernández

<https://www.iristhernandez.blogspot.com.es>

Acabo de colgar el teléfono y tengo ganas de matar a alguien, normalmente mi trabajo es agradecido, pero esta presentación me irrita; no por la pobre escritora que no tiene ni la menor idea de lo que se cuece a sus espaldas, sino por el insoportable Sr. Oliver el representante de la editorial que seguro que es un niño mal criado; porque todos sabemos que su papá lo ha enchufado en el puesto, sin tener conocimientos del mundo literario, ni el mínimo escrúpulo por los jóvenes que comienzan.

— ¿Beth quieres venir a tomar un café?— preguntó Clara desde su despacho.

—Si por favor lo necesito este hombre me tiene desquiciada— provoqué que riera sabiendo de quién estábamos hablando.

Guardé unos archivos que estaba procesando en el ordenador y bloqueé el equipo para poder tomarme un merecido descanso.

Me puse mi abrigo de paño azul eléctrico que me había regalado mi madre días atrás, y me dirigí hacia la puerta de la oficina, esperé mientras observaba a Clara como abría su bolso y volvía a ponerse perfume, uno de esos que no son de marca, muy económicos pero que poco a poco pierde la esencia. Siempre me burlaba de ella, ya que me hacía ir cada dos semanas a la tienda a rellenar



el frasco y seguía sin admitir que salía más caro que un perfume en condiciones que no perdiera el olor.

Llegó hasta mí y bajamos por las escaleras ya que el ascensor siempre estaba ocupado y tardábamos demasiado esperándolo. Salimos a la calle y el frío aún se podía notar, no helaba, pero el aire que corría era bastante fresco.

—Buenos días mis clientas preferidas, ¿lo de siempre?— nos gritó nada más vernos el camarero y dueño del bar que habituábamos a ir todas las mañanas.

—José usted siempre tan amable, sí como vamos a pedir otra cosa— contesté sonriendo mientras nos sentábamos en la mesa más alejada de la entrada.

El bar era una pequeña taberna que permanecía intacta con el paso del tiempo, su decoración antigua contrastaba con la imagen de los clientes, la zona era la más céntrica de Barcelona, y los que normalmente íbamos éramos trabajadores de las oficinas de alrededor. Sus comidas eran deliciosas ya que eran tradicionales y platos que comería en casa de mi madre; gracias a ello siempre estaba lleno.

—Beth cambia la cara sólo queda una semana para la presentación y ya no tendrás que volver a hablar con él durante un tiempo—

—Lo sé pero solo ver su número en la pantalla ya me pone de mal humor, es que siempre igual, los detalles importantes los obvia y los que no merecen ni la pena hasta que no los consigue es... no quiero decir lo que es—mascullé.

—Amiga así es nuestro trabajo, piensa en Emma es una joven majísima, se merece una presentación de nivel, y más siendo el



día de San Valentín, estaba como loca la última vez que vino por publicar su novela ese día.—

—Qué tontería, aún no puedo creer que haya chicas que crean que el día de San Valentín es especial, no se dan cuenta de que es puramente comercial, los centros comerciales se enriquecen de pobres románticos que quieren cumplir un año más, con el deseo de sus novias—

—Si te oyera Jeremy te ponía de patitas en la calle ahora mismo— comenzó a reír Clara, mientras ladeaba la mano como si lo que hubiera dicho fuese una locura.

—En fin, mejor que no se entere—

José nos sirvió dos cafés con leche, y no pude evitar sonreír al ver la capa de nata que cubría, era deliciosa y como siempre la saboreaba con ayuda de la cucharilla; mientras comentábamos lo que ocurriría esa noche. Habíamos quedado unas cuantas compañeras de trabajo para ir a cenar a un self— service Italiano y después iríamos a tomar unas copas. Recordamos la última salida en la que nuestro propósito era ligar, y no tardamos mucho, todas conseguimos un hombre que nos lo hiciera pasar bien esa noche.

No pudimos evitar morirnos de risa cada vez que recordábamos alguno de los chicos que habían elegido, eran muy feos pero ellas, con tal de ligar con alguien, no les importó.

Terminamos nuestro café y tras pagar y despedirnos de José, subimos a la oficina, aún tenía que hablar con Emma para quedar con ella el lunes, y mostrarle dónde iba a ser su presentación y como estaría decorada.

La conversación fue como siempre, fantástica, era una joven de veintidós años que aún no se creía que había hecho realidad su



sueño, así que todo lo que le decía le parecía bien, cosa que no me gustaba del todo, ya que quería que ella se sintiera a gusto y disfrutara compartiendo sus impresiones.

Gracias al trabajo acumulado las tres llegaron sin darme cuenta, y marché hacia casa ya que era viernes y por tanto el único día que no trabajaba por la tarde. Me esperaba una fiambarrera en el mármol de la cocina, una vez a la semana mi madre me llamaba para avisarme de que tenía un montón de comida preparada para llevarme, y gracias a ella comía decentemente.

Así que la metí en el microondas durante dos minutos y ya estaba en la barra de la cocina lista para comer.

Vivía en un ático con terraza muy bonito, en el Centro de la ciudad pero era muy pequeño solo tenía una habitación y una cocina— salón, pero tenía la independencia que tanto me gustaba.

Me tumbé en el sofá y caí en un profundo sueño como cada viernes, me desperté cuando el timbre de casa no paraba de sonar. Miré el reloj y vi que eran las siete.

— ¿¡Aún estás así!?!— gritó Ángeles mientras entraba.

En mi sofá estaban las cuatro sentadas, todas ella vestidas y maquilladas para salir, y yo aún sin ducharme, así que antes de que me asesinaran me fui a mi pequeño baño, y me duché, me ondulé el cabello y me puse un vestido color malva que tenía guardado desde hacía un tiempo.

—Ahora sí que estoy lista— grité cuando salí hacia el salón y todas comenzaron a chillar como unas desesperadas por salir rápidamente.



— ¡Estáis preparadas, chicos temblar que llegamos!— gritó Maria mientras cogía su bolso y se calzaba unos andamios por tacón.

Todas reímos y salimos muy animadas caminando hasta el restaurante, estaba muy cerca de mi casa, pero en ese corto recorrido no pudimos parar de reír, gracias a los hombres que se cruzaban por nuestro camino y se animaban a decirnos algún piropo; muy lógico al ver a cinco mujeres solas y tan arregladas, evidentemente alguna de ellas no perdía la oportunidad de invitarles a acompañarnos, provocando la risa de todas.

Llegamos al restaurante y elegimos cada una lo que quería cenar, y seguimos hablando como cotorras, en muchas ocasiones elevando la voz más de lo estrictamente necesario, pero no nos importaba estábamos contentas y hoy era nuestro día de mujeres.

— ¿Beth que planes tienes para esta noche? tu eres la más lista, siempre en segundo plano pero cuando salimos, la primera en ligar con el más guapo— Thais comenzó a bromear intentando que yo tuviera el protagonismo.

—Yo no planeo, observo y cuando veo algo interesante pues hacia allí que voy, total para una noche— contesté muy segura de mis palabras

—No cambiarás nunca, ¿Algún día vas a buscar un novio formal? Yo busco a mi príncipe azul, pero de momento o se cansan de mí o me dejan por otra, que le vamos hacer—

—Formal, de momento no entra en mis planes. Clara asume que los príncipes azules no existen, y te evitarás lloros innecesarios—

—Que cruel eres— me recriminó Maria. — Di que no Clara que mientras pensamos que es nuestro príncipe somos muy felices.

—



—Yo no sé vosotras, pero se acerca San Valentín y me encantaría que alguien llegara a la puerta de la oficina con un ramo de rosas, Oooh sería más feliz, aunque solo fuese un día— dijo Ángeles mientras su cara nos demostraba que lo estaba imaginando.

—Si yo no os lo discuto, cada una ve ese día de diferente modo, para mí es un día que no paramos de trabajar, ¿algún año no tenéis presentaciones de escritoras sobretodo del genero romántico? Las personas se vuelven locas ese día— les pregunté esperando que me dieran la razón.

— ¡Tienes razón!— gritaron todas con tono malhumorado.

—Chicas, chicas mirad. — Thais señaló a una mesa en la que habían unos jóvenes eran bastante guapos y todas comenzaron a resoplar y comenzar a repartírselos, como niñas de quince años. Incluso discutiendo por uno de ellos.

Continuamos la cena riendo y las miradas de ellos al sentirse observados, pasaron a centrarse en nosotras, así que todas estaban entusiasmadas.

Salimos del restaurante mientras Thais y Maria les decían adiós a los pobres chicos que estarían pensando que vaya locas se habían encontrado, por suerte para ellos ya nos íbamos y no nos veríamos más.

Nos dirigimos en un taxi, que vimos pasar y se ajustaba a nosotras ya que éramos cinco y tenía siete plazas. El pobre taxista tuvo que aguantar todo el camino los gritos y las risas de todas hasta llegar al destino que le indicamos.

Llegamos a una gran sala con música chill out y un ambiente demasiado glamuroso para mi estilo, pero un amigo de Clara era



el dueño y nos había invitado en reiteradas ocasiones y no podíamos negarnos una vez más.

Tras presentarnos a Richard y alabarnos por lo guapa que éramos todas, nos condujo hacia la zona vip, dónde normalmente solo habían famosos, pero ésta vez teníamos reservada una mesa muy escondida junto a una cubitera enorme con dos botellas de champan.

—Que pasada de lugar, ¿porque no hemos venido antes?— preguntó Thais boquiabierta mientras miraba las paredes, y no paraba de acariciar los sofás de piel en los que nos habíamos sentado.

Decidimos ir a bailar un rato, así que llenamos nuestras copas y tras brindar por una buena caza caminamos hasta llegar a la pista de baile. La música era elegante, y podías contonearte al ritmo de la canción, mientras me daba una vuelta sobre mí misma noté como unas manos agarraron mis caderas, y no iba a amilanarme todo lo contrario seguí bailando como si nadie me estuviera agarrando. Bajé el ritmo para dar un sorbo a mi copa y poder mirar quién estaba detrás de mí, era un joven castaño con ojos de color miel, vestido con una camisa blanca ajustada que dejaba ver sus músculos definidos, era perfecto para la ocasión, un bombón que mañana no querría saber nada más de mí.

Así que sin ningún miedo seguí con mi baile, mientras mi mirada se clavaba en la suya sabiendo que quería, y demostrándole que yo también. En pocos segundos sus manos hicieron voltearme y pude mirarlo de cerca a pocos centímetros de distancia, mis labios tenían sed y no pude evitar mordirme el labio, provocándole un suspiro y plantó sus labios sobre los míos, sus besos eran fríos, humedecidos por la bebida que acababa de tomar. Mi boca se abrió para recibir esos besos que calmaron mi sed, y despertaron a mí



bruja interior, mostrándome la de locuras que podría hacer con ese hombre.

Estuvimos horas bailando y besándonos, mientras podía ver como muchas de mis compañeras habían encontrado ligue y estaban igual que yo, menos Clara que estaba hablando con su amigo muy cariñosamente, más de lo normal.

La noche continuó perfectamente, no sabía ni su nombre ni me había preguntado el mío, y así debía de continuar, sino todo se estropearía. Vi que todas estaban en la barra hablando y tras disculparme con el joven sin nombre, me dirigí hacia ellas.

— ¿Sabes quién es?— Preguntó Maria emocionada

— ¿Quién, él? Ya sabes mis normas— aclaré rápidamente.

—Lo sé, es el chico del italiano, yo y Ángeles peleamos por él. ¿No lo ves?— me gritó indignada por que no me había dado cuenta.

—Ahora que lo dices... Sí que es, pues no veas como besa. — reí pícaramente.

—Beth rompe tus normas y quédate con ese bombón de por vida. — gritó Ángeles riendo un poco afectada por la cantidad de alcohol tomada.

—Nunca las romperé. —

—Chicas yo me voy a ir, me esperan...— nos interrumpió Thais con cara de malvada.

—Disfruta y no te enamores. — le dije mientras le di una palmada en el trasero.

Después de unas horas varias marcharon, pero aún quedábamos yo y Clara, ella estaba muy ocupada con Richard, seguro que esa



noche se iban juntos, al menos eso creía yo. Me dirigí hacia el lavabo, de camino tuve que ir apartando a chicos que me agarraban a cada paso que daba, pero por fin pude entrar, después de ingerir tanto alcohol lo mínimo que necesitaba era desprender parte de él.

Me miré al espejo y apenas tenía ondulado el cabello más bien despeinado pero tenía su punto sexi, así que con mis manos lo despeiné un poco y salí hacia la sala. Una mano me agarró fuerte y me empujó hacia una puerta que había justo delante del servicio.

Me giré rápidamente, y ay estaba mirándome con una sonrisa pícaro que me decía que tenía ganas de más y no iba a negárselo, cerró la puerta y me postró en ella.

Se colocó delante colocando sus manos sobre mi cabeza apoyadas en la puerta y me miró, me olió, provocando que comenzara a excitarme, notaba como mi sexo se humedecía y se secaba mi garganta a la misma velocidad.

—No me vas a preguntar nada. ¿Cómo me llamo, de donde soy?—

—No hace falta para lo que necesito, la verdad es que no quiero saberlo. —

—Interesante, es la primera vez que una mujer no me bombardea a preguntas y me gusta, me excita. —

—Pues es fácil yo no te pregunto ni tu a mí, pero disfrutamos de nuestros cuerpos. —

—Por mi perfecto. — se lanzó rápidamente a mi cuello y comenzó a besarlo con gran intensidad, mientras sus manos se postraban en mi trasero empujándome sobre su cuerpo.

No necesitaba más que una noche de sexo desenfrenado, y no me había confundido, con él la tendría. Se desabrochó el



cinturón, mientras yo subía mi vestido a la altura de mis glúteos, no se podía ver mucho, pero lo suficiente para excitarle aún más de lo que ya estaba. Sin pensarlo se introdujo dentro de mí de forma brusca que hizo que gimiera alto, tanto que paró, pero le miré rápidamente y me moví indicándole que no quería que parara, me agarró las manos por encima de mi cabeza y continuó con sus embestidas fuertes pero controladas.

El placer iba llegando a mí en segundos, mis piernas apenas se mantenían, sino que estaban casi apoyadas en las suyas, pero él no paró siguió el mismo ritmo hasta que no pude evitarlo y mi cuerpo explotó, tanto que el no pudo resistirse más y se dejó llevar.

Estábamos en el almacén y por suerte vi un paquete de servilletas que estaban cerradas, pero no lo dudé las abrí y me limpié. Mientras él me observaba, cuando terminé lancé las servilletas en una basura que había a su derecha y le ofrecí una para limpiarse.

—Gracias señorita anónima. —

—De nada señor sin nombre. — bromeé provocando que riera a carcajadas y negara con su cabeza.

—Hasta suena bien. Es la primera vez que alguien no quiere saber quién soy, aún estoy sorprendido. —

—Siempre hay una primera vez para todo. — me giré y salí del almacén.

Caminé hasta llegar al privado donde aún estaba Clara con Richard y llené mi copa hasta el límite, le guiñé un ojo y bebí de un trago; estaba sedienta después del desenfreno vivido.

Miré a las personas de la sala pero no lo localicé, tampoco me importó, yo ya había conseguido lo que necesitaba así que cogí



mi bolso y tras despedirme de ellos salí del local en busca de un taxi.

Llegué a casa y no sabía ni la hora que era pero estaba cansada, me quité los zapatos y los dejé en el salón mientras me dirigía a mi habitación. Me miré al espejo y tenía el rostro luminoso, sonrojado, y no pude evitar reírme, me sentía llena.

Lancé el vestido que llevaba puesto sobre la silla y vi que había un papel en el suelo, lo cogí y me quedé alucinada

"Si necesitas otra noche de lujuria,

estoy a tu disposición SIN NOMBRE 60000236"

Me reí a carcajadas, por una vez me habían sorprendido, pero me quedé pensativa ya que no entendía cómo había conseguido poner la nota dentro de mi ropa, y más recordando la conversación, estuvimos a un metro del otro.

Daba igual no pensaba llamarlo, no iba a incumplir mis normas yo no volvía a verlos nunca, así que lancé el papel a la mesilla y me tumbé en la cama.

Ya era miércoles, no había parado en dos días, me había visto con Emma para enseñarle el lugar y estaba encantada y sobretodo había vuelto a discutir por la colocación de la mesa en la sala con el Señor Oliver García hijo de Oliver García, como no se iba a llamar igual que su padre, así cuando la herencia pasara a su nombre podía mantener el mismo nombre y poder.

No había persona en este mundo que más me estresara, no podía con él, cada día menos y nuestras discusiones terminarían por renunciar a la presentación de Emma y ella no lo merecía. Así que me dirigí hacia la sala y acepté los cambios que el señor ordenaba,



preparé todo tal y como me pidieron hasta que creí que estaba perfecto y marché más enfadada que nunca a mí casa.

Estaba de pie en la cocina con un refresco en la mano, que le iba dando sorbos mientras caminaba de un lado para otro, por mi pequeño apartamento, no podía creer que hubiese aceptado todo lo que aquél presuntuoso pedía, y para colmo mi jefe lo alababa como si fuese el único que diera dinero a la empresa.

Estaba histérica, necesitaba relajarme, pero no sabía cómo. Comenzó a sonar mi teléfono y fui corriendo a cogerlo.

—Clara dime. —

—Beth me ha llamado Jeremy para preguntarme por ti, sabe que has vuelto a discutir con Oliver y me ha dicho que te tranquilice. —

—Esto es lo último, no es capaz de decírmelo personalmente, me parece increíble...—

—Relájate no vale la pena, ¿necesitas algo?— preguntó esperando que le dijera que fuera a mi casa.

—No lo que necesito es un... no te digo el qué, porque ya lo sabes. — reí sola ante mi estupidez.

—Llámallo, seguro que acepta una noche de lujuria. —

—Otra vez, no sé para qué os conté nada, no pienso llamarlo sabes que no repito...— me enfadé al recordar la conversación y la charla que me dieron.

— ¡Si es tu norma lo sabemos todos, pero hija por un día sáltatela y date el gusto!—

—Adiós Clara, gracias por llamar. — dije cortante, y sin ganas de hablar.



—Hazme caso por una vez. —

Colgué el teléfono y recordé esa noche, fue emocionante y distinta, hasta ahora ninguno había entendido mi juego pero con él fue diferente no solo le pareció bien si no que participó encantado.

Fui hacia mi habitación y vi el papel con el número, no podía llamarle pero realmente quería hacerlo, mi sexo estaba hambriento y lo sentía como me gritaba, como me rogaba una noche loca con ese hombre.

Y aunque mi cabeza se negaba, no pude evitar marcar el número, sonó un tono, dos, tres suspiré aliviada hasta que escuché su voz.

— ¿Si?— contestó una voz ronca.

—Hola— pude decir tras un silencio sepulcral.

—Tu voz... espera ya sé quién eres la Señorita anónima. — no pude evitar reírme

—Y tú el Señor Sin Nombre, te apetece un encuentro rápido. —

—Cuando quieras dime dónde y voy. —

—Ahora. —

— ¿Ahora?— se sorprendió

—Si puedes sí, pero en mi casa no, dime tú. —

—Hotel Estaciones, habitación 285¿lo conoces?—

—Sí, perfecto en media hora llego. — colgué el teléfono sin decir nada más.

Estaba nerviosa, no entendía porque pero lo estaba, rápidamente me di una ducha comprobé que estuviera perfectamente depilada y me puse un vestido muy corto y ceñido de color negro, me maquillé los ojos con sombra negra y



me rocié de perfume se llamaba Euphoria, a muchos hombres les volvía loco ese olor.

Estaba delante de la puerta de la habitación que me había indicado el botones, y no sabía si irme corriendo o llamar. Pero respiré hondo y di dos golpes, se abrió la puerta y observé que no había luz estaba todo a oscuras, caminé lentamente hacia dentro y se cerró ésta, notaba su respiración, se estaba acercando por detrás, pero no lo podía ver y eso me ponía en alerta, no sabía nada de él, me estaba arrepiento de haber entrado.

—Tranquila. — me susurró y agarró mi mano llevándome al pie de la cama. —Hoy te propongo yo un juego. ¿Aceptas?— su voz no me daba miedo todo lo contrario me excitaba, estaba deseando seguir con su juego.

— ¿Que juego?— pregunté nerviosa, a la vez asustada, por primera vez no controlaba la situación y no me gustaba nada.

—Confía en mí no te haré daño, solo quiero que disfrutes. — me quedé unos instantes callada pero mi sexo me gritaba que aceptara, así que acepté con un ligero movimiento de cabeza.

Noté como me vendaba los ojos y se apartaba de mí, estuve intentando adivinar que hacía pero no lo lograba, estaba completamente a oscuras bajo esa venda negra.

Sus manos comenzaron a acariciar mi cuerpo, mientras retiraba las prendas que me cubrían, estaba excitada, mi respiración era lenta pero profunda, pocas personas habían conseguido ese efecto en mí, solamente una, pero me abandonó sin más.

Estaba en una cama de un hotel desnuda sin poder ver nada, dejándome llevar por un extraño que estaba consiguiendo despertar mi interés. Y estaba feliz, me sentía bien.



Después de varias horas en las que solo nos dedicamos a darnos placer el uno al otro, allí estaba yo, vistiendo como si nada, pero algo había hecho ese desconocido que no me iba de allí con la sensación de siempre, estaba alegre, e incluso repetiría más veces.

—Espero que hayas conseguido lo que necesitabas. — me dijo muy seguro de que estaba satisfecha.

—Creo que se aproxima. — no pude evitar contestar bajo mi cinismo, mi escudo ante hombres como él, los que podían llegar a herirme y prefería no abrirles mi puerta sentimental.

—Viniendo de la mujer anónima, que solo busca buen sexo, me daré por satisfecho. — bromeó mientras se estaba poniendo los vaqueros y se disponía a encender un cigarro.

—Me he de ir, es muy tarde. —

—Espero tu llamada, no me gustaría dejar de dar placer a tu bello cuerpo. —

—Nunca se sabe, lo que puede pasar. — contesté mientras cerraba la puerta para marchar.

Me dirigía hacia el trabajo apenas había dormido pero no estaba cansada, había recargado las pilas de forma positiva y volvía con ganas de acabar la presentación de Emma y que estuviese contenta del trabajo que había realizado.

Abrí la puerta de la oficina y estaba Clara y Jeremy esperándome en mí mesa, sabía que algo no iba bien, solamente me esperaban en mi mesa cuando me iban a comentar algo que sabían que no me iba a gustar.

—Cambia esa cara que no te despedimos. — bromeó Jeremy al verme tan observadora.



—Perderíais mucho si lo hicierais. — contesté sin pensar.

—Solo quería comentaros que para la presentación de Emma Etxebarria, debéis de ir vestidas de traje, da igual el color, pero con falda de tubo y chaqueta. —

— ¿Es una nueva norma de empresa? – contesté rápidamente molesta por lo que estaba oyendo.

—Es una sugerencia del Sr. Oliver y personal ha decidido mantenerla entre sus normas para los empleados. — aclaró.

—Cómo no iba a estar el Sr. Oliver por medio...—

—Beth no hay más que hablar, has de vestir así. — contestó de forma rotunda y bastante malhumorada.

—Entendido. — me senté en mi mesa y respiré profundamente, era una norma y debía de aceptarla aunque no me pareciera del todo necesaria. Así que comencé con un duro día de trabajo por delante.

Ya era viernes el dichoso día de San Valentín, yo estaba vistiéndome con un traje de chaqueta color camel con una camisa rosa palo tal y como me habían ordenado, aunque me sentía ridícula, seguramente tendría que mover sillas y mesas, y no era la indumentaria más apropiada para ello, pero no tenía más remedio que aceptar.

Fui directa a la sala de Cultura del centro comercial, Clara estaba conmigo, y como estábamos solas aprovechó para interrogarme, sabía que me había visto con el “sin nombre” y ella disfrutaba sabiendo los detalles de lo que hicimos e intentaba conseguir que volviera a verlo. Insistió tanto que consiguió que le enviara un mensaje de texto a su móvil proponiéndole verle esa noche.



—Seguro que tu lujuria después de ver al Sr. Oliver en persona, necesitará una noche con ese hombre, sino dame el número y voy yo. Que de cosas habéis hecho en dos días Santo Dios Beth, si mi madre te oyera te quemaba en la hoguera. —

—No seas exagerada no es nada malo ni del otro mundo. Seguro que viene el Señor a cambiar todo, y me tendrás que agarrar para que no lo mate delante de todo el mundo, que martirio, es mi cruz ese hombre. Cuándo le vea le recomendaré una noche de sexo en condiciones a ver si se relaja un poco. —

— ¿Te imaginas? Le dices algo así y te despiden automáticamente. — comenzó a reír imaginándose la escenita que se montaría.

—Sería una desempleada súper feliz, al menos habría puesto a ese señorito en su sitio. —

De pronto entró Jeremy observándolo todo mientras caminaba hacia nosotras, se paró justo delante y tras mirarnos de arriba abajo silbó.

—Si lo sé os pongo uniforme antes. — comenzó a reírse solo.

No quise contestar porque sabía mi mal humor y mi poco control ante comentarios de ese tipo, así que fui hacia la puerta ya que estaba a punto de llegar Emma, y quería ser la primera a la que viera.

Nada más llegar comenzó a gritar como una loca, todo le gustaba y repetía sin parar la palabra gracias, estaba tan nerviosa, que no sabía si sería capaz de hablar en público sobre su novela.

Pero tras unos minutos y dos vasos de agua consiguió relajarse, estuvimos Clara y yo explicándole el guion de la presentación y ella muy profesional estuvo atenta, preguntando si tenía alguna duda.



Por fin era la hora, los asistentes comenzaban a llegar pero al que no se le veía el pelo era al representante de Emma, no podía creer que fuese el último, que poco respeto hacia la escritora, me parecía indignante.

Jeremy comenzaba a ponerse nervioso, y Emma estaba saludando a los asistentes la mayoría de ellos, amigos y familiares, pero percaté que había un oyente especial que nadie conocía pero yo sí, era de una editorial de la competencia mucho más importante que con la que trabajaba actualmente, y no pude evitar alegrarme por ella, se lo merecía.

Todos estaban sentados en su lugar así que Jeremy decidió comenzar sin el Sr. Oliver, supuso que el vuelo de Madrid se habría retrasado. Me senté a escuchar a Emma, mientras relataba como comenzó su aventura literaria, me encantaba el entusiasmo y la iniciativa que tenía esa joven, animaba a cualquiera a comenzar.

Cuando escuché un ruido detrás de mí, me giré y no podía creer lo que estaba viendo, comencé a girar mi pie sobre el tacón y Clara notó mi nerviosismo, me dio un golpe en la pierna y con un gesto me preguntó lo que me pasaba.

Le señalé hacia el final de la sala donde estaba como un oyente más, su cara se transformó nada más verle lo reconoció al instante, comenzó a reírse en silencio, pero yo no lo veía para nada gracioso, había conseguido tener algo especial con ese hombre en dos encuentros sin que supiera nada de mí.

Cuando Emma finalizó su presentación y se dispuso a firmar a todos los presentes su libro, vi como Jeremy se dirigía hacia él, le saludo muy amigablemente.

—Clara no quiero que me vea, ¿qué hace aquí?, ¿quién es?—



—Tranquilízate Beth se lo mismo que tú, la próxima vez a tus aventuras les pedirás el DNI, alguna vez te tendría que pasar algo así. Pero por lo que veo serán amigos, no creo que te reconozca. —

—Como no me va a reconocer, me pasé la otra noche unas cuantas horas ya sabes cómo, no me digas tonterías. — entré en cólera

—Pues no tienes otra respira porque ya llegan. — contestó apenas sin mover los labios.

Mientras se acercaban no quería mirarlo, a toda costa quería huir pero no podía Jeremy no me lo permitiría.

—Te presento a las creadoras de este evento, Clara González y Beth Martínez.

—Encantado de conoceros, soy Oliver García hemos hablado mucho por teléfono. — dijo mirándome fijamente.

No podía ser, ese irritable hombre no se parecía al mismo que había conocido de forma anónima y me hizo sentir especial. Mi cabeza estaba procesando toda la información y no pude hacer otra cosa, me disculpé y fui al servicio.

Me miré al espejo y estaba pálida, el shock había sido muy grande, coincidir con él ya era casualidad, pero que fuese el Sr. Oliver, el hombre que durante meses he estado odiando era irreal no podía estar pasando, seguro que después me despertaría y todo sería una pesadilla.

Abrí el grifo y me lavé la cara durante unos segundos, hasta que la noté tan helada que me hizo volver en sí.

— ¿Beth, estás bien?— preguntó Clara mientras cogía papel para secarme la cara.



—He despertado dime que no es cierto. — le supliqué.

—No, es cierto, sorprendente pero real como la vida misma. — su tono calmado hizo que no me pusiera a gritar.

— ¿Cómo puede ser que sea la misma persona? La otra noche era pasional atento, dulce, por teléfono era odioso irritable, prepotente.
— escupí las palabras sin respirar.

—Pues creo que una apariencia es la profesional y otra la personal. Pero tú me has enseñado a sonreír ante cualquier adversidad así que ya sabes lo que debes hacer, sal como si nada, háblale como si fuese la primera vez que lo conoces, piensa en Emma ella te espera.—

—Tienes razón, no puedo huir. —

Salimos hacia la sala y Emma había casi terminado de firmar, nos acercamos a ella y en cuánto firmó el último libro nos pidió que nos hiciéramos una foto con ella, y aceptamos sorprendidas.

De pronto comenzó a sonar una música de fondo muy romántica y un joven apareció con un ramo de rosas rojas y le cantó a Emma, ella se puso a llorar y todo el mundo aplaudió cuando éste terminó.

—Que detalle ha tenido este muchacho el día de San Valentí, eso es amor. — ese comentario a mis espaldas casi en susurro, no podía ser de otra persona, era de él, lo reconocería en cualquier lugar, el mismo me mostró su voz con los ojos cerrados mientras me hacía el amor—

— ¡Más bien es el día de la recaudación, no crees!— mi tono era el de siempre frio y cortante pero hoy más que nunca necesitaba mi escudo.

—Eres la única mujer que he conocido que no espere flores hoy.

—



—Las flores se marchitan en poco tiempo y los bombones se terminan, después que te queda, nada ilusiones rotas. —

—Muy cruel esa comparación Beth. — su voz recorría mi interior y aunque luchara contra ella me excitaba, pero tenía que resistirme, mis normas se habían roto en segundos y no quería volver a verlo nunca más, ya no.

—Para ilusos puede, para mí es perfecta. — caminé hacia Jeremy dispuesta a marcharme de ese lugar lo antes posible.

— ¡Estáis todos invitados a una cena, vamos a celebrar San Valentín!— gritó Emma eufórica por el momento que vivía.

Jeremy me miró inmediatamente pero le negué con la cabeza y mi mirada tan segura le demostró que esta vez no iba a interceder porque fuese, pensaba irme a casa como cada San Valentín y comer mis bombones que yo misma había preparado como años atrás.

—Clara me voy. —

— ¿Ya?, quédate un poco vamos a salir. — intentó convencerme poniéndome morros de pena.

—No, sabes que hoy no, odio este día no hace falta que te recuerde porque. —

—Lo sé pero si necesitas algo llámame. —

—Lo haré. — le di un beso y cogí todas mis cosas para marchar.

Caminé hacia la puerta esquivando a todos los invitados mientras muchos de ellos se despedían de mí, cuando por fin logré salir al exterior respiré profundamente.

—La veo muy estresada, quiere hacer una llamada a un desconocido para que la calme. — escuché a lo lejos.



Me giré y le vi, estaba apoyado en la pared de piedra color gris ceniza, y sin pensarlo como un toro desbocado fui hacia él.

—Creo que ya nos hemos reído suficiente, ya no somos desconocidos y cuando se rompen las normas el juego de termina, así que espero que tu discreción sea absoluta. —

—Siempre soy discreto, pero porque tus normas se hayan roto, no ha de porque terminar el juego, a los dos nos gusta, para que vamos a negarlo. —

—No lo voy a negar, he disfrutado esos encuentros pero ya no quiero más y menos sabiendo quien eres. — dije con total indiferencia.

— ¿Y quién soy, según tú?—

—De verdad quieres saber que pienso de ti, te sorprenderías. — reí sabiendo todo lo que podía decirle.

—Estoy deseando de que me sorprendas, una vez más. — mientras pronunciaba esa frase se acercó tanto que podía sentir el aire que desprendía al respirar.

—Que eres un tipo que le han regalado todo, y a más se cree que puede ordenar y querer todo lo que se le antoje, que no tiene ningún escrúpulo por pisotear a quien se le cruce en su camino, y como no, su falta de delicadeza con los pobres escritores que los trata como si de un producto del supermercado más, se tratara. —

—Se te ha olvidado una parte y más importante que el resto. Y en la cama que piensas de mí, bueno de tu "sin nombre", acaso no has disfrutado como nunca. —

—Calla no sigas por ese camino. —



—Sabes que tengo razón. — me empujó hacia la pared y su boca comenzó a besar mi cuello.

Podía sentir su varonil miembro como se endurecía sobre mis caderas, y mi sexo comenzaba a gritar desesperadamente que necesitaba a ese hombre, pero no iba a ganar esta vez me negaba a que un insensible entrara a mi vida y la volviera a destruir como ya hicieron un día como hoy.

Le empujé y caminé hasta coger un taxi, cuando el coche emprendió la marcha no quise ni mirar, solo quería huir a mis cuatro paredes y dejar que mi estúpido corazón dejara de latir tan fuerte por un hombre como él.

Llegué a casa y me puse ropa más cómoda cogí mis bombones y sentada en la alfombra comencé a comer uno tras otro, los bombones nunca saciaban ese sentimiento que sentía cada San Valentín, pero al menos me distraía.

Hasta que sonó el teléfono y vi que era Clara, debía de cogerlo sino seguro que se presentaba en casa.

—Beth como has podido dejar a ese bombón plantado, si le hubieses visto la cara que se le quedó. —

—Ese solo quiere sexo, no te engañes. —

—Déjame dudarle amiga, eres una idiota y te lo digo cada año, deja a un lado lo que te pasó con ese imbécil, y disfruta de la vida y del amor que se presenta. ¿O prefieres seguir con lo que estás haciendo comer bombones y acabar llorando como una desconsolada? —

—No es cierto, yo disfruto de la vida. —



—Va por favor, a quien quieres mentir, mírate que no quieres saber ni el nombre de los hombres con los que te acuestas por si te enamoras de alguno, es de locos. — me gritó

—Pero ese no es, lo odio, llevo meses discutiendo con él, y ahora me entero que es el mismo que...—

—Dilo no te calles el que te ha vuelto loca en la cama, pues llámalo y disfruta de él ya se verá que pasa, no te adelantes a los acontecimientos. —

Un silencio sepulcral se había instado en mi salón, no quería admitirlo yo era feliz así y no quería cambiarlo.

—Habla estoy esperando, sino me harás ir y te aseguro de que te arrepentirás. —

—No, no vengas lo pensaré. —

—Eso ya es mucho viniendo de ti, así que me doy por satisfecha. —

Colgué el teléfono y comencé a llorar, no quería asumir que tenía razón pero era obvio que no era feliz me estaba engañando, y no era justo.

Sonó el timbre de casa y sabía que era ella, cada año hacía lo mismo venía corriendo y me consolaba. Abrí la puerta y me quedé congelada, era él otra vez, y ahora en mi casa no me lo podía creer.

Estaba plantada en medio de la puerta agarrando una caja de chocolates, con los ojos inflados de llorar, y sin creer que estuviera delante de mí.

— ¿Qué te pasa, porque lloras?—

—No me pasa nada. — respondí mientras cerraba la puerta.



—No voy a dejar que cierres. — contestó mientras colaba parte de su cuerpo para que la puerta no pudiese cerrar.

—Te vas hacer daño por favor déjame cerrar. —

—No déjame pasar por favor. — me dijo con tono calmado intentando que me tranquilizara.

—Solo respóndeme a una pregunta y sé sincero. —

—A la que quieras, no te mentaré, te lo aseguro. — contestó muy sincero

— ¿Porque Oliver me dijo que estaba en Madrid y no podía venir antes a ver el salón cultural, y en cambio el “sin nombre” que eres tú estaba en Barcelona hace una semana?—

—Es obvio, mi papel es exigir las necesidades de la editorial, ese es mi trabajo, pero no es estar revisándolas, para eso os pagan a vosotros. Y no pensarás que le voy diciendo a todo el mundo mis movimientos. ¡Abre por favor!—

Su sinceridad me relajó, tanto que sin darme cuenta abrió el espacio justo para colarse en mi recibidor.

—No te he invitado a pasar.— amonesté molesta por su intrusión.

—Lo sé— contestó junto a una sonrisa burlona.

—Qué quieres de mí, ¿porque has venido? — estaba desconcertada no entendía nada y mi cabeza solo quería sacarlo de mi casa y no verlo, pero mi corazón me pedía a gritos que hablara con él.

Miró mi apartamento muy curioso y al ver la caja de bombones devorada en el sofá comenzó a reírse.



—No decías que no te gustaban las flores y los bombones. — me recriminó mis propias palabras, contradiciéndome con mis propios actos.

—No me gustan que me los regalen, los compro yo. ¿Qué haces aquí?— volví a preguntar esperando una respuesta.

—La verdad es que no lo sé ni yo mismo, pero solo te he de decir una cosa y después si quieres me hechas de tu casa. Desde que te vi en ese local, sabía que algo en ti era especial, pero la otra noche sentí que no podía dejar de verte, sin saber quién eras, habías conseguido más, que todas las mujeres que han pasado por mi vida y te aseguro que yo no te voy a regalar ni flores ni bombones. —

—Qué quieres que diga. —

—No digas nada solo déjame pasar un rato contigo, no creo que prefieras estar llorando, un día como hoy, aunque alguien en el pasado te rompiera el corazón este día. —

—Pero...—

—Lo sé, porque le oí comentarlo a tu compañera. — no me dejó hablar, solo se explicó para que entendiera porque sabía esa parte de mi tan secreta.

—Pues ya sabes demasiado de mí. —

—Déjame saber más, quiero conocerte, solo conozco tu antipatía telefónica y tus armas de seducción, y quiero seguir conociendo más cosas de ti. — sus manos agarraban con fuerza mis brazos y me sentía confusa.

—Todos decís lo mismo hasta que viene alguna chica despampanante y huis, porque tú ibas a ser diferente, no quiero que nadie me vuelva hacer daño. —



—Sino me das la oportunidad, no lo sabrás—

Durante unos instantes le miré a los ojos, y no pude evitar recordar esos encuentros, cómo me miraba en ellos, cómo sus manos acariciaban mi cuerpo.

— ¿Y tiene que ser hoy? — no pude evitar reír como una ilusa al recordar el día en el que nos encontrábamos.

— Lo único que quiero regalarte para que cambies tu forma de ver este día, es más bien una promesa; quiero conocerte, anhelo saber más de ti, pero si llega el momento que vemos que no somos el uno para el otro, regresaré por donde vine. —

Sus palabras llegaron directas al corazón rompiendo el escudo que había creado durante años y lo único que pude hacer fue besarle, aceptando esa promesa, que volvía a llenar de vida mi corazón.

FIN



DESTINO DE FUEGO

de Lydia Alfaro

<http://lynsalfaro.blogspot.com.es/>

Johan observó con creciente ansiedad como el color celeste de sus alas se iba apagando poco a poco. Un profundo rugido se abrió paso en sus pulmones. Hacía tan sólo un mes, todavía conservaba sus poderes en plenas facultades. Su escamosa piel había sido de un negro brillante a la luz de la luna.

Ahora, ni siquiera podía defenderse si surgía cualquier contratiempo... De su boca apenas salía una débil llama de fuego de color naranja pálido.

—Padre, me estoy muriendo.

El dragón situado tras él acercó su cabeza a la suya y acarició su mandíbula con afecto.

—No puedes darte por vencido todavía, hijo mío.

— ¿No? —rugió de nuevo con fuerza apartando la mirada hacia el horizonte azul claro que señalaba la llegada del amanecer— ¿No ves que mi cuerpo se está consumiendo? Dentro de poco ni siquiera podré cambiar de forma para caminar por el mundo a la luz del día.



—Sólo hay una manera de evitar tu muerte y lo sabes, hijo mío. Sé que lo has intentado pero tu alma gemela existe, todos tenemos una... Y ahora mismo, debe de estar en cualquier parte del mundo consumiéndose al igual que tú. No pierdas tiempo, ahora mismo es tu peor enemigo, Johan.

—Moriré buscándola si es necesario, padre.

Johan había alcanzado hacía un año la condición de dragón adulto. A sus cincuenta años, sin embargo, era un dragón joven; todavía aprendiendo a controlar sus poderes y con la necesidad de encontrar una compañera, un alma gemela para incrementar su poder y completar su madurez.

Había estado buscando a su compañera durante todo aquel año sin haber tenido suerte. Se decía que cuando se llegaba a la edad adulta, la invisible conexión entre compañeros se podía percibir a través de los sentidos. Podías oler su esencia e incluso visualizarla hasta llegar a localizar su paradero. Sin embargo, jamás había conseguido sentir nada. Y eso le obsesionaba y exasperaba. ¿Acaso no existía su alma gemela? Padre decía que eso no era posible, tenía que existir... Entonces, ¿por qué no acudía a su llamada? ¿Por qué enmascaraba su localización?

Si no lograban sellar su compromiso, si no se unían... Ambos morirían dentro de poco.

El proceso ya había comenzado y Johan tenía muy poco tiempo para encontrarla. Un mes, dos semanas, quizás sólo unos días...

— ¿Podrás trasladarte tú sólo a la civilización? —inquirió Padre con inquietud.

En respuesta, el enorme dragón negro tembló visiblemente originando una nube de polvo en la cumbre de La Montaña



Oscura. Su imponente imagen parpadeó hasta conseguir desaparecer del todo.

La voz de Johan flotó en el aire. Una promesa. Volvería a su hogar junto a ella o moriría en el intento.

Día de San Valentín. Maldito día de San Valentín. Los enamorados alardeaban por todas partes de su maravilloso amor eterno, la ciudad estaba empapelada de anuncios para convencer a los ilusos enamorados de que su producto era el mejor para entregarlo como regalo ese día y la televisión no hacía más que escupir películas cursis homenajando a Cupido.

Susana respiró hondo. Dejó de lado esos pensamientos. El televisor llevaba horas apagado, no tenía la menor intención de salir a la calle ni entraba en sus planes enamorarse. De hecho, ni siquiera tenía claro si podría hacerlo aunque quisiese. Estaba muy enferma.

Visualizó la impresora que tenía delante. Una mancha borrosa de color blanco le devolvió la mirada.

¿Qué me está ocurriendo?

Llevaba un mes sintiéndose mal. Su cuerpo parecía avisarle de que algo no marchaba bien; estaba cada vez más cansada, apenas dormía por las noches y los mareos eran cada vez más frecuentes. La visión se volvió negra de pronto y supo que se iba a desplomar contra el suelo.

Despertó sin saber cuánto tiempo había estado inconsciente con un gran dolor de cabeza. Se incorporó y un folio resbaló por su espalda. Era la fotografía que había hecho la noche anterior. Recordó el momento en que sintió la gran necesidad de salir a la calle. Sus ojos ardían de pronto y, algo extraño, una sensación



de hormigueo e inquietud recorría su cuerpo. Reprimió las ganas de salir... eran las tres de la madrugada. Sin embargo, sí abrió el balcón de su habitación movida por algún tipo de instinto. Había algo... algo que necesitaba ver. Localizar. Observó la quietud de la ciudad. Sólo el sonido de coches lejanos, de manera esporádica, y el suave mecer de las copas de los árboles por la brisa levantina. Los ojos volvieron a arder. Gimió de dolor frotándose. Y entonces, como si hubiese desarrollado algún tipo de radar interior, levantó la vista y vio algo. Una silueta oscura sobrevolaba los edificios de la calle de enfrente. No conseguía distinguir qué podía ser, así que corrió a por su cámara digital de alta resolución y le hizo una foto. Cuando apartó el objetivo de sus ojos, la extraña figura voladora ya no estaba y, su cuerpo, aquejado por los estragos de la adrenalina, cayó de nuevo en depresión.

Sujetó el folio como si le fuese la vida en ello. Estuvo horas y horas observando la imagen que había congelado la noche anterior... Pero no lograba encontrar una explicación a lo que estaba viendo. Aquello, si dejaba de lado el hecho de que era una locura, parecía un dragón. Un enorme y precioso dragón negro de alas color celeste.

Johan no podía creerlo. La había encontrado. Se había trasladado de nuevo a la zona costera del país, aquella bañada por el mar mediterráneo. Siempre le había gustado ir a aquel lugar; bañarse en sus aguas durante la noche, en alguna cala oscura y alejada, para poder gozar en su verdadera forma. La luna parecía ejercer un influjo mágico en aquellas aguas, algo que le provocaba más vitalidad cuando se fundía en ellas. No sabía a dónde ir y sólo había pensado en aquella zona sin darse cuenta.



Pero ahora ya tenía claro el porqué. Allí estaba su compañera. Su alma gemela. Y ella le necesitaba con tanto apremio como él. Había llegado el momento de seducirla.

Los médicos no encontraban la razón de aquellos síntomas tan alarmantes de deterioro físico. Llevaba semanas de consulta en consulta sin obtener resultados. Y cada vez se sentía peor. Tenía los nervios destrozados por culpa del insomnio. Su cuerpo le pesaba toneladas, su pelo se estaba cayendo, su color de piel era pálido y lucía unas ojeras importantes. Por si fuese poco, todo lo que comía le sentaba mal y se estaba quedando en los huesos.

Me estoy muriendo...

Alguien llamó a la puerta de pronto. Miró el reloj de su muñeca. Las doce del mediodía. No esperaba visitas. Llevaba semanas eludiendo ver a nadie. No quería que viesen su deterioro físico y anímico. Probablemente moriría en cualquier momento, sola en su piso. ¿Qué le estaba ocurriendo?

Volvieron a llamar a la puerta.

Susana se acercó a la mirilla y lo que vio le secó la garganta. Era un tipo, pero no uno cualquiera... ¡Era guapísimo! El pelo negro azabache le caía largo hasta los hombros ondulado, seguramente muy suave, y su mirada era de un celeste cegador. Los ojos le ardieron de repente, como la noche anterior, y el hormigueo en su cuerpo brotó provocando que se encogiese. Se apoyó en la puerta y atinó a preguntar:

— ¿Quién es?



Pero no obtuvo respuesta o, quizás no la escuchó, puesto que lo vio todo negro y sintió el frío golpe del suelo contra su nuca al colisionar.

Johan oyó el golpe y supo que algo malo le ocurría a su compañera. Debía de estar tan débil como él. Puso su mano sobre el pomo hasta derretirlo. Después, dio un suave empujón a la puerta y se abrió fácilmente, revelando la delgada figura femenina que yacía inconsciente en el suelo.

Sintió la agradable sensación recorriendo su cuerpo por entero. La esencia de su compañera se adentraba en él lenta e inexorablemente. Oía a brisa marina. Se arrodilló para cogerla entre sus fuertes brazos y la llevó al sofá para acostarla.

Se sentó en el suelo y la observó durante largo rato. Era preciosa, pero estaba seriamente enferma. Más débil que él incluso. Dio gracias al destino por haberles reunido a tiempo. Su pelo castaño claro caía por su espalda sin brillo y enredado. Estaba muy pálida, sus resecos labios lucían un ligero tono amoratado y estaba muy delgada. Se acercó a su oído y le susurró tiernamente:

—Ya estoy aquí, amor mío, te pondrás bien.

Ella abrió los ojos de repente y gritó dando un salto del sofá. Johan se levantó para calmarla pero ella habló:

— ¡Quieto! ¿Quién eres y cómo has entrado en mi casa?

—Escucha...

—Susana —no supo por qué se lo dijo, pero una parte de ella se sintió empujada.

Él sonrió de lado.

—Susana... un nombre tan precioso como su dueña.



Ella sacudió la cabeza intentando no sucumbir a esa sonrisa perfecta, esos labios carnosos que no podía dejar de mirar... Era un desconocido que se había colado en su casa mientras estaba inconsciente. Debería estar aterrada e intentando escapar; en cambio, lo único que tenía ganas de hacer era... Respiró hondo y notó de nuevo el ardor en los ojos. Él se estremeció al mirarla.

—Tus ojos arden ante mi presencia. Anoche te ocurrió, ¿verdad? —vio el folio con la foto del dragón en el suelo y la cogió— Me fotografiaste...

Johan soltó el folio y fue hacia ella para sujetarla por la cintura y atraerla hacia la calidez de su cuerpo. Ella intentó resistirse al principio pero ambos sabían que no tenía fuerzas para luchar... Y, además, en realidad le gustaba la cercanía. Era como si un bálsamo ejerciese su papel sanador cuanto más cerca estaban. Inconscientemente, Susana supo que él podía contestar sus preguntas.

— ¿Qué me está ocurriendo? ¿Quién eres tú?

Sus rostros estaban a escasos centímetros. Susana sintió el suave olor a tierra, a naturaleza en él. Inspiró con intensidad sin importarle lo que él pensase de su actitud. El deseo apareció irremediabilmente.

—Tu cuerpo se está muriendo Susana. Muere porque necesitas sellar tu unión con tu alma gemela... Por tu debilidad extrema puedo imaginar que eres medio humana.

¿Medio humana? Un momento...

Se tensó. El deseo menguó sensiblemente. Ahora el temor hacía acto de presencia. Decidió no hablar. Pese a comenzar a pensar que el tipo estaba como un cencerro, algo en su interior necesitaba escuchar lo que tenía que decirle.



—Tus ojos son dos pequeñas bolas de fuego, arden porque me necesitas: yo soy tu alma gemela, Susana. Tu compañero. También mis fuerzas están menguando. He estado mucho tiempo buscándote sin éxito y ahora mismo mi felicidad es infinita.

Johan acarició su rostro con suavidad. Un ligero aunque intenso toque. La piel de Susana ardió y volvió a tensarse. De nuevo, deseo. Sus piernas flojearon.

—No puede ser... Esto no puede ser verdad. Soy una chica normal.

— ¿En serio? Entonces, ¿cómo explicas lo que te está ocurriendo?
—se apretó más aún a su cuerpo, casi podían fundirse— ¿De verdad no sientes una gran mejoría desde que me tienes cerca?

Eso era cierto. Estaba mareada, pero más por la conmoción que por debilidad. Se sentía a gusto entre sus brazos. La energía se acumulaba en sus entrañas, en sus extremidades y necesitaba urgentemente sentir su cuerpo dentro de ella.

—Me deseas tanto como yo a ti, Susana.

—Sí... —su boca respondió sin previo aviso.

Sus labios se fundieron en un beso pasional, hambriento. Sus lenguas danzaron al son de un ritmo silencioso. La chispa se prendió y ambos se deslizaron hasta caer en el suelo. Ella se estremeció al sentir el cuerpo de Johan encima del suyo, su peso, su calidez... ¿Cómo podía sentir algo tan intenso por un desconocido? Desde luego, no era propio de ella. Pero era incapaz de hacerle caso a esa voz interior que le decía que aquello era absurdo y una auténtica locura. ¡Hacía tanto tiempo que no se sentía tan bien! Johan besó cada parte de su cuerpo con dedicación. Suavidad y pasión a partes iguales. Se revolcaron por el suelo rodando uno encima del otro.



Y, de pronto, él quedó parado encima de ella, mirándola fijamente. El silencio bailó entre ellos de un modo extraño. Susana sintió un placer hipnótico mientras contemplaba la mirada celeste de Johan penetrando en la suya. ¿Aquello que veía en sus ojos era fascinación? Y aunque le gustó ser objeto de un sentimiento así, pronto se reveló como un instante incómodo.

¿Qué haces revolcándote por el suelo con un desconocido? ¿No recuerdas que te estás muriendo? No me siento a punto de morir ahora mismo... Siento que me quedaría mirando sus ojos, su cara... Eternamente. No. No. ¿Estás loca? ¡Vete! Vete y llama a la policía. Tienes que actuar de manera racional.

Susana aprovechó aquel momento en el que había recobrado la razón para escabullirse de sus brazos y salir de debajo de su cuerpo. Se puso en pie rápidamente y echó a correr hacia la puerta de salida.

— ¡Susana! ¡No me puedes temer! ¡Me necesitas!

— ¿Esto qué es? ¿Una jodida broma por San Valentín? ¡Piérdete, lunático! —gritó sin aire en los pulmones. Su voz resonó por todo el edificio.

Ella oía a sus espaldas las incoherencias de aquel extraño y sólo pudo intentar correr más rápido. Bajó las escaleras de tres en tres, no supo cómo no cayó rodando, sólo había un objetivo en su mente: escapar de aquel loco.

No quieres huir de él... en el fondo no quieres.

— ¡Sí quiero! ¡Sí quiero! —gritó sin pensar en quien pudiese escucharla.

Cuando llegó a la salida del edificio, tras bajar los tres pisos en tiempo récord, siguió corriendo mezclándose entre los



viandantes. Él ya no le alcanzaba. Había escapado. Torció la esquina y se escondió en el primer portal que vio abierto.

Se apoyó en una de las paredes y no pudo evitar dejarse caer en el suelo resoplando. El pulso le latía fuertemente en la cabeza y el aire se resistía a llegar a sus pulmones.

Esto va a peor... No debería haber hecho el esfuerzo... no...

—No puedes escapar de mí... Ya no.

Aquella voz grave y aterciopelada le caló hasta en los huesos emitiendo un suave calor que, lejos de resultar desagradable, le ofreció una sensible sensación de mejoría.

Y sin poder llegar a entender las razones de sus contradictorias sensaciones, se echó a llorar impotente.

—Entiendo que debe de ser desconcertante para ti. Nunca te habían hablado de tu verdadera naturaleza ¿no es así?

— ¿Qué se supone que soy?

—Eres mitad humana, mitad dragón. Y yo soy Johan, tu compañero.

Susana no contestó. Ni siquiera quiso pensar en la magnitud de lo que acababa de decirle... era una completa locura. Jamás había conocido a sus padres ni a ningún familiar cercano. Se crió en un hogar de acogida hasta la mayoría de edad.

—Llevo mucho tiempo buscándote, viendo como mis fuerzas menguan a cada paso que doy y sabiendo que las tuyas también lo hacen. Susana, ambos nos morimos, puedes sentirlo, ¿verdad?

Ella no contestó. Todavía agazapados en aquel portal, hablando en voz baja de algo que sonaba a fantasía, se miró las manos:



dedos esqueléticos, piel pálida, translúcida y arrugada. ¿Cómo podía dudar de sus palabras si las evidencias saltaban a la vista?

—Cierra los ojos —le pidió Johan a Susana.

Se encontraban en la orilla del mediterráneo. La luna llena se reflejaba en las aguas oscuras, vertiendo en ellas su plateada luz y meciéndose al compás del suave levante.

Susana sonrió inquieta y a la vez llena de gozo. ¿Cómo podía sentirse de aquel modo junto a alguien que jamás había visto antes en su vida? No lo entendía. Debería haber seguido huyendo de él... Debería haber buscado ayuda. Protección en casa de alguna amiga. Sin embargo, aquí estaba, en medio de la noche en una cala escondida del resto del mundo. Y, lo peor de todo, era que quería estar allí. Quería creer en aquella conversación clandestina de unas horas antes.

— ¿Qué vas a hacer?

—Eso es una sorpresa, amor.

Amor... Te ha llamado amor... ¿No vas a replicarle?

Susana cerró los ojos abandonándose por completo.

Escuchó el susurro de las ropas desprendiéndose del cuerpo masculino. Tragó saliva. Su cuerpo ardía en deseos de algo en lo que no quería permitirse pensar. Las escuchó caer al suelo de arena. Sonrió. Podía imaginar su torso marcado por cada uno de aquellos ondulados músculos. Sus caderas estrechas. El trasero duro y respingón. Oh, y la suave uve que se formaba justo en su cadera, para descender hasta la fuente de su placer... O quizás, una de ellas. Johan le mostró que podía proporcionarle placer con otras partes de su cuerpo. La lengua, era una de ellas y recorría en



aquel instante su clavícula despertando escalofríos a lo largo de cada terminación nerviosa de ella.

Deja de imaginar su cuerpo. Jamás lo has visto.

— ¿Puedo abrir los ojos ya?

—Todavía no... Quédate quieta.

Susana obedeció sin pensarlo. Su parte racional intentaba convencerla de que no debería abandonarse ante alguien a quien acababa de conocer. Era una completa locura. Sin embargo, obligó a los pensamientos a esconderse en algún rincón oscuro de su mente. Ahora sólo importaba el momento.

Johan le fue despojando de sus ropas lentamente pero sin pausa. Podía oír su respiración acelerada. Estaba tan excitado como ella. Entonces quedó desnuda por completo y él la instó a abrir los ojos por fin.

Lo hizo. Él la observaba a unos pocos centímetros. Sus ojos grandes y del mismo color celeste que las alas que había visto en la fotografía. Brillaban intensamente, tanto, que rivalizaban con la luz de la luna. Su pelo oscuro estaba revuelto por la suave brisa.

—Quiero que me veas tal y como soy.

Y, sin más, su cuerpo comenzó a parpadear, desapareciendo y apareciendo hasta que una luz celeste brotó desde su posición al igual que una fuente de agua a presión. Susana intentó encontrar a Johan dentro de aquello pero sólo pudo seguir el rastro de la luz hasta el cielo oscuro, en donde se materializó la forma de un dragón.

Allí estaba... Era él en su verdadera forma.

Es el ser más maravilloso que he visto en mi vida.



La voz de Johan retumbó en lo alto:

—Únete a mí, amor.

En ese momento, Susana deseó con todas sus fuerzas hacer lo que él le pedía. Unirse a él... para siempre. Pero no podía transformarse en dragón. Era una simple humana. Su mirada entristeció todavía observando al enorme dragón de alas celeste.

—No puedo...

—Sí puedes. Está en tu naturaleza.

—Soy humana, Johan.

—Eres mitad humana, tu otra mitad clama por salir a la luz.

El miedo tomó control absoluto de su mente. No... ella no podía convertirse en un ser alado, ¿de qué manera podría hacerlo? ¡Era imposible! Pero no podía negar que él no le había mentado: ahí estaba, convertido en dragón, en una criatura tan bella como fantástica. Las piernas amenazaron con derrumbarse.

—No sé cómo hacerlo —bajó la cabeza y se dejó caer en la fina arena con un gemido de frustración.

Johan abandonó la forma de dragón. La luz celeste se apagó y sus brazos fuertes la envolvieron en un cálido abrazo. Acurrucados en la arena yacieron durante horas sin hablar. No hubo un silencio incómodo, al contrario, la paz era total.

Susana abrió los ojos. La luna seguía en lo alto del cielo, siendo la única espía de la desnudez de ambos. Todavía entrelazados, fundidos en un calor acogedor y revitalizante. Desvió su mirada de la luna hacia sus cuerpos y lo que vio le provocó un estremecimiento: sus pieles brillaban, y lo hacían de una manera tenue y sobrenatural. Asombrada y sin palabras, se permitió contemplar



aquella maravillosa cercanía, una intimidad que asustaba a la vez que llenaba su alma solitaria. ¿En verdad era Johan su compañero de vida? ¿Lo sería para siempre? Todo sonaba a cuento de hadas, algo tan idealizado que por fuerza tenía que ser mentira. Pero él no le había mentado, sus palabras habían sido demostradas. Su piel brillaba sana y joven como antes, como siempre debería de haber sido... Y todo porque estaba junto a él.

Un calor nuevo se añadió, uno que surgía de muy adentro y amenazaba con romper sus defensas. Deseaba todo aquello. Anhelaba poder compartir sus miedos, sus inquietudes y alegrías... Necesitaba sentir un apoyo incondicional en los momentos tristes. Algo que podía conseguir con alguna buena amistad, sí. Pero el fuego bailaba en su interior y comenzaba a quemarle.

Por fin llegó a alcanzar la mirada de él. Johan la observaba en silencio, dejando que ella asimilase lo que estaba ocurriendo y, quizás, también maravillado por la unión tan perfecta que se estaba dando allí, en esa cala escondida del mundo, con la luna como único testigo de su secreto.

Entonces comprendió que no podría conformarse nunca más con la soledad y las amistades. Quería consumirse en aquellas llamas. Quemarse a fuego lento mientras sus almas se nutrían de aquel todo que les completaba.

No tuvo que decir nada. Ambos habían llegado a un acuerdo al sellar sus miradas.

Johan se incorporó para posicionarse encima de ella, acarició su pelo con adoración y entonces dijo:

—Desde que te vi por primera vez, supe que nuestra unión era un acierto del destino.



—Ni siquiera nos conocemos, Johan... No puedes negar que esto es algo impuesto, no hemos sido libres de conocernos y elegir si queríamos estar juntos.

—No hay libre albedrío, pero dime qué sientes cuando estás conmigo... Dime qué sientes al mirarme, Susana.

—Siento cosas que me sobrepasan... No sé si debería sentir las cuando apenas te conozco desde hace unas pocas horas. Hoy me he despertado un día más sola, sintiendo que me moría y de repente apareces tú de la nada hablándome de amor, de uniones del destino... ¡Te conviertes en dragón y se supone que yo también puedo hacerlo!

Pero mi cuerpo me dice que todo es cierto, mis ojos lo han visto... Y no puedo evitar sentir que mi lugar está contigo.

Entonces, él la besó. Y lo hizo con tanta fuerza que los pensamientos agolpados en su mente se diluyeron al instante. Barridos por un tsunami de pasión que terminó de desatar la hoguera que se fraguaba en sus entrañas. Aún con los ojos cerrados, la luz se abrió paso de un modo cegador. ¡Dios, le necesitaba! Le deseaba con una intensidad jamás experimentada con ningún hombre. Casi podría afirmar que estaba sintiendo por primera vez la verdadera locura del amor. No tenía explicación, ningún argumento racional podía arrebatarse aquella certera conclusión.

Susana le devolvió el beso con un gemido. Sus lenguas se entrelazaban abrazándose al compás de un ritmo rápido, hambriento. Se succionaron mutuamente, necesitando saborear y retener su sabor para siempre. Las manos viajaron despertando a la vida cada terminación nerviosa. Las bocas se separaron sólo para posarse en las zonas sensibles de cada uno de sus cuerpos. Eran dos almas necesitando una culminación.



Las horas pasaron convirtiendo la noche en madrugada mientras se descubrían al tacto y al sabor. Mientras sus retinas grababan para siempre las imágenes de su encuentro de pasión. Y cuando Johan se adentró en el cuerpo de Susana, algo maravilloso ocurrió:

Imágenes de la vida de uno, invadieron la mente del otro.

Los envites lentos fueron volviéndose fuertes, profundos y rápidos. Cada imagen venía de la mano de un placer sublime e intenso. Los gemidos de ambos se fusionaron hasta casi confundirse en sollozos ante tal magnitud de sensaciones.

Y cuando llegó la culminación, sus miradas volvieron a entrelazarse. Ebrias de conocimientos, pero jamás vacías de emoción.

Johan cayó al lado de Susana y sin dejar de entrelazar sus manos devolvieron la sonrisa que la luna parecía regalarles como cómplice de aquel acto de amor.

¿Podía el amor irrumpir en la vida de alguien de esa manera tan arrolladora e inesperada? Quizás siempre habría escépticos que negasen una afirmación de ese calibre. Siempre habría miedo a comprobar su valor como verdad universal. El lado oscuro de esa luna hoy sonriente podría mostrarse para apartar el fuego y traer consigo el dolor. Pero Susana comprendió, mientras apretaba más la mano de Johan, que valía la pena arriesgarse si podía vivir junto a él tal inmensidad.

—Amor—, dijo él— Mira tu piel... —la emoción se disparaba en su voz mientras se incorporaba.

Ella lo hizo y ahogó un grito de asombro. Su piel cambiaba alternando las escamas con la superficie lisa.

— ¿Me estoy transformando?



La sonrisa de él fue suficiente.

Aquella noche de fantasía y realidad terminó. El sol despidió a la luna con un beso de luz y ésta se llevó consigo el secreto de dos criaturas aladas que volaron junto a ella hacia el otro lado del horizonte.

Dos almas inmortales fusionadas en un mundo incrédulo y frío, pero capaz de albergar un amor verdadero hasta el fin de los tiempos.

FIN



SÓLO POR TI

de Anele Callas

<http://historiasanele.blogspot.com.es/>

¿Qué estaba haciendo allí? No paraba de preguntarse Lorena frente al mostrador de mármol negro del hotel Mandarin Oriental de Nueva York. Parada ahí, junto a las maletas, seguía diciéndose a sí misma que era una mala idea. No sólo mala, malísima idea asistir sin Mario a la boda de Yuri y Michael *¿Pero a quién se le ocurriría celebrar una boda el día de San Valentín?* Sí, lo reconocía, era muy romántico... para los novios, pero para alguien como ella, con el corazón roto y pisoteado, lo que menos le apetecía era que otros le restregaran todo su amor y felicidad por la cara.

Habían sido unas semanas muy duras, no sólo por el hecho de enterarse de que su relación de tantos años (casi siete) había sido una farsa (o al menos durante los tres últimos), sino que también tener que "okupar" día sí y día no el sofá de sus amigos, Nacho y César, abusando de su generosidad, era demasiado para ella. Menos mal, que siempre están ahí cuando los necesita. Tener por mejores amigos a una pareja como ellos era una suerte.

Pese a que César era el socio de Mario en la consulta, cuando se enteraron de que "Cabronmario", así le llamaban ahora, tenía un rollo desde hacía tanto con Ana, la chica de la recepción, casi se podía decir que la adoptaron y no dudaron en posicionarse de su parte. La ayudaron a sacar sus cosas de casa para que no



tuviera que volver a ver a Mario, y le abrieron las puertas de su apartamento mientras ella buscaba un lugar donde vivir.

En esas noches de terapia, el mayor pasatiempo era poner verde a "Putanita" y "Cabronmario", pero también ponerse tibios con el superpastel quitapenas de chocolate especialidad de Nacho. Eso pasó factura a sus caderas, pero no le importó y ella misma las terminó de redondear con todos los botes de la receta limitada de Chocolate Caramel Cone Extravaganza de Häagen— dazs, que tomaba por las noches en la soledad de su nuevo apartamento... y eso por llamarle de alguna manera, ya que básicamente era una habitación con cocina, sala de estar y dormitorio en un mismo espacio. Pero era lo único que se podía permitir y llamar hogar en estos momentos con su escaso sueldo de dependienta en la sección de libros de ocasión de unos grandes almacenes.

Hacía bastante que no veía a Yuri, la novia. Lorena la conoció cuando comenzó a salir con Mario. Era una vieja amiga y colega de estudios de su ex y César y aunque se llevaban bien no habían mantenido demasiado contacto. Era por aquel entonces muy popular porque aparte de una excelente estudiante era una belleza exótica mitad andaluza mitad japonesa. Su madre bailaba flamenco y en una gira por Japón enamoró a su padre, tanto que el hombre vino hasta España para encontrarla. Cuando relataba la romántica historia del romance de sus progenitores todas las chicas de la pandilla terminaban por soltar un gran suspiro, esperando poder ser ellas alguna vez protagonistas de una historia tan apasionada.

Yuri se casaba con un exitoso agente de la bolsa de Nueva York y como regalo de boda pagaría vuelo y tres noches de hotel a los invitados que considerase imprescindibles en su gran día. Sus mejores amigos de su etapa estudiantil no podían faltar. A Lorena le parecía patético asistir a una boda a la que había sido



invitada de rebote (en la invitación estaba claro que ella era la acompañante). Y encima sola. Muy sola. Pero esa noche, ante la insistencia de Nacho de no perderse una ocasión como esa, se lió la manta a la cabeza y se dijo « ¿Y por qué no?» Y ahí estaba. A tan sólo tres días de San Valentín, pasando frío en Nueva York y preguntándose que pintaba ella en esa boda.

Una risa familiar proveniente del ascensor la sacó de su ensimismamiento. El suelo de mármol gris y negro del redondo vestíbulo y sus vistas panorámicas se hundía bajo sus pies. Ana no reparó en su presencia y seguía con esa risita chillona tan característica de ella, hasta que se percató de la expresión seria e incrédula de Mario. Era la primera vez que se cruzaban desde que Lorena abandonó la clínica entre lágrimas, cuando los sorprendió enredados aquella noche en la consulta *iMalditas sorpresas!*

Antes de que pudieran reaccionar, César se dirigió hasta la pareja y los saludó fríamente. Conversaron unos momentos y volvió con Nacho y Lorena, que aún estaban consternados por tal aparición.

—Van a registrarse y luego lo haremos nosotros.

—Quiero irme de aquí, siento que me ahogo —dijo Lorena con apenas un hilo de voz.

—Respira hondo cariño, y no te preocupes, de aquí no se va nadie, ¿entendido? La situación es incómoda para todos, pero debemos mantener la calma —el tono de César era sereno y cálido, lo que la tranquilizó un poco—. Ahora sé buena y deja que yo me ocupe de todo.

—Pero tú me dijiste que él no vendría.



—Eso es lo que tenía entendido, pero han cambiado los planes. Por lo visto a ella le hacía mucha ilusión visitar la ciudad.

— ¿Y a quién no? la muy perra... —masculló Nacho entre dientes mientras César le echaba una de sus miradas reprobatorias.

Tras unos instantes en los que Lorena deseaba despertar de aquella pesadilla, Nacho le cogió la mano y volvió a traerla a la incómoda realidad.

—No te preocupes Lore, estamos contigo. Con suerte sólo nos cruzaremos con ellos en la boda, y ya es hora de que te des cuenta de que no pierdes nada que merezca tus lágrimas. Él ha perdido mucho más que tú. Piensa en lo bueno por venir y deja atrás todo lo demás. Además, lo vamos a pasar de miedo, te lo prometo —y le dio un beso en la mejilla.

Flanqueada por sus dos amigos comenzó a superar el estado de pánico en el que había entrado. Se decía a sí misma que no podía dar la satisfacción a su ex y su nueva pareja de verla tan afectada.

Intentar desviar su atención a otra parte no le servía de mucho. Se fijó en Ana. La verdad es que era muy atractiva, tenía que admitirlo. Llevaba un vestido azul oscuro ceñido que dibujaba su esbelta silueta. Siempre tenía un estilo de aire de chica pin up, todo muy años 40 *¿Cómo puede ir siempre tan impecable?* Sus ojos celestes, destacados por el gris ahumado del maquillaje, hacían que brillaran como estrellas en una noche oscura *¿Cómo había estado tan ciega?* Era inevitable que Mario se fijara en ella, era exactamente el tipo de mujer que siempre hace volver la cabeza a los hombres, y teniendo en cuenta que pasaba muchas más horas con Mario que ella misma, era cuestión de tiempo que surgiera algo entre ambos.

Entonces su mirada se centró en Mario, que llevaba el abrigo que ella misma le regaló el pasado aniversario posado en el brazo.



Estaba muy guapo con un traje de chaqueta tostado, una camisa negra con un foulard en tonos marrones al cuello y una boina inglesa a juego con los guantes de cuero marrón. Su barba de tres días dibujaba su cuadrada mandíbula dándole un aspecto informal y moderno. Estaba muy elegante *iOh, por favor, aún estaba loca por él!* Creía que lo estaba superando pero un nudo comenzó a apretarle la garganta y tuvo que hacer un gran esfuerzo para que sus ojos no se inundaran de lágrimas. Por mucho que quisiera odiar a ese hombre nunca lo lograría, había vivido muchos momentos felices a su lado y eso no podía borrarlo de un plumazo. Tendría que aprender a vivir amando al Mario del pasado y maldiciendo al Cabronmario de ahora *¿Sería posible?* Eso de que el tiempo lo cura todo no es especialmente preciso *¿Cuánto tiempo se necesita para dejar de querer a alguien con quien has compartido tanto, con quien has crecido en todos los sentidos y del que dependías absolutamente sin quererlo... sin saberlo?*

Se percató ahora de su propia indumentaria. El pelo enmarañado y el maquillaje inexistente o peor aún, desvirtuado tras el vuelo... no, definitivamente no era el mejor momento para dejarse ver un ex. Al menos se consolaba pensando que sus mejillas ya estarían coloradas debido al sofoco y a la fuerte calefacción. Miró hacia abajo, hasta sus zapatillas de deportes viejas y descoloridas que le habían dejado los pies congelados durante el trayecto, luego sus pantalones vaqueros desgastados a punto de estallarle el botón, *iMaldito Häagen— dazs!*, terminó el recorrido por su suéter de lana insulso y una chaqueta sin nada a destacar. Sí, lo sabía, vestía ropa "genérica"... pero al igual que pasa con los medicamentos dan el mismo resultado que las de marca. *«La abrigaban ¿no? Pues esa es la función de la ropa»*. Eran tiempos de crisis, no iba a ponerse a gastar el poco dinero de sus ahorros en lujos ni tonterías.



Les tocaba el turno a ellos pero Mario y Ana seguían en el mostrador, así que Lorena le dio el pasaporte a sus amigos y se quedó junto a las maletas. No pensaba acercarse más de lo necesario a esos desaprensivos.

Cuando terminó de registrarse, Mario se giró cruzando su mirada con la de ella, que estaba bebiendo de la botella de agua que llevaba en el bolso. Se puso nerviosa. No sabía qué hacer, así que se giró para darle la espalda con tan mala suerte que cayó de culo, tropezando con todas las maletas que habían dejado en el vestíbulo y echándose el contenido de la botella por encima. En esos momentos sólo podía pensar una cosa: *«Tierra trágame, por favor, o fulmíname con un rayo, o simplemente haz que me evapore»*. Allí estaba. Sentada con el trasero dolorido, el pantalón empapado como si se le hubiera escapado el pipí y la cara más colorada que el culo de un mono. La imagen ideal para hacerle ver al hombre de tu vida lo que se ha perdido al dejarte *iQué horror... sabía que no debía haber venido, si es que lo sabía!*

Unas manos bajo sus axilas le ayudaban a levantarse. Todas las personas que estaban en el vestíbulo, que se habían parado a mirar ante el estruendo de maletas por los suelos, volvieron a sus asuntos, aunque Lorena pudo ver alguna que otra sonrisa burlona en sus caras *iCabrones me podía haber hecho daño!*

Unos segundos que se habían convertido en siglos para Lorena, unos segundos de ridículo absoluto eran suficiente para hacerle sentir como el ser más pequeño e insignificante de la tierra.

Por fin, haciendo acopio del poco amor propio que le quedaba, simulando normalidad, de un salto se incorporó y se sorprendió al ver el alma caritativa que la había socorrido.



— ¿Estás bien, cariño? —Nacho se había acercado alertado al verla caer. No pasó desapercibido el repaso que le hizo con la mirada al hombre que la había ayudado.

—Sí, sí... no ha sido nada —mintió mientras ella seguía con la vista fija en el rostro de su salvador.

César llegó hasta donde se encontraban ellos con cara de preocupación

— ¡Hola Álvaro! ¡Cuánto tiempo! —ambos se dieron un apretón de manos mientras Lorena hacía memoria y por fin identificaba aquel rostro tan familiar *¡Álvaro!* Aquel chico insoportable que las únicas palabras que cruzaba con ella era para ridiculizarla o corregirla. No lo soportaba, su propia presencia le hacía sentir incómoda. Le acabada de poner en bandeja una buena oportunidad para que se burlara de ella sin piedad como hacía entonces. César la sacó bruscamente de sus pensamientos.

—Lorena, hay un pequeño problemilla con la reserva. Tu habitación estaba a nombre de Mario y él la acaba de ocupar. El hotel está a tope con la boda y... no quedan habitaciones libres.

Lorena llegó a sentir como la sangre de su cabeza volvía a caer a sus pies dejándola blanca como la nieve que había en la calle.

—Pero no te preocupes, buscaremos alguna solución.

—Si no hay habitaciones aquí, iremos a otro hotel, Lore. Tranquila que no te vamos a dejar sola —se apresuró a decir Nacho.

—Puedes alojarte conmigo —dijo Álvaro cogiendo a todos por sorpresa.

Y allí estaba. Entrando en una de las habitaciones acompañada de un casi desconocido del que sólo recordaba no soportar. Una



única gran cama doble lujosamente vestida hizo que tragara saliva *¿Tendría que compartir cama con Álvaro?* No podía ser peor. Jamás había dormido en la misma cama con otro hombre que no hubiera sido Mario, pero dadas las circunstancias no le quedaba otra. Al menos era lo suficientemente grande como para no sentirse incómoda compartiéndola con Álvaro.

La verdad es que la habitación era preciosa, con un enorme ventanal del suelo al techo que dejaba contemplar unas impresionantes vistas sobre Central Park. El baño no se quedaba atrás, todo de mármol negro y granito con una enorme bañera y cabina de ducha acristalada.

Álvaro colocó su portátil en el escritorio y Lorena se dispuso a deshacer su equipaje mientras él se apresuraba a sentarse frente al teclado. Ella sacó el vestido que había traído para la boda y lo colocó sobre la cama.

— ¿Ese vestido es el que te has traído para la boda?

El tono que utilizó Álvaro para decirlo no le gustó nada a Lorena. Es cierto que no había podido comprarse uno nuevo y se había traído el que se puso el verano pasado en la boda de su prima, uno largo de gasa malva y tirantes anchos que se cruzaban en la espalda. Ahora que vivía sola y dependía de sus escasos ahorros no podía permitirse ningún tipo de gasto extra y esta boda, a la que no tenía pensado asistir hasta última hora, suponía casi una mensualidad del alquiler de su modesta morada.

—Sí, ¿pasa algo? —dijo ella visiblemente molesta.

—No, no pasa nada. Sólo que es un vestido horroroso y no creo que haga ningún bien a las curvas que luces ahora ni al verde de tus ojos. Además, no creo que sea apropiado para esta boda.



A Lorena le iba a salir humo de las orejas *¿Quién se había creído que era para hablar así de ella y de su vestido? ¿Y a qué venía eso de sus curvas? ¿La estaba llamando gorda?*

—Métete tus comentarios por donde te quepa. No sabía que ahora te dedicabas al estilismo, y además, nadie ha pedido tu opinión — contestó de mala manera. No pensaba dejarse achantar de nuevo por su mordaz lengua. Ya no era aquella tímida jovencita insegura que se ruborizaba con cada crítica que le hacía el chico guapo de la pandilla. Agradecía el gesto que había tenido por permitirle quedarse en su habitación, pero no iba a consentir que la pisoteara como hacía entonces.

Álvaro no dijo nada, hizo un gesto con los hombros de total indiferencia y simplemente se puso de nuevo a teclear frente a la pantalla de su portátil.

Lorena, tras acomodar su ropa en el armario y dejar su neceser en el baño, se sentó a contemplar las vistas en el pequeño diván que había delante del ventanal. Álvaro ya había colgado su ropa y de nuevo seguía pegado a su portátil aporreando teclas sin parar. Ella se preguntó a qué se dedicaría él ahora. Lo último que supo es que había abandonado los estudios de medicina. Estaba absorto en la pantalla del portátil y ella pudo observarlo más detenidamente que antes. La verdad es que había olvidado que sus rasgos eran tan masculinos. Se fijó en su marcada mandíbula y en esos ojos azules que llamaban la atención. Era bastante alto, a ella le sacaba una cabeza y en conjunto podría resultar un hombre muy atractivo, si no fuera por la manía que le tenía y la manera de tratar a las mujeres. Lorena siempre lo había considerado un engreído, soberbio y vanidoso. Nunca entendió porque todas caían rendida a sus pies. Sería que ella se fijaba en algo más que el físico en un hombre.



—Tengo que salir. Te veo luego —dijo Álvaro cerrando de golpe el portátil y haciendo que Lorena pegara un respingo de su asiento. No esperó ni a que ella le respondiera cuando ya estaba saliendo por la puerta *iMaleducado!*

El móvil comenzó a vibrar. Era Nacho. Lo primero que hizo fue cotillear un poco, sobretodo de Álvaro, que le había causado una gran impresión. César ya le había puesto al corriente de quién era y de qué se conocían, pero su profesión seguía siendo un misterio. Pusieron verde a Cabronmario y a Putanita durante un buen rato. Finalmente le invitó a que saliera con ellos a disfrutar un poco de la ciudad, aclimatarse al nuevo horario y cenar algo en algún garito mientras escuchaban buena música, pero Lorena se excusó. No le apetecía salir. En realidad, no le apetecía hacer nada. Miró por la ventana y comprobó que nevaba nuevamente. Las lágrimas acudieron a sus ojos una vez más. Esta vez no podía reprimirlas, el llanto se descontroló y en medio de hipidos corrió la cortina y se metió en la cama a desahogar su mal de amores entre las sábanas y recordar el bochornoso traspié de antes.

Este viaje había sido un completo error. No podía quitarse de la cabeza la imagen de Mario feliz junto a Ana. Lo peor de todo era que tendría que verlos así durante estos días y eso le hacía mucho daño. El dolor era más intenso cuando pensaba que aún quería recuperar su amor *¿Era masoquista o qué le pasaba?* Había estado tantos años siendo la mitad de un todo que ahora su seguridad se había esfumado. No sabía quién era realmente, en quién se había convertido y cómo había dejado que su vida se convirtiera en una extensión de la de él *¿Dónde había dejado sus sueños? ¿Sus aspiraciones? ¿Dónde había acabado aquella joven que soñaba con ser escritora de cuentos infantiles?* Aun así, ese lazo de unión con su ex seguía siendo muy fuerte. Tanto como para no



querer romperlo. Deseaba que todo fuera como antes, pero eso era ya imposible. De nuevo se le encogió el corazón, y las lágrimas terminaron de empapar la almohada.

La puerta se abrió y las luces de la habitación se encendieron. Se había quedado dormida mientras lloraba y no sabía cuánto tiempo había pasado. Álvaro miró en su dirección y ella se hizo la dormida. No quería conversación ni creía que él la quisiera. Sigilosamente él encendió de nuevo su portátil y apagó las luces. Con cuidado se despojó de su ropa de abrigo dejándolas en la silla. Comenzó a desabrocharse los botones de su camisa gris y Lorena pudo contemplar al resplandor de la tenue luz del monitor, un torso perfectamente moldeado. Se notaban en aquellos marcados abdominales y aquellos fornidos hombros las horas de gimnasio, y lo cierto es que estaban muy bien aprovechadas a su parecer. Álvaro entró en el baño y cuando salió ya tenía puesto un pantalón largo de rayas en tonos azules y una inmaculada camiseta blanca que marcaba sus esplendidos pectorales. Apagó el portátil y se deslizó entre las sábanas con cuidado.

El corazón de Lorena iba a mil por hora. Le daba la espalda a una fragancia de frutas, cuero y madera que comenzó a envolverla. Por unos instantes se olvidó de quien había sido en el pasado el hombre que tenía al lado y se preguntó si habría cambiado en este tiempo. Era conocida la fama de rompecorazones de Álvaro por aquellos tiempos. Recordó que Mario nunca se llevó bien con él. Decía que era un engreído que iba presumiendo de conquistas. Quizás era una fanfarronada de juventud, quizás no era tan fiero el león como lo pintan... o quizás ella le seguía pareciendo tan poco atractiva como entonces, porque ni siquiera había hecho el intento de rozarle bajo la sábana. No es que ella quisiera, pero su ego herido volvía a sentir la punzada del rechazo y la hacía sentir aún más



insegura. Definitivamente había perdido todo atractivo para los hombres.

A la mañana siguiente le despertó unos ruidos en el baño. Se sentó en la cama aún confusa y miró el reloj de su móvil. Las siete de la mañana *¿Quién madruga tanto en vacaciones?* No le dio tiempo a levantarse cuando Álvaro apareció por la puerta con uno de esos albornoces blanco del hotel. Ese color resaltaba aún más el tono tostado de su piel. Ella, sin querer, hizo un recorrido por semejante anatomía y por un momento se perdió en pensamientos nada castos sobre lo que habría debajo de aquel albornoz.

—Buenos días —le dijo él mientras procedía a secarse el exceso de agua de su brillante pelo negro con una toalla.

—Buenos días —ruborizada por sus propios pensamientos, es lo único que acertó a responder Lorena antes de coger algo de ropa y escabullirse hasta el baño.

La estampa que daba ella era todo lo contrario a la perfección de Álvaro. Su melena morena de rizos estaba totalmente descontrolada y sus ojeras aún seguían teñidas con aquella sombra oscura bajo sus ojos, que el rímel y el eyerline del día anterior habían dejado. *«La próxima vez recordaría que las lágrimas no sirven como desmaquillante»*. Su atuendo tampoco es que fuera de lo más sugerente. Una camisola con Winnie the Pooh estampado no era precisamente el colmo de la sensualidad. Lo mejor era no mirarse al espejo e ir inmediatamente a la ducha. Ese olor que la embriagó la noche anterior le llegó de nuevo al abrir la mampara acristalada. Sacudió la cabeza para quitarse nuevos pensamientos lujuriosos de lo que se podía hacer en aquella ducha (*definitivamente*



estaba muy necesitada de mambo) y se dispuso a relajarse bajo la cascada de agua que caía del techo.

Cuando terminó de arreglarse el resultado no le disgustó del todo. Su pelo negro lucía liso y brillante, el maquillaje hizo su magia y sus ojos parecían más grandes y verdes, y su piel volvía a resplandecer al contraste con el rosa pastel de su suéter de cuello alto. Unos pantalones de lana gris y sus botas favoritas de piel negra y medio tacón la hacían parecer más alta. Echó una última ojeada al espejo y se dio el visto bueno. Sólo tendría que coger su abrigo de plumas, su gorro y sus guantes para resguardarse de la nieve y ya estaría lista para visitar las fabulosas tiendas de Nueva York con los chicos.

Álvaro, para variar, estaba de nuevo frente a su portátil. Se había vestido con una mezcla de ropa informal y deportiva de lujo que le queda de miedo. Cuando ella apareció por la puerta se quedó mirando unos instantes y Lorena se preparó para que echara por tierra una vez más su indumentaria, pero no fue así. Álvaro volvió la vista de nuevo al portátil, tecleó algo y lo cerró.

—Bajemos a desayunar —es todo lo que dijo cogiendo su abrigo y se dirigió a la puerta para dejar pasar a Lorena primero.

Al abrirse las puertas del ascensor Lorena quedó petrificada. Ahí estaban muy acaramelados Mario y Ana. La incomodidad se respiraba en el ambiente.

—Vamos Lorena —dijo Álvaro cogiéndola de la cintura y casi empujándola hasta el interior del ascensor. Una vez dentro con un gesto de cabeza y una sonrisa saludó a la pareja — ¿Qué tal Mario? —y miró hacia adelante como si nada ocurriera, pasando a Lorena su brazo por los hombros.

Ella no se atrevía ni a moverse pero agradecía que Álvaro la hubiera sacado de aquella desagradable situación. Si no hubiera



estado él no sabe cómo habría reaccionado. Seguramente se habría quedado allí, petrificada mirando cómo se cerraban las puertas del ascensor con la dichosa parejita observando su cara de pánfila.

Cuando llegaron abajo Mario y Ana salieron escopeteados en dirección al restaurante. Álvaro seguía con su brazo rodeando los hombros de Lorena cuando César y Nacho salían de la cafetería. La cara de Nacho lo decía todo. Se notaba que estaba resfriado con su nariz roja y los ojos vidriosos.

—Lo siento, os estábamos esperando pero ya veis... —dijo César señalando a Nacho.

No se encontraba bien, tenía fiebre y le dolía todo el cuerpo. César se apresuró en reñirle cariñosamente por el poco cuidado que tuvo el día anterior. Entrar y salir de la fuerte calefacción del interior al frío de la calle, le habían pasado factura. Estaba claro que lo mejor era que se metiera en la cama e intentara reservarse para la boda del día siguiente. César cuidaría de él.

Lorena no podía creerlo. Ahora tendría que pasar el día sola. O peor aún, pasar todo el día a solas con Álvaro. En fin, tendría que poner buena cara y soportar su compañía durante un rato y luego buscar alguna excusa para escabullirse.

Al terminar el desayuno Lorena se preguntó si habría alguna diferencia entre estar con un Álvaro que no dice ni mu o desayunar sola. Estaba claro que seguían sin soportarse. Así que sin más se despidió de él y salió a las calles de Nueva York. Sola. Muy sola. Y sin muchos dólares que gastar.

No era la primera vez que estaba en la ciudad. De hecho, había estado varias veces acompañando a Mario a congresos y seminarios. Aquellas veces no era muy diferente de la situación de ahora. Su ex siempre andaba ocupado, ella se cansaba de



esperar en el hotel y se aventuraba sola a recorrer Manhattan. Claro que en esas ocasiones no había deprimentes corazones rojos en todos los escaparates que le recordaran que para ella no habría ninguno.

Todas las tiendas estaban decoradas con preciosos motivos románticos y rechonchos cupidos debido al día de San Valentín. Tanto amor a su alrededor le estaba enervando y haciéndole sentir una paria entre tantos enamorados comprando sus carísimos regalos a sus parejas. Sin saber cómo, llegó a la calle 61st, a uno de sus sitios preferidos y de los más conocidos: el famoso centro comercial Barneys. No es que pudiera permitirse lo que allí ofrecen la multitud de marcas lujosas que alberga, pero al menos disfrutaría mirando los preciosos bolsos de Balenciaga o unos magníficos Manolos *¿Por qué no imaginarse ser una Carrie Bradshaw de compras en New York? Eso sí, sin sexo en la city.*

De repente una maniquí vestida con un diseño de J. Mendel llamó su atención. Era un vestido precioso con una falda de muselina plisada con capas asimétricas superpuestas en marfil y verde aguamarina, con la parte superior en satén del mismo color formando nudos que se cogían al cuello. Era simplemente perfecto para la boda. Miró el precio y le confirmó lo que ya sabía. 6.900 dólares *¡Inalcanzable para ti, Lore! ¡Sigue soñando!*

Cansada de dar vueltas por aquellos pasillos de tentaciones a precios prohibitivos para su bolsillo y de las decoraciones del dichoso día de los enamorados por todas partes, cogió el metro para volver a Central Park. Allí siempre se respira paz. Compró un perrito caliente y deambuló por el parque entre turistas que la paraban para que les hiciera alguna foto en pareja. Entre árboles y colinas se encontró en Wollman Rink, una de las pistas de patinaje sobre hielo más pintorescas del mundo que tiene los rascacielos de



Manhattan al fondo. Se sentó a observar a los patinadores. Había de todo, gente que parecía casi profesional y algunos incautos que seguro que habían `pensado que era mucho más fácil de lo que resulta en realidad mantener el equilibrio sobre esas finas cuchillas.

La verdad es que el pulmón de Nueva York se veía precioso todo cubierto de nieve. Lorena, por un momento, se imaginó que estaba en uno de esos telefilmes típicos de la Navidad que tanto le gustaba... sólo que no era navidad, ni ella era la prota de ninguna peli romántica con final feliz. De pronto, se fijó en una pareja de patinadores que iban cogidos de la mano. Ella se veía mucho más experta que él en esto de deslizarse sobre el hielo y el pobre chico no tardó nada en caer al suelo entre las carcajadas de ella. La chica lo trató de levantar, pero él la tiró al hielo y con una sonrisa se lanzó a sus labios. Ahora sí que le parecía estar dentro de una de esas películas pastelosas que le entusiasmaban, mientras los demás patinadores, ajenos a su emoción, seguían dando vueltas por la pista.

¿Por qué no podía tener ella ese final feliz de película o de los cuentos que en el pasado le gustaba escribir? El comienzo de su relación con Mario no fue demasiado romántico. Él la abordó cuando llevaba una gran cogorza encima, en una de sus primeras fiestas universitarias. Y casi sin darse cuenta el tiempo pasó y ya habían transcurrido siete largos años desde entonces. Ahora, con algo más de un cuarto de siglo encima, se daba cuenta de que todo aquello que siempre soñó tener no lo había obtenido nunca. Ni en lo profesional ni en lo que más le dolía, en el amor. Se levantó del banco en el que estaba sentada lamentando su suerte y encaminó sus pasos hasta el hotel. Sus pies se lo agradecieron porque ya estaban comenzando a congelarse ante la falta de costumbre de verse entre tanta nieve.



Mandó un mensaje a César para preguntar por Nacho. Parece que estaba bastante mejor y quedaron en la cafetería para tomar algo caliente. Los chicos la animaron un poco pero ella seguía afirmando firmemente que aquel viaje no le estaba ayudando en nada. Se despidió de ambos con un beso y se fue a darse un baño caliente y prepararse para la cena de esa noche. Lorena quería estar lo más presentable posible. Alguien le dijo alguna vez que cuando peor se sintiera más tenía que arreglarse y así lo iba a hacer.

Al entrar en el ascensor dos mujeres subieron con ella. Charlaban animadas sobre lo guapo que era uno de los invitados a la boda. Lorena puso atención porque pintaban a ese hombre como alguien irresistiblemente atractivo. Cuando escuchó su nombre no pudo disimular su cara de asombro y le picó aún más la curiosidad *¡Estaban hablando de Álvaro!*

Por lo visto se ha hecho multimillonario con su empresa informática y un software especializado para dar servicio en hospitales y clínicas que ha vendido por todo el mundo con mucho éxito.

No puedo creerme que alguien así siga aún soltero. Aunque quizás es por poco tiempo, me he enterado de que ha venido acompañado. Llegué demasiado tarde —dijo entre risas una de aquellas mujeres.

—Pues Ana —oír aquel nombre la puso alerta— me ha contado que la mujer que se aloja con él es una chiflada de la que Mario no se podía librar y que se ha auto invitado a la boda para fastidiarlo. Por lo visto está desesperada por encontrar un marido. Álvaro se ha apiadado de ella y le ha permitido quedarse para no ponerla de patitas en la calle. Un gesto muy generoso por su parte, ¿no crees?

—Entonces ¿no hay nada entre ellos?

— ¡Claro que no! Por lo visto esa mujer no es precisamente el colmo de la elegancia y el saber estar. De hecho, montó todo un



espectáculo en el lobby al registrarse. Álvaro se codea con mujeres bellísimas y elegantes y ella... bueno supongo que no está a la altura por lo que he oído.

—Entonces... aún tengo alguna posibilidad —en ese momento se abrían las puertas del ascensor y ambas mujeres salían entre risas.

Cuando las puertas volvieron a cerrarse, Lorena rompió a llorar. Tenía muchos sentimientos encontrados pero sobretodo le comía la rabia por las mentiras que Ana había ido diciendo por ahí. *Así que esa era la forma en la que la verían los demás invitados. Cómo una loca acosadora sin nada mejor que hacer que colarse en una boda y perseguir hombres casaderos.*

Al entrar en el dormitorio recostó su espalda sobre la puerta cerrada y dio rienda suelta a su llanto. Estaba tan alterada que ni siquiera se dio cuenta de que Álvaro estaba allí, sentado frente a su portátil.

— ¡Eh, pequeña! ¿Qué ha pasado? —se acercó rápido hasta donde se encontraba ella hecha un mar de lágrimas, la abrazó y dejó que llorara en su pecho.

Lorena no podía hablar. Le temblaban las piernas, las manos... todo su cuerpo estaba bajo una tensión descontrolada. Poco a poco las caricias y suaves palabras de consuelo que Álvaro le proporcionaba la fueron calmando. Se estaba demasiado bien entre aquellos musculosos brazos y aquella fragancia que ya le era tan familiar, que le hacía respirar profundo para no perderse ninguno de los matices de tan succulento aroma.

— ¿Mejor? ¿Me vas a contar ahora lo que ha pasado?

—Me voy, no quiero estar más aquí —dijo ella aún con el corazón encogido.



— ¿Me vas a dejar solo esta noche en la cena? —intentó bromear él.

—No pienso cenar ni sola ni contigo. Ni tampoco voy a asistir a la boda. Pero créeme, no te costará encontrar acompañante.

Álvaro se separó un poco para mirarla a los ojos. Ella levantó la mirada y se encontró con el azul más intenso que había visto nunca. No sabía por qué pero en aquellos instantes todo el dolor que sentía en su pecho se disipó al momento.

No quiso darle muchos detalles pero insistió en que se quería marchar del hotel y de Nueva York aquella misma noche. Álvaro la observaba mientras ella metía su ropa en la maleta y repetía una y otra vez que nunca debió asistir a la boda, que sabía de antemano que todo sería un desastre. Confesó que se sentía una completa imbécil por creer en los finales de películas, nadie te cuenta lo que pasa luego, tras los créditos. Ahora vivía en el mundo real y no en los cuentos que acostumbraba a escribir en su juventud. No había hadas madrinas, ni príncipes encantados, ni “felices para siempre”... pero sí que había una bruja malvada: la cruel y cruda realidad. Cada vez estaba más furiosa y su lengua no paraba de soltar palabras tras palabras sin ni siquiera poder pensarlas antes de abrir la boca.

—Me he hartado de ver como mis amigos se van casando y siguen viéndose enamorados y felices mientras yo soy incapaz de retener al único amor que he tenido en mi vida, odio la idea de celebrar una boda el día de los enamorados mientras yo me siento más sola que nunca, odio los dichosos corazones rojos que encuentro por todas partes porque a mí nunca me han regalado ninguno... y... y odio el día de San Valentín con todas mis fuerzas porque nunca he tenido el que yo siempre he deseado. Quiero mi cuento de hadas, quiero mi felices para siempre... Creí encontrar a mi caballero andante, a mi príncipe azul... pero como ya imaginarás mi reloj ha marcado las doce y el príncipe ha visto como soy realmente y... ahora me



toca vivir entre cenizas... ya tengo enterrados para siempre mis zapatos de cristal. No hay príncipe azul que resista el paso del tiempo y él ya me ha reemplazado por una... una bruja, mucho más joven y atractiva de lo que yo soy y seré nunca. Y que conste, que odio los príncipes azules con todo mi corazón porque en el fondo siguen siendo todos unos sapos asquerosos y mentirosos que cuando obtienen de ti lo que ellos necesitan no tienen problemas para saltar a otra charca de agua más fresca.

No quería esperar ni un segundo más, tenían la maleta hecha dispuesta a marcharse cuando Álvaro la detuvo interponiéndose entre ella y la puerta.

—Contéstame una pregunta antes de irte, por favor. Solo una pregunta —Lorena tomó aire mientras soltaba la maleta de nuevo en el suelo y asintió con un gesto de cabeza. Álvaro se acercó unos pasos más a ella.

—¿Desde cuándo no te habías parado a pensar en lo que quieres, en lo que has renunciado, en todo lo que puedes hacer ahora con tu vida... en lo maravillosa y especial que has sido siempre y en todo lo que provocas en los demás sin apenas darte cuenta? —Levantando delicadamente la barbilla de Lorena con un suave pellizco Álvaro prosiguió— Ahora mírame y dime por qué no valoras el poder que tienes en esos brillantes ojos verdes que hacen enloquecer a cualquiera. A mí ya me tienes loco. Respeté a tu pareja en el pasado, pero ya no tengo impedimentos para hacerte mía... y de hecho, creo que lo haré ahora mismo.

Lorena quedó en silencio, toda la habitación se desvaneció y tan sólo existía para ella la profundidad de aquel azul de esos ojos que la envolvía, y que hacía que sus piernas flaquearan, su corazón quisiera salirse del pecho y la boca se le humedeciera pensando



en lo que podría desencadenar un único roce de su piel tras esa confesión.

— ¿Pero es que no te has dado cuenta de que he estado evitándote estos días? Ha sido un esfuerzo enorme para mí tener que contenerme. Te deseo, te he deseado mucho desde siempre —fue soltando las palabras lentamente y cada vez se iba acercando más a la boca de Lorena que estaba deseosa de su contacto.

Su boca se entreabrió y recibió una suave caricia de los labios de Álvaro que seguidamente se tornó en un tórrido beso. Las manos de él aprisionaban la cintura de Lorena mientras sus lenguas jugueteaban en una desesperada danza. Lorena, abandonada por completo a sus caprichos, se dejaba mecer en aquellos brazos fuertes que la levantaban y la llevaban en volandas hasta la cama. Se desnudaron con urgencia, no había tregua para la lujuria que ambos sentían. Hacía bastante tiempo que Lorena no sentía la necesidad de entregarse totalmente a nadie sin pudor, sin medida... piel con piel, el calor abrasador de las manos de Álvaro recorrían todo su cuerpo mientras le iba regalando besos por todos los rincones de su anatomía, que se erizaba a su paso.

Sus dedos encontraron una oquedad en ella que añoraba ser explorada y que al momento se tornó húmeda. La lengua de Álvaro abandonó momentáneamente su suave piel para adentrarse en su salinidad. Se recreaba surcando senderos serpenteantes a lo largo de aquella porción de piel, epicentro de su placer, hasta que ella sacudió su cuerpo en oleadas de puro gozo entre gemidos y suspiros.

Álvaro la dejó tumbada mientras él con destreza abría un pequeño paquetito plateado. Lorena abrió los ojos cuando le sintió entrar en ella. Hacía tanto tiempo que no tenía tales sensaciones que casi llega a culminar a la primera embestida. El calor del interior de Lorena envolvía a Álvaro, que apenas necesitaba de estímulos



para adentrarse más en ella. Sus jadeos eran cada vez más intensos y rodaban por la cama enredando las sábanas.

Tras unas inagotables horas amándose y deleitándose el uno con el otro por todos los rincones de la habitación, Lorena cayó rendida sobre el fornido pecho de Álvaro que aún continuaba con la respiración agitada.

Se mantuvieron así, unidos en un fuerte abrazo mientras las caricias templaban el incendio que habían provocado antes. Estaban desnudos de todas las maneras, cómodos en los brazos del otro, sin máscaras ni mentiras que los ocultaran. Entre besos y mimos hablaron de muchas cosas. Del pasado, de sus sueños y planes de futuro... Álvaro quería darle todo lo que ella había estado esperando tanto tiempo: quería ser parte de ese cuento de hadas y princesas como los que escribía Lorena que siempre le habían negado.

Un nuevo arrebato de pasión les terminó por dejar agotados y jadeantes. El sonido acelerado del corazón de Álvaro era como una música de arrullo para ella, y que hizo que pronto quedara plácidamente dormida entre sus brazos mientras él le decía una y otra vez lo hermosa que era.

Cuando despertó a la mañana siguiente Álvaro no estaba en la cama ni tampoco en la habitación *¿Lo había soñado?* Si no fuera por las sábanas revueltas y la ropa que aún seguía tirada en el suelo así lo diría. Entonces se percató de su maleta hecha todavía en la puerta *¡Mierda, el vestido estará hecho un guiñapo!* No había alternativa, así que como ahora quería asistir a la boda, se apresuró a sacarlo y colgarlo en el baño, a ver si el vapor de la ducha hacía un milagro y le quitaba las arrugas. Se dio cuenta de que ya no le importaba demasiado lo que escuchó en el ascensor, ni encontrarse con Putaanita y Cabronmario. *No hay nada que no cure una*



maravillosa sesión de sexo del bueno. Al menos ella parecía haber recobrado su buen humor.

Miró el móvil y tenía tropecientos mensajes de Nacho y César. Al principio eran de preocupación por no verla aparecer en la cena, pero más tarde se habían acercado hasta su habitación y al escuchar los gemidos provenientes del interior se hicieron cargo de la situación enseguida. Ni que decir queda que Nacho se moría por saber los detalles más morbosos y eso le hizo sonreír.

Bajó a desayunar con sus amigos con la esperanza de ver a Álvaro por allí pero nadie lo había visto. Los chicos le tenían una sorpresa preparada como regalo de San Valentín: Peluquería y maquillaje profesional para que fuera radiante a la boda. Ya no le importaba que hubiera corazones y pequeños cupidos por todas partes a donde mirara. Ella volvía a quererse y volvía a sentirse guapa. Era feliz. Esta vez madrugar había merecido la pena, y con mucha ilusión marchó a disfrutar de unas horas dedicadas sólo y exclusivamente a mimarse un poco. Era un regalo para ella y esperaba que también para Álvaro, al que quería impresionar.

Tuvo que abrir y cerrar los ojos unas cuantas veces para comprobar que no estaba soñando, incluso salió a mirar si se había equivocado de habitación. Pero no. Era su habitación y encima de la cama se encontraba aquel vestido que tanto le gustó el día anterior. No se lo podía creer, *¿Cómo sabía lo del vestido?* No sólo eso, también había unas delicadas sandalias de tiras de cuero en color champagne metálico con cristales y un clutch tubular en acabado brillante a juego, ambos de Jimmy Choo.

En la cama también había una nota que decía:

Lorecienta, sé que enterraste tus zapatos de cristal, pero como podrás comprobar hace unas horas pasaste de la media noche



entre mis brazos y nunca dejaste de ser para mí una princesa. Perdona mi atrevimiento, pero ayer no podía apartar mis ojos de ti y me imaginé como sería desnudarte con este vestido que tanto tiempo miraste en Barneys. Espero que esta sorpresa de San Valentín sea de tu agrado y aceptes mi regalo.

Tu príncipe

P.D.: Yo también quiero mi "felices para siempre" así que como en el cuento, a las doce me paso a recogerte.

Lorena no creía lo que acababa de leer. Si no fuera porque no quería estropearse el maquillaje se hubiera puesto a llorar de emoción. Estaba deseando tener a Álvaro delante y comérselo a besos y también se moría de ganas por enfundarse aquel fabuloso vestido. Cuando se miró a espejo estaba realmente preciosa. Los colores del vestido resaltaban el verde de sus ojos y el contraste con su pelo negro en un semirecogido la hacían lucir como una estrella de cine.

Llamaron a la puerta y cuando abrió lo primero que se encontró fue un enorme corazón rojo de peluche. Detrás de él se asomó Álvaro con una amplia sonrisa. Quedó fascinado con lo que tenía ante sí.

— ¡Madre mía! ¡Y era yo el que te quería sorprender! —dijo recorriendo cada palmo de la silueta de Lorena con auténtica admiración—. Ese vestido te queda de vicio y no puedo dejar de imaginarme como será arrancártelo a mordiscos y saborear lo que hay debajo.

—Pues tendrás que esperar porque es una pena no lucirlo en la boda, por cierto... ya me contarás que hacías espiándome —dijo con coquetería.

—Ya te lo dije, no puedo apartar mis ojos de ti —Álvaro lucía una sugerente media sonrisa mientras no apartaba la mirada de ella.



— ¿Es para mí? —preguntó Lorena señalando al enorme corazón y tratando de calmar las ganas de mandar todo al cuerno y volver a sentir sus caricias en su piel desnuda.

—Nunca te habían regalado ninguno, así que pensé que éste compensaría todos estos años sin corazones ¿Sigues odiando San Valentín y a los príncipes azules?

—Para nada. Y todo gracias a ti. Sólo por ti —él sonrió ante su respuesta.

— ¿Dispuesta a pasarlo de fábula en la boda de Yuri y gastar la suela de los zapatos en la pista de baile, señorita Lorena?—dijo ofreciéndole su brazo.

—Don Álvaro, le diré sí a lo primero. Y en cuanto a lo segundo, que quede claro que... ino permitiré ni un pisotón en mis Jimmy Choo nuevos! —exclamó mientras ambos marchaban cogidos del brazo entre carcajadas dispuestos a asistir a la boda.

Ya de noche, volvían de una boda preciosa, casi sacada de un cuento de los que solía escribir Lorena. Había sido divertido mirar las caras de asombro de muchos al verlos juntos. Sobre todo la cara de Ana y Mario. A ella se le notaba la envidia y a él... *¿serían celos?*

Se había sentido el centro de las miradas y no le importó. Sabía que no era por todo lo que pudieran haber dicho de ella, sino porque realmente estaba fabulosa y hacían muy buena pareja con Álvaro. En definitiva, podía decirse que después de mucho tiempo era verdaderamente feliz, y eso se reflejaba por fuera. Ahora entendía porque el destino (*o las copas de más*) hizo que aceptara la invitación de una boda celebrada el día de San Valentín: para volver a quererse y permitir que la quisieran de nuevo. Y aunque



enamorarse no entraba en sus planes, cupido ya había hecho de las suyas.

Caminaban por el pasillo del hotel haciendo paradas en cada rincón para aplacar el deseo con besos y caricias poco decentes. Al cerrar la puerta de su habitación, la pasión se desató y ese hermoso vestido no duró mucho tiempo más en el cuerpo de Lorena. Álvaro, susurró suavemente en su oído:

—Feliz San Valentín, princesa.

—Feliz sólo por ti.

FIN



EL PRIMER AMOR NUNCA SE OLVIDA

de Samanta Rose Owen

<http://passionporlalectura.blogspot.com.es/>

Nada más levantarme ya puedo percibir ese olor. Sí, ese característico olor que solo sobrecarga el ambiente un día al año. Algunos lo viven intensamente y demostrando al mundo lo maravilloso que es este día. Otros, simplemente lo hacen por contentar a la persona que tienen al lado, saben que si se lo curran tendrán a esa persona contenta pero sino, puede ser lo último que hagan con su pareja. Luego están los que directamente pasan de este día. Para ellos simplemente no tiene valor alguno. No significa nada diferente al resto de días del año. Es un día más. O también una forma de ganar más para los comercios. Todo depende de tu punto de vista. Y luego tenemos un pequeño grupo que odia este día. Como si fuera martes y día trece, y te quemara en la piel con solo decirlo. O la sola idea de pensar en ello te revolviere las tripas. Ese olor, ese maldito olor a flores. Está claro. Yo soy de este último grupo. Odio el día de San Valentín.

Muchos pensarán que a este último grupo solo pertenecen las solteras con casi 30 años, sin previsión de tener pareja ni quererla. ¡Pues no! Quizás mi situación coincida inevitablemente con esta descripción, pero no soy la única. Además, tengo muchos más motivos para odiar este día y no por estar soltera. Cada año que tengo que pasar por este día, mis pensamientos más ocultos



vuelven del pasado para recordarme que todavía no lo he olvidado. Esos recuerdos siguen dentro de mí y por más que quiera olvidarlos, no se van. Él nunca se irá de mi mente. No Gabriela. No vayas por ese camino, que nos conocemos. El objetivo de hoy es ir a trabajar, pasar desapercibida para que nadie me pregunte nada de lo que voy a hacer en este estúpido día, acabar mi jornada laboral y volver a casa para devorar una enorme cantidad de chocolate. Esa es mi misión de hoy y sé que puedo lograrla.

Me levanto de la cama con más gruñidos de los normales, simplemente, porque estoy de mal humor. Me ducho, me visto y me preparo un desayuno potente a prueba de malos recuerdos. Un buen desayuno puede hacer que te olvides del mal día que vas a tener y verlo todo desde otro punto de vista. Una vez que termino, me lavo los dientes, dejo el apartamento recogido y cojo mi abrigo para enfrentarme a este maldito día y al olor de las malditas flores. Abro la puerta de mi casa y entonces me detengo. No suelo hacerlo normalmente, pero hoy algo provoca que lo haga. Noto la presencia de un objeto o cosa justo a mis pies. Por un segundo pienso en si me he levantado de la cama o todavía estoy soñando. Como no me lo creo, hago descender a mis ojos para observar qué es esa cosa que me detiene en la puerta de mi casa. Cuando por fin lo veo, tardo menos de dos segundos en reconocer lo que es y mi corazón se detiene. No puede ser. Me agacho y lo recojo. Necesito tocarlo para saber que es real. Pero en cuanto lo toco sé que es real, es una orquídea de pétalos blancos. Un pequeño pinchazo en el pecho me hace recordar el pasado. Mi mente se aleja de todo y se transporta a quince años atrás...

Algunos piensan que nadie puede enamorarse de otra persona cuando, tan solo tienes trece años. Pero eso es mentira. Puedo decirlo bien alto, porque a mí me ocurrió. Leo y yo nos



conocimos cuando éramos unos niños. Él se mudó a mi barrio con sus padres y enseguida se convirtió en mi compañero de juegos. Éramos los únicos niños del barrio así que nos pasábamos todos los días juntos. Nadie podía separarnos, ni siquiera para dormir. En algunas ocasiones, yo me quedaba a dormir en su casa o al revés. Él era un año mayor que yo, así que cuando terminó el colegio, empezó antes que yo el instituto. A partir de ahí él cambió, empezó a verme con otros ojos y a alejarse de mí. No entendía que le podía haber sucedido para cambiar tanto en tan solo un año, pero cuando comencé en instituto un año después, lo entendí todo. Leo se había convertido en el chico popular del instituto. Era raro que un chico de primer año se convirtiese en popular tan rápidamente. Pero él, que era un gran deportista se había ganado el respeto de los chicos de último curso. Si estos te daban su aprobado, pasabas de ser un chico normal al chico más popular del instituto. Todos lo adoraban y por supuesto, todas las chicas suspiraban por él. No importaba que edades tuvieran, todas se escapaban de sus clases para irle a ver entrenar, correr o jugar al fútbol. Lo peor de todo no era eso. Lo más doloroso era ver como él me ignoraba por los pasillos. Pasaba por delante de mí con una actitud chulesca, como si fuera una de las tantas que babeaban por él inundando todo el suelo. Ni siquiera un "hola" o un "que tal", nada. ¿Cómo podía estar ignorándome después de tantos años de amistad? Habíamos compartido juegos, risas, cama e incluso bañera cuando nuestras madres nos bañaban desnudos. Parecía que él lo hubiese olvidado todo.

Quizás él podía olvidarlo, pero yo no. Por eso, no tarde mucho tiempo en presentarme en su casa y pedirle explicaciones. Lo que no esperaba eran las palabras que me dijo Leo:

— Gabi, tú no eres como las demás chicas del instituto. Eres demasiado importante para mí, y no quiero que nadie te haga



daño. No te imaginas lo malas que son las chicas del instituto. Si te dejas que te acerques a mí, irán directas a por ti—

Nunca había escuchado antes a Leo preocuparse tanto por mí. No sabía si me estaba mintiendo para alejarse de mí, o era verdad todo lo que me decía. Pero me dio igual. Le creí en cuanto me lo dijo. Solo el tiempo me demostró que había hecho bien en creerle. Las chicas se peleaban por estar a su lado. Y en cuanto una estaba demasiado tiempo con él, alguien anónimo la hacía bromas pesadas. A una de ellas incluso la llegaron a poner pegamento en su silla. La pobre tuvo que ir con el culo al aire por todo el instituto. Por suerte, yo la avisé a tiempo antes de que su culo pasara desnudo por la vista de todos los chicos del instituto. Leo se dio cuenta de que ambos nos echábamos de menos. Estábamos cerca muchas horas, pero no podíamos hablar. Solo alguna que otra mirada. Así que enseguida encontramos solución a nuestro problema. Todas las tardes quedábamos en su casa o en la mía y hacíamos juntos los deberes. Por esa época empecé a ver a Leo de otra manera. Ya no era el niño que corría desnudo por mi jardín o que compartía sus camiones conmigo. Ahora era un adolescente, guapo, atractivo y muy sexy. Su cuerpo estaba empezando a coger forma y como se cuidaba, ya se le empezaban a marcar los músculos de su pecho. Pero sus ojos seguían siendo los mismos de cuando era un niño, marrones con un brillo color dorado. Empecé a darme cuenta de que Leo no solo era mi mejor amigo. Me estaba enamorando de él, día tras día. Mi actitud hacía él cambió. Quería estar todo el día pegada a él y en cuanto podía buscaba su contacto. Él notó mi cambio. Pensé que saldría corriendo cuando se diera cuenta, pero no fue así. Ambos nos acercábamos cada vez más el uno al otro. Ninguno de los dos nos saltábamos nuestra tarde de deberes juntos, aunque no tuviéramos nada que hacer. Y cada día coqueteábamos más el uno con el otro. Hasta que una tarde de deberes, Leo se lanzó y



me besó. En ese momento confirmé mis sospechas; estaba completa y locamente enamorada de él.

Aunque ninguno de los dos se atrevió a poner un estado a nuestra relación, las cosas cambiaron entre nosotros. En ese momento, ambos nos atrevíamos a lanzarnos alguna que otra mirada en los pasillos cargadas de deseo, o incluso a rozar nuestras manos cuando estábamos cerca y creíamos que nadie nos veía. Así nos pasamos un año entero. Pero sin duda, el mejor momento del año llegó en verano cuando no nos escondimos de nadie y dimos rienda suelta a nuestra pasión. El problema llegó cuando comenzamos de nuevo el curso. Yo quería dejar de esconderme y hacerlo público, aunque eso supusiera enfrentarme a una manada de leonas con ganas de matar. Pero Leo no quería. Me decía que lo último que quería era verme sufrir por él o lo que ambos sentíamos. Discutíamos todos los días por ello. Él intentaba compensármelo dejándome preciosas cartas en mi casillero con promesas de unos futuros juntos y alejados de las chicas que se le pegaban continuamente. Nunca le vi cariñosa con ninguna de ellas, al contrario se mostraba seco y distante con todas. Aunque eso hizo que le desearan todavía más. El 14 de febrero de ese año cambio el resto de mi vida. Se organizaba en el instituto un baile de enamorados. Yo ya suponía que no iba a ir. Leo no me iba a querer llevar para que nadie supiese nada y yo no iba a presentarme sola. Pero de repente sucedió. Ese mismo día encontré una carta con una preciosa orquídea de pétalos blancos metida en mi casillero. Él era el único que sabía la contraseña de mi taquilla, así que tenía que ser suyo.

Mi preciosa Gabriela,

No puedo aguantar más la espera. No puedo ver como pasas a mi lado cada día y ni siquiera puedo abrazarte, besarte o acariciarte. Por eso, quiero invitarte al baile de San Valentín



como mi pareja. Esta noche pondré en tu muñeca una orquídea blanca, la cual representa el amor puro y eterno que nos tenemos. No eres un amor de adolescente, eres el amor de mi vida. Quiero que esta noche seas mía. Pero no solo esta noche, sino las del resto de nuestras vidas. Sé que eres tú la chica que necesito a mi lado. Quiero crecer, madurar y vivir contigo.

...Siempre has sido tú...

Te quiero, Leo

Cuando terminé la carta, tuve que recordarme a mí misma que mis pulmones necesitaban respirar. Leo nunca me había dicho que me quería. Siempre había tenido palabras bonitas en sus pequeñas cartas que me iban dejando de forma secreta, pero nunca se había abierto de esa forma a mí. Si ese día tenía todas las opciones de ser el mejor de mi vida, nunca lo llegué a saber. Leo me dejó plantada en mi casa, con un precioso vestido y con todas las ilusiones de mi vida a punto de estallar. Esa noche no dejé de llorar ni un solo momento. No entendía nada. Pero a la mañana siguiente lo entendí todo. Sus padres habían muerto la tarde anterior en un accidente de coche. Leo no pudo soportar el dolor y huyó sin conocer nadie su paradero. Ni siquiera yo. Como era menor, los servicios sociales se encargaron de encontrarle y cuando lo hicieron, le llevaron a un centro de acogida en la otra punta del país. Nunca supe nada más de él. Intenté ponerme en contacto con él, enviarle alguna carta, pero nada. Un año después localicé el centro de acogida donde supuestamente estaba. Cuando por fin pensé que lo había encontrado, el personal del centro de acogida me informó de que Leo había sido adoptado por una familia y que esta le había cambiado su nombre y apellidos...

Y entonces, casi quince años después de pasar por todo eso, encuentro una orquídea blanca en la puerta de mi casa. Si esto era una broma, era una de muy mal gusto. Nadie conocía lo que



significaba para mí esta preciosa flor. Nadie. No había tenido ninguna sorpresa de este tipo, desde ese maldito 14 de febrero en el que mi vida cambió. No puede ser. Mi mente se niega a pensar que él puede estar de vuelta. Esto es una equivocación. Quizás esta preciosa flor sea para mi vecina, ella trae cada fin de semana a un chico diferente a su casa. Gabriela, tira esa flor a la basura y vete a trabajar. Entró de nuevo en mi casa para tirar la flor y justo cuando la voy a tirar, me doy cuenta de que cuelga de ella una pequeña nota:

Mi preciosa Gabriela,

Nunca pensé que nuestros caminos se volvieran a cruzar. Todos estos años que he estado intentar olvidarme de ti no han servido para nada. Cuando te he vuelto a ver, todos los recuerdos y sentimientos escondidos, se han despertado de nuevo. Ahora que te he encontrado, no quiero ni puedo alejarme de ti. No te imaginas lo cerca que estoy de ti, solo a unos pocos metros. Abre los ojos Gabi, estoy a tu lado y no me iré. Solo tienes que reconocermé.

...Siempre has sido tú...

Te esperaré, Leo

¿Pero qué narices...? No puede ser. Sin quererlo, levanto la vista y miro a mí alrededor. ¿Cómo puede ser que Leo haya estado a mi lado y no me haya enterado? Aunque no quiero creerme que esto sea cierto, me lo creo. Solo Leo conoce lo que significa esta flor para nosotros, solo él utiliza esas palabras. Una luz ilumina mi mente de repente. La caligrafía. Voy rápidamente hasta la mesa de mi dormitorio y abro mi pequeño baúl donde guardo todas aquellas cartas que me dio a escondidas cuando éramos novios. Obviamente no me he desecho de ninguna de ellas. Mis sentimientos por él nunca desaparecieron, simplemente se durmieron. Escojo su última carta y la abro para comparar la



letra. Y entonces mi mundo se detiene. ¡Es exactamente la misma letra! Es cierto. Leo está aquí. Bueno, aquí, aquí, no. Pero sí que puede ser cierto que este muy cerca de mí como él dice en su carta. Puede que él me haya encontrado y reconocido. ¡Dios mío, Leo! ¿Cómo he podido ser tan tonta de tenerle a mi lado y no reconocerlo? ¿Tan ciega he estado? Una cosa es cierta, desde que él se fue mi corazón no ha conseguido amar a ningún hombre más. No voy a negar que otros chicos han pasado por mi vida. Los típicos rolletes que tienen todos los adolescentes en la universidad, y algún que otro lío de fin de semana cuando me sentía demasiado sola. Todo muy superficial. Nadie ha conseguido volver a entrar en mi corazón como él lo hizo hace ya quince años. Incluso había empezado a pensar que iba a ser una de esas abuelas solteronas que viven en un piso pequeño y con cuatro gatos como única compañía. Pero esta carta hacía que esa idea se fuese directa al cajón con llave. Todos los sentimientos dormidos durante años estaban despiertos y revoloteando por todo mi cuerpo. Estoy empezando a recordar qué era el amor y qué se sentía cuando esa sensación viajaba por cada poro de tu piel. Ahora la pregunta con prioridad a responder es; ¿y quién es Leo?

Justo en ese instante mi móvil vibra en mi bolso y me saca de mi nube de pensamientos. Miró rápidamente quien es el osado u osada que se atreve a hacerlo y veo:

Gabi llegas tarde y hoy el jefe está que trina, ¿te ha pasado algo?
Besos, Lucas

¿Llego tarde? ¿Qué hora es? Mierda, son las ocho y diez. Llego ya diez minutos tarde. Dejaré los acertijos para el camino y el resto de día. Hoy me tocará coger un taxi si no quiero llegar todavía más tarde. Eso me da unos cinco minutos para pensar en los posibles candidatos a ser Leo, más el tiempo que pueda



dispersar mi mente en el trabajo. Por primera vez en muchos años, salgo con una sonrisa en la boca y una vitalidad propia de una atleta el día de San Valentín. Hoy tiene que ser mi día. Lo va a ser como me llamo Gabriela.

Una vez que estoy en el taxi, empiezo con la lista de mis candidatos. Tienen que ser hombres con una edad parecida a la mía y que les conozca desde hace poco tiempo. Me supongo que si Leo me hubiese reconocido hace más de seis meses, hubiese dado señales de vida antes y no ahora. Por lo tanto, tienen que ser hombres que haya conocido como mucho hace menos de un año. No me puedo fiar de sus nombres ni sus apellidos. Puede que cuando una familia adoptó a Leo, le cambiara el nombre y los apellidos. Ya había dado por supuesto lo del apellido, pero que su familia le hubiese cambiado también su nombre era una posibilidad. Incluso igual él mismo se le cambió para que nadie le encontrara. ¡Pues vaya contradicción! Ahora era él el que quería que le encontrara después de tantos años. Olvídate de eso Gabriela. Primero encuéntrale y luego le reprochas. Con estas características solo se me ocurren tres personas. Tampoco es que tenga muchos amigos así que la lista es reducida. El primero, sin lugar a dudas es Lucas. Él es un compañero de trabajo y básicamente el único amigo que tengo. Hace seis meses empecé a trabajar como secretaria en una empresa en la que nadie parecía verme. Era invisible para todo el mundo. La gente pasaba por al lado de mi mesa y simplemente me decían; haz esto, manda este fax, quiero este informe para dentro de dos minutos...etc. Y siempre lo decían mirando hacia el espacio sideral, como si no hubiera nadie sentado detrás de la mesa donde dejaban todas sus peticiones. Esto era así desde el primer día que comencé a trabajar y todavía lo sigue siendo. La diferencia está en que Lucas, a través de sus gafas de pasta de Dolce&Gabbana me vio desde el primer momento. Él es lo único motivo por lo que todavía conservo mi



trabajo. Bueno por él y obviamente por el dinero que me pagan, el cual me viene muy bien para pagar mi piso. Lucas es mucho más que mi mejor amigo. Desde que nos conocemos, hablamos y nos contamos de todo. Siempre tiene buenas palabras hacía a mí y a pesar de que yo pienso que mi trabajo no sirve de nada, él no lo cree así. Me valora por lo que soy y por el esfuerzo que hago cada día. Cuando el trabajo me supera totalmente y me ve como dirijo mis ojos hacia la puerta de salida con un deseo enorme, siempre viene y me dice; recuerda que sin ti esta empresa se hundiría, no hay nadie como tú. Ni siquiera sé porque esas palabras todavía hacen que me quede en este trabajo. Pero sin lugar a dudas, él es el único que sabe cómo tranquilizarme.

En estos seis meses he podido notar que él no solo me ve como amiga, sino como algo más. Sus miradas, sus palabras e incluso sus roces, no me hacen tener dudas. Aunque él nunca ha intentado nada en este tiempo. Desde el primer momento que empezamos a hablar, le deje claro lo mucho que odiaba el amor y las pocas ganas que tenía de tener una relación Y menos aún una duradera. En cuanto sacaba el tema del amor, le cortaba y cambiaba de tema. Igual me lo ha intentado decir todo este tiempo y yo con mi cabezonería ni me he fijado. ¿Y si es el Leo? Si es él, entonces entendería porqué se acercó a mi nada más empezar el trabajo, mientras que el resto me ignoraba. Quizás por eso sienta algo por mí, porque es Leo. Tengo que verle. Necesito mirarle a los ojos y ver si en ellos puedo ver a Leo.

Por suerte el taxi ha llegado a mi destino. Bajo a toda prisa, y por primera vez entro en el trabajo con ganas. Tengo que resolver este misterio cuanto antes. Subo en el ascensor y cuando por fin llega a mi planta doy pasos largos para disimular que estoy corriendo. No quiero llamar la atención del resto de la gente.



Probablemente ya se haya enterado toda la oficina de que la chica que nadie ve hoy llega tarde, como para que encima dé la nota corriendo por los pasillos. Me sentaré en mi silla, me esconderé tras mi mesa, haré mi trabajo y de mientras resolveré el misterio en mi cabeza.

Justo llego hasta mi escritorio y me encuentro con algo que hace que la secretaria invisible pase a ser la secretaria de la que todo el mundo habla. Un enorme ramo de rosas rojas ocupa la mayor parte de mi escritorio. ¡Mierda! ¡Odio las flores! Y todavía más en el día de San Valentín. Bueno vale, odio todas las flores menos una en concreto. Pero, ¿qué les pasa hoy a los hombres? No recibo ni un asqueroso regalo en quince años y hoy en menos de dos horas ya llevo dos. Lo que no me pase a mí no le pasa a nadie. Y encima este ramo viene sin tarjeta ni nada. Está claro de quien es; candidato número dos. De repente algo me saca de mis pensamientos.

— ¿Y ese ramo de flores Gabi? ¡Qué bonito! Creo que queda perfecto en tu escritorio. ¿Sabes de quién es? — dijo Lucas.

— Si, del candidato número dos— dije todavía sumida en mi nube de pensamientos.

— ¿Cómo? — dijo Lucas sin entender nada.

— De un tío que conocí en Internet hace unos meses— dije volviendo a la realidad.

— ¿Estás segura de que ha sido él el que te lo ha enviado? — dijo Lucas apoyando sus manos en mi mesa y acercándose más a mí.

En ese momento recordé lo que tenía que hacer nada más llegar al trabajo. Esta era mi oportunidad de mirar más de cerca a Lucas y averiguar si él era o no Leo. Mis ojos se clavaron en los suyos intentado descubrir cualquier pista. Una de dos, o me



había puesto al revés hoy las lentillas o estaba más ciega de lo que creía. Nada me recordaba a Leo en su rostro. Tenían los mismos rasgos, moreno y ojos marrones claro. Pero mi cuerpo no se despertaba ante su mirada. La sensación que había tenido esta mañana al leer la carta, ahora se había ido a dormir de nuevo.

— ¿Gabi? ¿Estás aquí? — dijo Lucas.

— Eh, sí, sí. Estoy segura de que ha sido él quien me ha enviado el ramo— dije volviendo en sí.

— ¿Y hoy no has recibido ningún regalo más? — dijo Lucas de forma insistente.

— Pues, eh, no, no— dije ocultándole mi secreto.

— Bueno, quien sabe. El día es muy largo, quizás recibas alguna sorpresa más— dijo Lucas guiñándome un ojo.

Por mi bien mental y espiritual, espero no recibir ni una sola flor más en todo el día. Sino mi perfecto y esperado día, iba a pasar a ser; la pesadilla de San Valentín. Cuando mis ojos se dirigieron hacia el montón de papeles que tenía encima de la mesa, todos mis deseos por encontrar a mi príncipe azul desaparecieron de golpe. Tenía más trabajo que nunca. Y ya sabía lo que me iba a tocar hoy; un horroroso día de no parar con una cena en mi apartamento y más trabajo antes de irme a dormir. Ahora si podía despedirme de mi día perfecto. Sin detenerme ni un segundo más, eché de mi lado a Lucas y me puse a trabajar. Pronto me di cuenta de que con la mitad de mi atención era suficiente para ocuparme de los asuntos. Por lo que dediqué la otra mitad de mi atención a darle más vueltas al asunto. De esta forma todos me verían trabajar como una loca mientras que mi mente se podía ocupar de los que más me preocupaba en ese momento; encontrar a Leo. ¿Sería Lucas, mi candidato número uno, Leo? Era mi primera opción y sin duda mi



candidato más fiable. ¿Por qué se molestaría sino en tratarme tan bien en tan poco tiempo? Además me había lanzado una indirecta sobre una sorpresa. Eso me había dejado totalmente despistada. ¿Se referiría a la orquídea? ¿A qué sino se podía referir? No había recibido ninguna flor más aparte del ramo y la orquídea. ¡Dios! Es él. Tiene que serlo. Si no, no me habría dicho lo de la sorpresa. Lo raro es que al mirarle fijamente no me ha parecido ver a Leo por ninguna parte. Aunque claro, si Leo lleva unos cuantos meses a mi lado y yo no le he visto, mi capacidad de reconocimiento debe estar en la época de los dinosaurios.

Hay que buscar más opciones. Mi segundo candidato es Alex y seguramente el artífice del espantoso ramo de rosas rojas que me están revolviendo hasta la bilis. A Alex le conocí hace unos cuatro meses. Lo típico, estás sola en casa, soltera y aburrida. No sabes que hacer, pero quieres divertirte y hacer algo estúpido. ¿Qué haces? Pues entrar en un chat de esos que son de amistad pero al final todos quieren lo mismo; sexo. Vale, sí, estoy un poco avergonzada por ello. Pero cuando una está sola, nunca se sabe que caminos misteriosos puedes recorrer. En resumen, en ese chat conocí a Alex y enseguida conectamos ya que los dos estábamos buscando lo mismo; divertirnos un poco. No soy de las que se lanza a conocer a desconocidos de Internet. Es más, Alex tardó casi dos meses en convencerme para vernos cara a cara y conocernos realmente.

Todavía recuerdo el primer día que le vi, lo nerviosa que iba a la cita. Estaba segura de que me iba a encontrar con un cincuentón, con barriga cervecera, gafas, canoso y para más coña casado. Lo que menos me esperaba era encontrarme con un chico más o menos de mi edad, más alto que yo, moreno, con ojos marrones y un cuerpo de infarto. Me quede alucinada. Sin duda no se puede juzgar a la gente antes de conocerla. Desde ese día que



quedamos por primera vez hemos quedado alguna vez más. Pero intentamos no molestarnos el uno al otro. Quedamos cuando nos apetece o mejor dicho cuando ambos tenemos hambre de sexo. La primera regla que nos marcamos fue; sexo sin complicaciones. Él es un chico que va de flor en flor y yo una chica que simplemente espera a que de vez en cuando la llamen para poder desfogarse. Si ambos hubiésemos cumplido eso a raja tabla, Alex no podría ser un firme candidato a ser Leo. Pero lo es. Y esto se debe a que, él lleva unas cuantas semanas más insistente de lo normal. Y no me refiero solo a sexo. Antes, cuando recibía un mensaje de él, ya sabía cuál era su motivo. Ahora llamaba y me decía que simplemente quería hablar o saber cómo me encontraba. No es normal que un tío que normalmente te llama para tener sexo contigo y nada más, ahora te pregunte cuál es tu color preferido, cuando es tu cumpleaños, que películas te gustan, que has estudiado, donde trabajas o si usas o no maquillaje para tu día a día. Eso es raro y más viniendo de Alex, el chico malo que se tira a las que quiere. La pregunta es; ¿A qué viene su cambio de actitud conmigo? ¿Será él Leo? ¿Y porque ahora? Podía darse el caso de que, la última vez que vino a mi casa, se fijara en el buzón de cartas donde estaba mi nombre con mis apellidos y se diera cuenta de que a la que se estaba tirando como a una más, era su Gabi. ¡Menudo lío! De nuevo algo corto mis pensamientos, esta vez era el teléfono de la oficina.

— Buenos días, la atiende Gabriela secretaria del señor García, ¿dígame? — dije como un loro.

— Hola amor— dijo Alex.

— Alex, joder, te he dicho que no me llames al teléfono del trabajo— dije furiosa.



— Es que me encanta oír tu voz de secretaria porno— dijo Alex de forma pícara.

— Que te den— dije cortándole en bromas.

— Pues dime cuando me vas a dar eso tan rico que tú sabes porque estoy esperando ansioso— dijo Alex insistiendo en el mismo tema.

— No me distraigas, que estoy trabajando. Dime para que me llamas— dije al notar el calor en mis mejillas.

— ¿Has recibido mi sorpresa de San Valentín? — dijo Alex.

— ¡Joder pero que os pasa hoy a todos los tíos con las sorpresas! ¡Me vais a volver loca!— dije cabreada.

— Es san Valentín, ¿qué quieres? — dijo Alex sin entender nada.

— Alex, tengo que trabajar y te voy a colgar. Adiós— dije dando por terminada la conversación.

— Dime al menos que te voy a poder ver luego, necesito contarte algo muy importante para los dos. ¿Podré verte? — dijo Alex con tono de esperanza

— No lo sé, Alex tengo mucho trabajo. Te aviso con un mensaje. Besos— dije a modo de despedida.

— Vale, espero tu mensaje. Besos amor— dijo Alex.

Comprobado. Alex estaba raro y encima tenía algo que decirme. Miedo me daba. La balanza cambiaba de peso en favor de Alex en estos momentos. Si un hombre que solo te utiliza para tener sexo contigo, de la noche a la mañana cambia de actitud, te regala algo por san Valentín y quiere decirte algo importante, algo pasa. Ese cambio tiene nombre; Leo. Podía ser una de las posibilidades. Eso o que el chico se diese cuenta de que ninguna chica era tan



buena como yo en la cama. Vale, igual me he pasado con mi propio piropo. Pero ya que no tenga abuela que me los eche, pues me los digo yo a mí misma.

Cualquiera de las dos posibilidades que explicaban su comportamiento, eran unas auténticas locuras. No veía a Alex en una relación seria, pero de un tiempo a esta parte le veía capaz de cualquier cosa. Él era capaz de sacarme una sonrisa incluso en el momento más tenso. Con él no tenía que esconderme, como me ocurría en la oficina y aparentar ser quien no era. Podía ser yo misma, reír, llorar, enfadarme y gritar cuando quisiera. Si el sexo era bueno con él, las conversaciones de después eran mejores. Aunque al final, él terminara marchándose a la mañana siguiente. Me hacía sentirme única y especial cuando hacíamos el amor. Eso tenía que significar algo ¿no?

Mi cabeza seguía dándole vueltas al asunto cuando de repente el aire de la oficina cambio. Se acabó el pensar, era momento de actuar. Llegaba el ojo de halcón a su nido. Todas lo sabíamos. Todas teníamos memorizado su olor en nuestras fosas nasales. Bueno, algunas en concreto tenían memorizado más cosas de él, yo era de las pocas que me mantenía al margen. En cuanto oí las primeras risitas tontas, sabía que ya andaba cerca, así que disimulé estar más ocupada de lo que ya estaba para que me molestara lo menos posible.

— Buenos días Gabriela. Tienes treinta segundos para apartar ese horroroso ramo de mi vista e ir a mi despacho con los informes de hoy— dijo una voz sexy pero seca.

— Si señor García— dije de forma automática.

Si alguien analizase la frase que más he dicho desde que he empezado a trabajar en esta empresa sería esa; si señor García.



Dicho señor es ni más ni menos que mi jefe. Cuando su padre se jubiló a los pocos meses de empezar en la empresa pensé; por fin alguien joven con el que distraer la mirada de vez en cuando. Pero cuando le conocí y me puse bajo su mando, preferí quedarme con el anciano mandón. El señor García es todo un chulito, egocéntrico y mujeriego con el que hay que tener mucho cuidado. Se ha tirado a más de la mitad de su propia plantilla y cuando se cansa de ellas, simplemente las despide. ¿Por qué? Porque es el jefe y amo de la empresa. Por eso, y por mucho más, intento mantener las distancias con él.

Una vez que he tirado el ramo al contenedor más cercano, cojo los papeles que me ha pedido y me dirijo a su despacho.

— Señor le traigo los informes que me ha pedido— dije una vez cuando entré en su despacho.

— Gabriela, sabes que cuando estamos solos puedes llamarme Nacho. Eres a la única que se lo permito— dijo Nacho guiñándome un ojo.

La única razón por la que me deja llamarle Nacho es porque está interesado en llevarme a su cama. Con este hombre no hay más razones.

— Gracias señor García, pero prefiero seguir llamándole como siempre lo he hecho— dije lo más cortés que pude.

— Bueno Gabriela para mi eres más que mi secretaria. Eres una amiga. Pero si tú te sientes más cómoda así, no insistiré más— dijo Nacho con una voz suave.

— Le dejo en su escritorio los informes que me ha pedido. Si necesita algo señor, me lo comunica— dije a modo de despedida.



— De acuerdo Gabriela, gracias. Puedes irte— dijo Nacho con media sonrisa.

Cuando por fin salgo de su despacho cojo aire y respiro. Es imposible respirar al lado de este hombre. Es capaz de crear una tensión que te haga olvidarte de respirar, mientras te habla con una dulzura que hace que te tiemblen las piernas. Una cosa es innegable. Mi jefe es un hombre muy atractivo. De ahí que todas se arriesguen a que las echen de su trabajo por pasar una noche en su cama. Nacho es alto, con un cuerpo atlético, el pelo moreno claro y unos ojos almendrados preciosos. Pero no es solo su físico lo que te deja prendada de él, sino ese toque sensual que solo tienen algunos hombres y que hace que te quedes embobada.

En estos dos meses que le conozco, solo he tenido la oportunidad de hablar con él fuera del trabajo en una ocasión. Fue en la cena de navidad, cuando su padre y antiguo jefe de la empresa, nos presentó al que iba a ser su sucesor. En cuanto le vi, hubo algo en él que me llamó la atención, pero no tardé en olvidarme de ello cuando a los pocos segundos estaba rodeado de mujeres. Traté de pasar el resto de esa noche desapercibida. No iba a ser una más a su lado babeando por cada paso que daba, solo porque era guapo y el nuevo jefe. Pero casi al final de la noche, fue él quien se acercó a la barra de bar donde me encontraba. Pensé que la conversación no iba a durar más de cinco minutos, pero al final nos quedamos hablando durante horas. Ni siquiera recuerdo de qué hablamos. Simplemente nos contamos anécdotas, tonterías y algún que otro secreto. En ese momento, no quise desvelarle que con la que hablaba era su nueva secretaria. No quería que él se alejara solo para mantener las distancias entre secretaria y jefe. Eso sí, cuando el lunes nos vimos las caras de nuevo, él ya no era el Nacho con el que había hablado ese día. Desde entonces me ha tratado con buenas



palabras y siempre parece que quiere acortar las distancias. Esas extrañas intenciones se confunden totalmente con su fama de mujeriego. Siempre he pensado que está esperando una buena oportunidad para sumarme al libro de visitas de su cama. Pero prefiero conservar mi trabajo a pasar una noche de gloria con un hombre como él, aquí te pillo aquí te mato y luego te despido. Está claro que el Nacho que conocí ese día no iba a volver a verle nunca más.

¿Podía, entonces, considerar al señor García como mi tercer candidato? Obviamente tenía que tenerle en cuenta ya que era otro de los hombres que había conocido hacía menos de seis meses. Pero si él era Leo, y sabía quién era yo, ¿por qué se tiraba a media oficina delante de mis ojos? Si Nacho era Leo, y había averiguado que su secretaria era su primer amor, tenía una extraña forma de demostrarlo. Si quieres volver a conquistar a tu primer amor, no llamas su atención tirándote a media empresa y comportándote como un verdadero capullo. Si es verdad que conmigo nunca se ha comportado mal, pero esa forma de tratar a las mujeres, usarlas y luego echarlas a la calle, no se parecía para nada a Leo. Durante todos los años que estuve con Leo, si pude ver que llamaba la atención por donde pasaba. Todas las mujeres se quedaban embobadas por él. Incluso a veces era algo chulito. Pero él nunca utilizaba a las mujeres, no era su estilo. Él era dulce, cariñoso y atento. Él no fue de flor en flor. Leo solo me amó a mí, durante esos pocos pero intensos años. Y aunque nunca lo llegamos a hacer público, me lo demostraba día a día con sus palabras y sus actos.

Una lluvia de recuerdos me llegó de nuevo a mi mente. Pequeños momentos en los que Leo y yo nos amamos. Cuando nos veíamos a escondidas en el instituto y nos rozábamos o cuando llegábamos a su casa y hacíamos juntos los deberes entre beso y



beso. Tantos años recordando esos momentos y queriendo volver a sentirlos, y ahora que podía, no encontraba la pieza fundamental en este puzle. Tres candidatos y ninguno de ellos hacen que se me remuevan las mariposas en el estómago. Algo se me estaba escapando de mi campo de visión.

Me había quedado tan metida en mis pensamientos y en el trabajo, que no me había dado cuenta de la hora que era hasta que la limpiadora me echó literalmente de mi sitio para poder limpiar. Cuando levanté la vista no solo me encontré con una limpiadora cabreada, sino con un montón de trabajo más que me habían asignado. Entre ellos un informe del señor García en el cual había una nota que ponía que lo quería para mañana. ¡Perfecto! Ahora tengo trabajo para toda la noche. A penas hay diferencia entre comer un cacho de pizza mientras ves una película, o comer un cacho de pizza mientras haces el puñetero informe para el capullo señor García. Está claro que no me pagan lo suficiente. Ante la prisa de la limpiadora, recogí todos mis bártulos y metí en carpetas el trabajo que me tenía que llevar a casa para esa noche.

Una vez que estoy en la calle y respiro el frío aire del atardecer, decido ir andando para casa. Necesito aire fresco que me aclare las ideas. Hoy, día de San Valentín, había comenzado como el mejor día de mi vida. Después de tantos años buscando a Leo, por fin aparecía delante de mi puerta. Pero claro, no lo había hecho literalmente, sino a través de una carta. El mismo método que habíamos utilizado años antes cuando nadie sabía que estábamos juntos. Él estaba aquí y quería que le descubriera. Ambos parecíamos no haber olvidado lo que habíamos vivido. El problema era saber quién podía ser Leo. Mis tres candidatos están claros; Lucas, Alex y Nacho. En seis meses no había conocido a ningún hombre más, o al menos uno tan cercano. Según la carta de esta mañana de Leo, no era tan difícil



darse cuenta. Solo tenía que abrir los ojos. Era probable que en estos seis meses mi odio hacia el amor me hubiera cegado de tal forma, que no había sido capaz de darme cuenta de nada. Pero hoy mis ojos habían estado bien abiertos y alertas a cualquier sospecha. Y una vez más, no había visto nada. O yo estaba ciega, o Leo no me estaba poniendo las cosas tan fáciles como él pensaba. Hasta el momento no había descubierto nada, así que esperaba a ver si Leo daba señales de vida en las pocas horas de día que quedaban.

Cuando llegué a casa estaba claro los dos principales objetivos; ponerme el pijama y calentar una pizza en el horno. Justo en el momento de meter la pizza en el horno mi móvil vibró. Como si un demonio me estuviera poseyendo, corrí hasta él para ver de quien podía ser el mensaje.

<< Hola amor, sé que estas ocupada, pero esta noche es una noche especial y tengo que verte. Estoy seguro de que no entiendes el porqué de mi cambio de actitud hacía a ti. Por eso quiero que me concedas una cena esta noche. Cuando te lo explique lo entenderás todo....Besos belleza>>

Mierda. Este mensaje de Alex daba que pensar. Eso de "cambio de actitud" y "cuando te lo explique lo entenderás todo", es más que sospechoso. ! Joder, estaba acabando el día de San Valentín y el único que había dado señales de vida era él! Cada vez está más claro. O es Alex o definitivamente estoy ciega y tengo que ir a la Once. ¿Y ahora qué hago? En ese momento un yo dentro de mí, el cual no sabía que existía, me dijo; ni caso, comete la pizza y haz el informe. La opción de correr a los brazos de Alex era tentadora, pero la otra opción se llamaba tiempo. Y eso era justo lo que necesitaba en ese momento; tiempo. Así que hice caso a mi yo sádico y no hice nada más que trabajar. Una vez que terminé la pizza, saqué el montón de papeles que me había traído de la



oficina y me puse al tajo. En el instante que mis dedos cogieron el bolígrafo para comenzar a escribir, el móvil volvió a sonar. De nuevo, como alma que lleva al diablo, corrí hacía él para leer un nuevo mensaje.

<< Gabi, lo siento pero ya no puedo esperar más. Necesito contarte lo que te he estado ocultando durante estos seis meses que has estado a mi lado. No sabes lo mucho que te echo de menos cuando llego a casa. Ahora solo quiero ir a trabajar para pasar ocho horas cerca de ti. Me has reavivado viejos sentimientos...Déjame explicártelo. ¿Puedo ir a tu casa? Un beso preciosa>>

¡Me cago en todo lo que se menea! Pero, ¿qué está pasando hoy? ¡Maldito día de San Valentín! Parece que los hombres no se acuerdan de sus sentimientos hasta que llega este día. ¿Y este mensaje de Lucas? Esas palabras de "lo que he estado ocultando durante estos seis meses" o "me has reavivado viejos sentimientos". ¡Dios mío, me voy a volver loca! Hoy terminé ingresada en un centro psiquiátrico. Ahora solo faltaba que el señor García diera señales de vida diciéndome que se había dado cuenta de que sentía algo por mí. Ese podía ser el pasaporte directo hacia hospital. Fue justo terminar de decir esas palabras en mi mente y sonar el timbre de mi puerta. ¡Mierda, que susto! No por favor, que no sea el señor García, que no sea él. O peor aún, alguno de los dos anteriores. Me acerqué a la puerta y la abrí cagada totalmente de miedo. Me temblaba hasta el ombligo. Igual era Leo.

— Hola vecina, como ya sabes hoy es San Valentín y bueno estoy con mi chico y él no tiene preservativo. ¿Tendrás tu uno? — dijo la sueltcita de mi vecina para la cual todos los días eran San Valentín y con uno novio diferente.



— Pues no, lo siento. No tengo ninguno— dije cabreada al verla mientras cerraba la puerta.

— Ves Chema, ya te dije yo que la vecina era una estrecha— dijo la vecina caminando hacía su casa.

¡Lo que me faltaba para acabar el día! Una sesión porno para mis oídos en mi solitario San Valentín gracias a los grititos de mi vecina. Olvídate de todo Gabriela y ponte con el informe. Se acabó el adivinar quién es quién o de jugar al escondite. Si es verdad que Leo me ha encontrado, seguro que ya sabe dónde vivo, así que aquí le espero. Estoy harta de intentar averiguar quién de todos es el verdadero Leo. Y no me voy a lanzar a la piscina por una simple adivinanza. Ya estoy harta. Me rindo. No sé quién es Leo. No sé si es Lucas y sus escondidos sentimientos, Alex y su repentino cambio o Nacho y su rara actitud. Paso. Me da igual. Amo a Leo y le voy a querer el resto de mi vida, pero no voy a elegir a uno de estos tres hombres solo por las pequeñas sospechas que tenga. ¿Y si me lanzo y elijo a uno de ellos y luego no es él? ¿Qué le digo?: Ah, ¿no eres Leo?, pues entonces no me interesas, chao. No soy tan fría y despiadada para hacer algo así a cualquiera de los tres, y encima poder jugarme mi puesto de trabajo. ¡Ni hablar!

Una vez tomada la decisión de pasar un San Valentín más, sola, aburrida y sin amor, decido seguir con lo mío; trabajar. Empiezo a leer el informe y ver las indicaciones que tengo que seguir para hacerle correctamente. Mis dedos teclean a toda prisa en el teclado haciendo el mayor ruido posible para poder distraerme de mis pensamientos. Se acabó el pensar por hoy. Tecleo y miro la pantalla para comprobar que está correcto. Entonces me doy cuenta de que por un motivo que no entiendo he escogido un formato de letra que no es el que quiero. Voy a la caligrafía y escojo la letra que siempre utilizo para hacer los informes. Y entonces me paro



en seco. Algo se despierta dentro de mí. La letra. La letra es la clave de todo. Una luz se enciende dentro de mí y entonces caigo en ello. La pista que me ha dado Leo para que le descubra está ahí, en su letra.

En ese momento dejo todo a un lado y corro de nuevo hacía el pequeño baúl de mi habitación donde guardo todas las cartas que Leo me envió cuando estábamos juntos. Cojo de nuevo la carta que había recibido esta mañana y la vuelvo a comparar. Y entonces lo entiendo todo. Su letra. ¡Dios mío, ya sé quién es Leo! Es él, lo sé. Ahora si lo puedo decir bien alto. Mis sentimientos no me habían traicionado. No estaba equivocada. Pero mi pérdida de ilusión por encontrar el amor verdadero, me había cegado. Mi corazón había notado su presencia, pero mis ojos habían creado una nube para que no le viera. ¡Qué ciega he estado! Leo ha estado a mi lado todos estos meses apenas a unos metros de mí y no me he dado cuenta de ello. Pero no había tiempo que perder. Todavía estaba a tiempo. El pequeño reloj de mi mesita marcaba que era media noche. Quedaban treinta minutos para que se acabase el día de San Valentín. Nuestro día. Ese día que ninguno de los dos pudimos disfrutar hace quince años cuando ambos nos íbamos a declarar por fin y dar un paso más en nuestra relación. Y ahora quince años después el destino nos daba de nuevo esa oportunidad. Y desde luego no la iba a perder.

Tenía treinta minutos para vestirme e ir hasta su casa. Podía conseguirlo y lo iba a hacer. Tardé menos de dos minutos en quitarme mi horrible pijama de patos rosas y ponerme mis vaqueros favoritos con una blusa favorecedora. No era el momento de vestir impresionante, él había estado viendo la distinta ropa que llevaba durante estos últimos meses. Lo único que quería era llegar hasta su lado y abrazarle como solo ahora le veía, como Leo. Una vez que cogido lo imprescindible, salgo de casa y bajo las



escaleras de tres en tres haciendo tal ruido que consigo tapar los grititos de mi vecina. Ahora ni siquiera me molesta que grite. Ella está disfrutando del amor, igual que lo voy a comenzar a hacer yo en menos de quince minutos.

Una vez que estoy en el taxi que me va a llevar hasta la casa de Leo, noto que mis manos están temblando. Todo mi cuerpo tiembla de lo nerviosa que estoy. Parece que he retrocedido quince años. Las mariposas revolotean sin parar dentro de mi estómago y el amor que tan apagado estaba en mi interior, ha renacido como el ave de fénix. De nuevo voy hasta esa fiesta de San Valentín en la que él se iba a encontrar conmigo. Y esta vez no esperaré a que él se lance a declararse, lo haré yo. Llevo más de quince años enamorada de la misma persona. De mi primer y único amor. Él único que ha conseguido que la palabra amor tenga un sentido para mí. El verdadero amor. Ese que cuando le conoces ya no puedes olvidarte de él. Deja tal huella en tu corazón, que nunca consigues desprenderte de él. Da igual que otros hombres intenten con todas sus fuerzas dártelo de nuevo. Esa huella que ha quedado solo tiene un dueño, solo tiene un ADN. Cualquier otro que lo intenté, no es compatible con esa huella. Solo cuando su dueño vuelva a tocar su propia marca, podrás volver a sentir lo que sentiste en ese momento. Y yo lo estoy sintiendo ahora.

Sin pensarlo más tiempo, bajo del taxi y me acerco a su portal. Llamo a su piso y digo con voz temblorosa:

— Soy yo.

No hace falta decir nada más porque en ese momento la puerta se abre. Él me estaba esperando. Subo las escaleras corriendo, el ascensor es muy lento y tengo que llegar antes de que sea media noche. Cuando estoy en la última escalera, me paro y respiro. Y en ese momento el miedo que aún no me había



invadido, entra en todo mí ser. Él me ha buscado y yo le he buscado a él, pero ¿y si él solo me estaba buscando para conocernos y ya está? ¿Qué pasa si él ya no siente nada por mí? Quizás solo busque reencontrarse con aquella vecina que corría desnuda por su jardín y le robaba sus camiones. Si eso ocurre es probable que mi corazón sufra más de lo que sufrió hace tantos años. No volveré a encontrar otro hombre al que pueda amar como le amo a él. Me acerco dudosa a su puerta. Pero ahora no me atrevo a llamar. Ni siquiera sé si es buena idea lo que estoy haciendo. No, claro que no es una buena idea. Estas cosas hay que pensarlas. Si te lanzas a la piscina y no hay agua, el golpe que te llevas puede pasar a la historia. En ese momento decido girarme e irme. Pero entonces una puerta se abre a mis espaldas y escucho:

— Gabi...

¡Es él, es su voz! Sin ni siquiera mirarle a los ojos puedo decir que es su voz. ¿Cómo he podido estar tan ciega? Entonces decido girarme y mirarle a los ojos.

— Leo, eres tú— dije con voz temblorosa al ver sus ojos.

— Por fin tus ojos me han reconocido, ven pasa— dijo él invitándome a su casa.

Nunca antes había estado en su casa, pero sí que me sabía su dirección de memoria. Ahora no sabía qué hacer, si tirarme a sus brazos o huir cuanto antes.

— Te ha costado mucho más tiempo que a mi reconocerme, aunque creo que parte de ello es culpa mía— dijo él con voz algo triste.

—¿Tanto te costaba haberme enviado un mensaje? ¿Una carta? ¿Por qué hoy Leo? O como te llames claro...— dije algo molesta.



— Tú puedes llamarme como quieras Gabriela. Durante estos seis meses me has llamado señor García pero para mí siempre has sido Gabriela. Mi Gabriela— dijo él en tono de posesión.

—¿He sido también tu Gabriela mientras te tirabas a media oficina? — dijo cabreada.

— Por favor déjame explicarme desde el principio para que puedas entenderlo— dijo él en un tono calmado y dulce.

— Adelante— dijo ansiosa por saber su respuesta.

— Ese fatídico 14 de febrero de hace quince años fue el peor día de mi vida. Perdí a mis padres y con ellos mi rumbo. Estaba perdido y no sabía qué hacer ni dónde ir. Al final los servicios sociales se hicieron cargo de mí durante un tiempo, hasta que me adoptó una buena familia. En ese tiempo decidí olvidarme de ti y que tú también lo hicieras. No era buena compañía, Gabriela. Cambié mi actitud y desvié mi camino. Me volví un adolescente rebelde que no hacía caso de nada ni de nadie. Sabía que no podía volver a tenerte y eso me quemaba más por dentro. Me hacía ser peor persona. Pero al final la familia que me adopto, la familia García, consiguió ponerme en un buen camino. Terminé mis estudios y fui a la universidad. En todo ese tiempo nunca dejé de pensar en ti. Siempre estuviste presente en mis sueños. Pero pensé que ya era demasiado tarde. Quizás ya estabas casada o enamorada de otro hombre. No quería enfrentarme a ello. El primer día que te vi, en la fiesta donde mi padre me cedió su cargo, no te reconocí. Algo dentro de mí me dijo que tú eras una chica especial, por eso me acerqué esa noche. Me quede totalmente prendado de ti sin saber si quiera quien eras. Los primeros meses estuve adaptándome al puesto y ni siquiera me sabía los nombres de mis empleados. Si recuerdas a ti te llamaba cada día de una manera



— Si lo recuerdo— dije acordándome de lo despistado que era Nacho en los primeros meses que comenzó.

— Y esa fue la época en la que me porté como un verdadero capullo. Como te he dicho antes mi actitud durante la adolescencia cambió. Las mujeres ya no me interesaban en el tema del amor. Únicamente para satisfacerme. Pero entonces un día descubrí quien eras y todo cambió. Recordé como había sido en el pasado y como era cuando estaba contigo. Echaba de menos el chico que era contigo y decidí cambiar para sorprenderte y ver que ya no soy el capullo que conociste.

— De ahí tu cambio de actitud últimamente hacia mí y que ya no te tires a ninguna para luego despedirla ¿no? — dije todavía molesta.

— Sabes perfectamente que llevo bastante tiempo sin hacer eso. No quería decepcionarte y por eso cambié mis hábitos— dijo él algo decepcionado consigo mismo.

— No me decepcionas Leo, pero me sorprende. Ya no se ni quien eres— dije confusa.

— Gabi soy yo, Leo. Tu Leo. El vecino que corría detrás de ti desnudo para que no le robarás los camiones, el chico que jugaba todos los días contigo en el patio y el adolescente al que enamoraste como un tonto cuando estuvimos en el instituto. Y ese tonto no ha conseguido olvidarse de ti ni un solo segundo desde hace quince años y sigue tan enamorado de ti como el primer día. Y sé que tú también. El día de la fiesta en la que nos reencontramos lo supe— dijo el cogiendo mi cara con las manos.

— Sin saber quién eras, ese día algo dentro de mí se me removió de la misma manera que hace quince años— dije



acordándome de lo que sentí el primer día que le vi como mi jefe.

— Pues entonces no lo dudes más mi amor. Nos merecemos esta segunda oportunidad que nos está dando el destino. Deja que demos el paso que no pudimos dar hace quince años. Déjame recompensarte por todos estos años perdidos y volver a mostrarte lo que era el amor. Siempre has sido tu Gabriela...— dijo Leo pegado a mi cara.

— Oh, Leo...— dije rindiéndome a él.

Sin dudarle un segundo más, Leo junto sus labios con los míos y me beso como solo él sabía. Nuestros labios parecieron reconocerse, porque en cuanto se tocaron una chispa saltó entre nosotros haciendo nuestro beso mucho más fogoso. Hacía mucho tiempo que no se tocaban y por ello se necesitaban más a cada instante. Nuestras lenguas chocaban la una con la otra dándose a cada instante más placer la una a la otra. Y cuando nuestros labios ya no pudieron demostrar la necesidad que se tenían, fueron nuestras manos la que lo demostraron con caricias llenas de deseo. Su huella había sido identificada por mi corazón y ahora, le dejaba paso.

Hace quince años podía haberme encontrado con Leo en aquel baile y haber demostrado a todas las chicas del instituto que él era mi novio. Seguramente después habiéramos hecho el amor por primera vez en su coche. Pero el destino quiso un final diferente para nosotros. Nos separó durante mucho tiempo para luego reencontrarnos en esa fiesta donde ambos nos reconocimos sin saberlo. Hoy, día de San Valentín y quince años después, Leo me ha vuelto a dejar una carta y una orquídea como si nuestra vida no hubiera cambiado. Solo se ha detenido el tiempo. Y hoy todo vuelve a comenzar, retomo mi antigua vida y vuelvo con mi primer y único amor.



Hoy descubro que el día de San Valentín no significa otra cosa que un punto y seguido en la historia de amor que tienes hacía esa persona que marca tu vida para siempre.

FIN



UN BOMBÓN PARA SAN VALENTÍN

de Verónica García Montiel

<http://www.facebook.com/pages/Las—verdades—de—cada—uno/276796395721239?ref=hl>

Son las diez y veinte. Llevo veinte minutos sentada en una silla incómoda, esperando en recepción una entrevista de trabajo. Me miro las uñas, mientras mordisqueo el interior del labio inferior, no sé si son adecuadas, ya que están pintadas de rojo cereza y lunares blancos. Es lo que tiene tener una hermana estudiando estética... me utiliza como modelo (más bien de conejillo de indias, no lo tengo muy claro). Ya me ha amenazado diciendo que, el año que viene, quiere estudiar peluquería. Y yo por ahí no paso, mi pelo, no.

Me remuevo en el asiento y estiro de la de la falda de tubo para alisarla. Soy un culo inquieto y estoy haciendo un gran esfuerzo para mantenerme quieta. Hecho una mirada a la chica de recepción, teclea en el ordenador a una velocidad de vértigo, con la cara literalmente empotrada en el monitor. No sé si levantarme para hacerle recordar que aún sigo aquí. Carraspeo por si acaso se le olvidó. Pero la chica (creo que está escribiendo el Petete) sigue sin hacer pausa.

Vi un anuncio en el diario, informando que se necesitaba administrativa. Ellos necesitan personal y yo un trabajo. Hasta ahí, bien. El problema es... que no tengo ninguna formación, ni



tan siquiera los estudios básicos en este rango. Pero es lo que tiene la crisis, ya no es si sabes o no sabes, si te gusta o no te gusta... lo único que entiendo es que llevo dos años parada y apuntito de agotar el paro. Lo he probado todo, e incluso fui a una entrevista para azafata. El problema vino cuando les comuniqué que tenía claustrofobia, evidentemente fue una tontería ir, pero fui con la esperanza de que me ofrecieran otra cosa, cualquiera, limpieza mismo. Miro el contraste tan exagerado que crea mis uñas sobre el blanco del papel de mi curriculum de dos hojas. Antiguamente, la gran mayoría de curriculums eran de una sola hoja, ahora ante la crisis intentamos adornarlos todo lo mejor posible, solo nos queda explicar nuestro primer biberón y la primera vez que dijimos "mamá".

Ya no puedo más, me levanto y me estiro un poco. Hoy he hecho mi record aguantado sentada veinticinco minutos. Me dirijo hacia la chica justo delante del mostrador, me siento tentada por aplaudirle cuando veo sus dedos tan ágiles (dale que dale al teclado), verdaderamente es alucinante. Poso mis manos en ambos lados sobre la cadera e inclino la cabeza para acaparar con la mirada su rostro, la mujer tiene el ceño fruncido y creo que en cualquier momento se mete dentro de la pantalla.

— Perdona. — Susurro, pero la mujer sigue sumergida en lo suyo.

Me siento tentadísima por echarle un ojo a aquello que escribe, debe ser una novela, fijo. Carraspeo con fuerza. Y me asusto cuando la mujer dirige su mirada hacia mí, isigue escribiendo con la misma velocidad pese a que no está mirando el monitor! Alucinante ¿Cómo lo hace? Eso debe ser un don o un sexto sentido.

— ¿En qué la puedo ayudar? — me pregunta mirando por encima de sus gafas.



— Va a hacer media hora que espero para la entrevista. — Le aclaro, sin saber si va a poder ayudarme.

— No se preocupe, en cinco minutos le atenderán. Siéntese por favor.

El problema es que no puedo permanecer más tiempo sentada, pero no se lo digo y asiento con la cabeza. Al pasar la vista por recepción, capto el calendario con la fecha de hoy. Es viernes, catorce de febrero...

— Catorce de febrero. — Musito en voz baja — ¿Catorce de febrero? — vuelvo a repetir, intentando adivinar o recordar algo... ¡Catorce de febrero!— rompo con un grito cuando caigo en la cuenta que es San Valentín.

La mujer de recepción pega un pequeño respingo sobresaltada y por primera vez deja de teclear.

— Perdón. — Me disculpo avergonzada, haciendo con las manos movimientos extraños, ahora mismo no sé dónde colocarlas, me sobran.

Decido sentarme de nuevo en la silla. Ahora no tengo tan claro que vaya a salir bien la entrevista. Catorce de febrero... para los enamorados es su día, pero para mí (contando que no estoy enamorada), es mi día de mala suerte desde hace cuatro años. Justo un día como hoy, hace cuatro años, el que fue mi pareja durante tres años, me dejó. Al año siguiente me fui al pirineo a esquiar y me rompí una pierna. Al otro me despidieron de mi trabajo, y el año pasado... el año pasado ¿Que fue? ¡Ah, sí! Me pusieron una multa por mal estacionamiento... El teléfono de recepción rompe el silencio y me distrae de mis pensamientos. La mujer atiende la llamada, afirma un par de veces y cuelga. Todo seguido me dirige la mirada y me informa de que ya puedo entrar, señalando con la mano la única puerta que había. Le doy las gracias colocando el



bolso sobre el hombro y sujetando el curriculum con la otra mano. Respiro hondo antes de doblar la maneta y tras terminar con el ejercicio de auto— control, abro la puerta con energía.

— Buenos días. — Saludo aun sin fijar la vista en ningún sitio.

— Buenos días, señorita.

La voz masculina de por sí era atractiva. Cuando mis ojos captaron al hombre que ocupaba el asiento al otro lado de la gran mesa, justo en el centro del despacho, sentí que se me erizaban los pelos desde la coronilla, hasta los mismos tobillos, y mira que en la última parte no tenía... En mi mente Alejandro Sanz se paseaba por la habitación tocando la guitarra y cantando “Quiero morir en tu veneno...”

— Siéntese. — Me invita muy cortés con un gesto con la mano.

Me siento todo lo finamente que puedo, cruzo las piernas y coloco el bolso sobre mi regazo. El hombre me mira intensamente y me siento pequeña ante su penetrante mirada. Hago un movimiento con la cabeza para evitar que el flequillo me moleste en los ojos, lo aparto hacia un lado.

— Bueno... comencemos. — Dice mientras se acomoda en el asiento.

— ¿Por qué está interesada en trabajar en nuestra empresa?

La pregunta del millón que aún no puedo entender por qué la formulan en cada entrevista. Obviamente no hay que ser muy listo para saber que mayormente es por modus supervivendi... ya que la gente como yo necesita trabajar para vivir. Sé que buscan un halago hacia la empresa, pese a que no sé mucho sobre ella, digo:

— Es una empresa seria y sofisticada — espero que no esté metiendo la gamba... — y he escuchado hablar muy bien de ustedes. — Me guardo la verdad que es mucho más simple, ya



que tengo conocimiento de ella gracias a un diario que leía mientras tomaba café por la mañana.

Él asiente complacido y sin ser consciente hecho un suspiro aliviada...

— Dígame... ¿Cuáles son sus estudios?

A ver cómo le explico que tengo lo básico...

— Primaria y secundaria, acabada y aprobada. — Se lo digo así para que parezca mucho más.

Él me mira incrédulo y yo me encojo de hombros. Hoy es catorce de febrero, ya sé cómo va a finalizar esta entrevista.

— ¿Me lo está diciendo en serio? — frunce ligeramente el ceño.

Asiento con cautela. Él me mira durante un largo rato en silencio, tanto que me incómodo y siento ganas de preguntarle si le gustan mis uñas, y así desviar su atención.

— ¿De verdad cree qué, podría hacer su trabajo sin tener un mínimo de conocimiento sobre administrativo? — y seguido en su rostro refleja una sonrisa ofensiva que me hace enfadar. Mentalmente le digo a Alejandro Sanz que deje de cantar y le suplico que me dé el veneno para inyectárselo a este hombre.

— ¿Y por qué no? — pregunto a la defensiva, alzando la barbilla.

— Porque no tiene ni idea. — Me aclara tajante.

Tiene razón, pero necesito trabajo.

Me detengo a observarlo más detenidamente y tengo que admitir que es tremendamente guapo, sexy y atractivo... tiene el pelo corto y de color negro azabache, sus ojos son de color miel y sus espesas y largas pestañas son capaces de distraerte cada vez



que las abre y las cierra. Embobada, así es como quedo mientras lo inspecciono a conciencia.

— Lo siento, pero no puedo hacer nada por ti. — Me aclara mientras se levanta de su asiento para despedirse. Yo me niego.

— Por favor... — pido clemencia.

— Lo siento... buscamos gente con experiencia.— Vuelve a decir negando con la cabeza.

El teléfono sobre el escritorio de madera maciza rompe el momento tenso. Resopla y coloca el teléfono inalámbrico en la oreja. Veo como el pánico cruza su rostro y abre los ojos de par en par. Yo me callo y no digo nada. No pienso irme, sin antes decirle que acepto cualquier cosa.

— De acuerdo. — Habla con alguien al otro lado de la línea y centra su mirada en mí. Me entra un repelús. — Que pase. — Dice con un resoplido de cansancio, todo seguido cuelga.

No me da tiempo a decir nada cuando la puerta se abre con mucho entusiasmo. Al girarme me encuentro con una mujer de unos cincuenta y pico años muy glamurosa, morena, con el pelo a media melena y exquisitamente vestida.

— ¡Cariño mío! — espeta la mujer con los brazos estirados para abrazar al hombre aún sin nombre... Éste la achucha y la acuna. La mujer gira el cuello (hasta un punto inexplicable) consiguiendo atraparme en su campo de visión. — ¿Es ella?

Veo que la cara del hombre guapo, sexy y atractivo, cambia al instante. Primero de confusión, después de terror y pavor, y por último empequeñece los ojos y me mira pensativo.

_Sí.



_Oh... ¡Es bellísima! Tal cual la describiste.

Me siento como el que está viendo una película, y me pregunto en qué escena me he dormido y me he perdido la parte en la que él me describe. Alzo una ceja hasta creer que se camufla con el nacimiento de mi pelo y lo miro. Él sonrío y el corazón comienza hacerme cosas extrañas, me falta el aire. Mentalmente busco a Alejandro Sanz para pedirle que cante la canción "La fuerza del corazón", pero al pobre se le han roto las cuerdas de la guitarra por la sorpresa.

_¡Marcus es guapísima! — exclama mientras se zafa de sus brazos y se dirige hacia mí. Me tenso. No sé lo que quiere de mí...

Así qué Marcus... ese es su nombre...

Me sujeta ambas manos y estira con delicadeza para levantarme, lo hago. Me estructura con sus preciosos ojos verdes y sonrío abiertamente, dejando claro que le gusta lo que ve.

— Teníamos tantas ganas de conocerte. — Me informa la mujer con dulzura.

¿Ella y quién más?

No sé qué contestar porque desde que ella entró, creo estar en otra historia. Otra película. Otro mundo... Sonrío, eso siempre queda bien.

— ¿Pero cómo te las ingeniaste para enamorar a mi queridísimo hijo?

Bueno, bueno, bueno... ¡¿Esto qué es?! ¿Enamorarlo yo? Si supiera que, hace nada, me estaba echando de su despacho sin compasión...

— Todavía no me lo explico... — contesto cínicamente, mientras le hecho una mirada directa a Don Marcus.

Marcus extiende un brazo, agarra mi codo, y me lleva hacia él dejando a su madre con más ganas de manosearme. La mujer



se gira mirando a su alrededor y aprovecho que no nos observa para decirle:

— ¿De qué va esto? — en un susurro solo audible para él.

— Si quieres trabajo hazlo bien, cariño. — Me contesta con el mismo volumen de voz y pasa su brazo por la cintura...

— Veo que no has cambiado nada del despacho. — Dice la mujer observando cada milímetro de la enorme habitación. Se gira hacia nosotros y sonrío como si le encantara lo que está viendo.— Esta noche hacemos una cena mi marido y yo en casa. — Me comenta. — Y quiero que vengas. — Quiero decirle que no, pero me corta. — Sé que trabajas mucho, ya me lo ha dicho Marcus... pero no consentiré que rechaces mi oferta.

Clavo con discreción el tacón de mi zapato en el pie de Marcus, donde calculo que tiene el dedo gordo y aprieto con fuerza. Y muy flojito le susurro:

— Mínimo quiero el cincuenta por ciento de las acciones.— Lo miro y veo que está haciendo un esfuerzo por no reírse...

— Sí, y un chalet en la montaña. — Bromea.

— Y otro en la playa. — Sigo con la broma, con el trabajo me conformo.

No sé mentir, esto no va a salir bien, es catorce de febrero...

— Bueno, dime ¿qué te ha regalado mi hijo para San Valentín?

Uy, uy, uy... me pongo nerviosa y cojo lo primero que encuentro sobre el escritorio.

— Esto. — Me apresuro a decir, mientras alzo la mano.



La madre de Marcus me mira extrañamente, miro mi mano y veo que he cogido un bolígrafo de plástico. La mujer agarra mi mano y la lleva hacia ella. Ya he metido la pata. Me quita el bolígrafo de la mano y acaricia mi muñeca.

— ¿Esta mierdecilla de pulsera? — pregunta confusa.

¿Mierdecilla? ¿Ha llamado mierdecilla a mi pulsera de la Tous? Me cae bien, pero me ha dolido ese comentario sobre mi pulsera que me costó un riñón.

— ¡Mamá!— le riñe. — Esa mierdecilla es lo que ha querido ella.

¡Pero ya está bien! ¡mierdecilla, mierdecilla, mierdecilla! ¡PUL— SE— RA! Se llama Pulsera.

— Puede que sea verdad... — me interpongo en la conversación. — podríamos cambiarla por una que vi de mil trescientos euros, monísima, con zafiro, oro blanco y diamantes. ¿A que sí Marcus? Total esta mierdecilla...

— ¡Eso es! — me apoya mi suegra ficticia. Y disfruto observando a Marcus con cara de pasmarote.

— Bueno amores, me tengo que ir... Todavía me queda un largo camino hasta llegar a casa. — Se dirige a Marcus y le empotra dos besos sonoros. Después se dirige a mí y repite ambos besos con el mismo afecto. — No me falles. — Me advierte.

— No lo haré. — Le aclaro. Por el bien de mi trabajo...

El silencio que deja tras su adiós es inexplicable. ¿Ahora qué tengo que hacer? Lo miro de reajo y me percató que él hace lo mismo, su brazo sigue rodeando mi cintura y no reúno la suficiente fortaleza para pedirle que lo retire. Dentro de todo, ha sido divertido. Bueno, excepto la crítica sobre mi pulsera... por lo



menos ahora me iré sabiendo que tengo trabajo. Porque cumpliré con su parte, ¿no? Tengo que asegurarme que lo hará, ya buscaré una idea.

— Jefe, ¿lo he hecho bien? — le pregunto sonriente.

— No me llames jefe.

— Pero es que lo eres... — le aclaro.

— Todavía no. Depende como lo hagas en la cena, así haré.

Retira su mano de la cintura y yo lucho con todas mis fuerzas por no sujetarla y devolverla a su sitio.

— Te paso a buscar hacia las tres y media.

¿A qué hora cena esta familia?

— ¿Tan pronto?

— Tenemos tres horas de camino. — Termina y se aleja volviendo a su asiento, en el fondo me gustaba tenerlo pegadito, a mi lado...

— De acuerdo. Apúntate mi dirección.

— Elisabet Perez, tengo todos sus datos gracias a que rellenó un formulario online.

Ah sí, es verdad...

Llevo más de hora y media arreglándome, me he probado unos cinco conjuntos y una docena de zapatos. Después de un sin fin de dudas, me decanté por una camisa de seda color blanca, una falda ajustada por encima de las rodillas y unos zapatos de terciopelo negro y tacón de aguja. El pelo me lo he recogido con un moño apretado, tanto, que incluso los pensamientos piden espacio. He preferido



no ponerme collar ya que solo tengo bisutería y no me quiero imaginar cómo las llamarían ¿Remierdecillas?

Cinco minutos antes de la hora acordada me despido de mi familia, creen que tengo una prueba de trabajo (y no es del todo incierto). Tanto mi hermana, mi madre y mi padre me dan palabras de aliento y me aseguran de que el puesto es mío. Si mi padre se entera de la verdad, no me deja salir de casa. Me despido tirando una burrada de besos con la mano y mi padre hace ver que los coge todos al vuelo, me río. Ah, por cierto, mi hermana me ha cambiado la decoración de las uñas, ahora las llevo con un estampado de leopardo en tonos, lila, negro y blanco.

Salgo a la calle dispuesta a hacer lo que haga falta por mi puesto de trabajo, y me doy un porrazo con una realidad que no me esperaba. Marcus está apoyado en su brillante coche, vestido con unos tejanos desgastados, una sudadera azul oscura y unas deportivas. Con un aire más juvenil y tan tremendamente guapo que siento flojera en las piernas. Mi corazón late desesperado, como si su lugar en mi pecho le quedara pequeño. Me observa desde la cabeza hasta los pies, una vez allí sube por el mismo recorrido hasta alcanzar mis ojos. Ahora me siento un pelín estúpida, ya que me he vestido demasiado formal.

— ¿Cómo son las cenas con tu familia? — pregunta divertido.

— Podías haberme avisado. — Pongo los brazos en jarra.

— Es de lógica Elisabet...

— Eli. — Le corrijo.

— ¿Qué? — pregunta con verdadera confusión.

— Que me llames Eli, es así como me llamaría mi novio.



Abre la puerta del copiloto y me invita a entrar con algo parecido a una reverencia. Una vez dentro espero a que rodee el coche y se siente, en el asiento del piloto. Se pone el cinturón y yo aprovecho para sacar la grabadora del bolso, la coloco sobre el salpicadero y le doy al récord. Carraspeo para comenzar a decir lo que ya había ensayado en mi casa.

— Hoy viernes, día catorce del mes de febrero, del dos mil catorce. A las tres y veintiocho minutos, me dirijo a casa del señor Marcus. — Me cachis, no me sé el apellido. _¿Cómo te apellidas? — le susurro.

Marcus me mira petrificado, lo ignoro.

— ¿Cómo te apellidas? — vuelvo a repetir impaciente.

— Marcus Ablay Casa de Mont. _Me contesta aún atónito por esta idea tan brillante que he tenido...

Una vez tengo la información que necesitaba, reanudo el proyecto.

— Me dirijo a casa del señor Marcus Ablay Casa de Mont, ya que me ha prometido que si le acompañaba me aceptaría en su empresa como nueva administrativa. ¿Marcus, por favor, puede confirmarlo para que conste en la grabación?

— Si la señorita Eli hace su faena hasta el final, le cederé el puesto de administrativa.

— Perfecto. — Digo mientras recojo la grabadora y la devuelvo a mi bolso. — Muchas gracias. Otra cosa. — Puntualizo. Cojo un papel y un bolígrafo que también lo preparé antes de salir. — necesito saber cuatro cosas básicas y ponernos de acuerdo en otras cuantas. ¿Cómo nos conocimos? ¿Cuándo comenzamos a salir? ¿En qué año naciste? ¿Cuál es tu plato preferido? ¿Y tú color? ¿Qué te gusta hacer en tu tiempo libre?



_¡Para! — grita agobiado y paró en seco el bombardeo de preguntas, quizá me he pasado... pero son necesarias. Dejo un poco de silencio.
— Nos conocimos gracias a una amiga. — Anoto. — Antes del verano. Nací en el ochenta. — Hago un cálculo mental y me sale treinta y cuatro... ¿treinta y cuatro años? Pues no lo parece. Anoto. — el resto te lo puedes inventar. ¿Cuántos años tienes tú?

— Dieciocho. — Le digo sin levantar la vista del papel en el que anotaba.

_¿Cuántos?! — lo miro y realmente lo veo alarmado. No puedo evitarlo y estallo con una carcajada.

— Veinticinco. — Le digo ahora mi verdadera edad. Que gracia me ha hecho... me sigo riendo.

— Que graciosa.

— ¿A que sí? — le pregunto con recochineo.

Después de eso nos quedamos en silencio. Yo intento imaginarme la velada y hago un simulacro mental. Imagino que pueden preguntarme y me invento las mejores respuestas. Evidentemente sé que nada saldrá como he imaginado, pero es un consuelo pensar que lo tengo todo bajo control. No sé cuánto rato llevamos de camino, lo único que sé es que comienzo a sentirme agobiada y necesito estirar las piernas.

_¿Cuánto queda?

— Queda. — Dice sin sacar la vista de la carretera.

Estiro los brazos y bostezo, no creo que dure mucho más sentada.

— Me gusta el moño que llevas.



El corazón se me dispara ¿le gusta?

— Sí, lo llamo moño doña Rogelia.

— Te queda bien.

Me pongo colorada y le doy las gracias. Qué vergüenza... yo también puedo piropearlo y no por una o dos cosas, lo cierto es que le haría la ola por cada respiración que hace. Hay que decir, que en cuanto lo vi esta mañana me resultó notablemente atractivo y cuando me he topado con él en la puerta de casa he tenido la sensación de sentir una flecha cruzar mi pecho... No sé cómo va a salir esto, puede que salga más perjudicada de lo que imaginé.

No tengo ni idea de cuánto tiempo llevamos en carretera pero me duele la cadera, el culo y la espalda de estar sentada. Solo veo carretera variante y más variante, comienzo a colmarme, y mi paciencia es tan escasa que agonizo. Marcus en cambio sigue tan tranquilo y centrado conduciendo. Ahora que lo observo es bien cierto que este hombre no tiene desperdicio por ningún lado, su perfil es perfecto y tiende a fruncir el ceño levemente cuando piensa y eso lo hace más... guapo si cabe o es posible. Últimamente la palabra guapo, sexy y atractivo las estoy diciendo muy frecuentemente... El labio inferior lo tiene más sobresalido y ancho, un dibujo perfecto en los puentes del labio superior, son gruesos sin ser exagerados. Marcus es como un bombón de chocolate, siempre apetece y hay hueco para él... me extraña que un chico como él deba fingir tener pareja, no necesito saber para darme cuenta que cualquier mujer estaría encantada de cederle sus días. No lo digo por mí, claro, para nada...en momentos así debo recordar que estoy aquí por trabajo.

_¿Cuánto queda?



— Queda.

Rebufo.

— Me lo podrías aclarar en horas y minutos. — Digo con cansancio.

— Dos horas. — Me contesta tan seco como suena.

¡¿Solo llevamos una hora?! Juraría que llevamos el doble.

— Necesito estirar las piernas. — Le explico con serenidad.

— Ya las estiraras cuando llegues.

Olvidaos de lo de guapo, sexy y atractivo, era todo mentira. Me está entrando claustrofobia, me falta el aire y me mareo.

— Necesito salir a la puñetera calle... — digo con una calma de la que me sorprende a mí misma. Controlo la respiración, pero no puedo ¡me ahogoi — ¡O me tiro con el coche en marcha!

Marcus retira la mirada de la carretera y la dirige hacia mí. Yo jadeo por mi ahogo psicológico. Intento tranquilizarme con las palabras que me ha repetido mi psicóloga hasta la saciedad: todo es psicológico, todo está en la mente, hay aire, respira. Pero bajo los efectos del pánico no me puedo calmar. Me ahogo, ahora más.

— Ne...nece... necesito aire. — Digo como puedo mientras me abanico con las dos manos.

Veo que me mira asustado y pone el intermitente hacia la derecha.

— ¿Qué te pasa? — pregunta alarmado.

Me gustaría explicarle que tampoco es para tanto, por lo menos si mi psicóloga no me ha mentado, ya que me dijo que nunca me ahogaría por algo así. Gracias a dios el coche sale de la carretera y reduce la velocidad. Antes de que el coche frene del todo abro



la puerta para salir disparada, pero Marcus me sujeta del brazo, en el fondo se lo agradezco, no era buena idea. Cuando ya las ruedas se quedan quietas salgo como un cohete, medio asfixiada. Por suerte hay un banco justo delante de nosotros, me tiro sobre él espatarrada sin importarme lo poco glamurosa que pueda resultar la imagen en los ojos de Marcus. — Piensa en verde, piensa en verde... — murmuro.

Poco a poco la respiración se va normalizando y siento como los músculos se relajan. Estoy mirando el cielo y las copas de los pinos aún dan vueltas, muchas vueltas. Cierro los ojos. Un poco más y lo habré conseguido. Inspiro por la nariz y expulso por la boca, lento. Otra vez más.

— ¿Estás mejor? — la voz de Marcus es casi un susurro.

Abro un ojo y veo que me mira desde arriba.

— Un poco. — musito.

— ¡Qué susto me has dado! — dice mientras se coloca una mano sobre el pecho y suelta un largo suspiro. — Deberías mantener la cabeza inclinada hacia arriba. — Me dice mientras coloca sus cálidas y suaves manos en mi nuca y la sujeta para alzar un tanto mi cabeza.

Mi cuerpo reacciona ante su roce erizándose, siento un cosquilleo en la nuca justo debajo de la palma de su mano y esa electricidad recorre mi espalda. Noto el corazón chocar con fuerza en las costillas, y casi diría que en los latidos escucho su nombre. Se coloca de rodillas para quedar más o menos a mí altura y sopla en mi cara. Su aliento es cálido y la brisa que crea mueve mis pestañas con un cosquilleo. No quiero volver a mirarlo, si lo hago, acabaré rendida en sus encantos y suplicándole un beso. Mejor cierro los ojos con más fuerza.



_¿ Te sientes mejor?

Asiento como puedo con la cabeza. Tenerlo cerca no me deja reaccionar con normalidad, prefiero no abrir mi boquita ya que no sé qué le diría bajo los efectos de lo que sea esto... que estoy sintiendo. Su colonia entra por mis fosas nasales como bofetadas de locura, y siento la tentación de cerrar mi puño sobre el cuello de su sudadera y traerlo hacia mí para devorarlo con los labios. ¿Alguien podría decirme si eso es normal? Supongo que no... lo cierto es que lo tumbaría sobre el banco. _Ay, dios mío. Eli, piensa en verde, piensa en verde por favor... — digo en un lloriqueo en mi interior.

— Todavía estás pálida. — Pasa una mano por mi frente helada. — Dime algo.

No quieras eso hijo mío... ahora mismo te diría un montón de burradas apasionadas y sexuales. Incluso sin saber, sería capaz de recitarte una poesía hablando de almas gemelas y de amor infinito.

— Eres el amor de vida. — Digo en un susurro casi ininteligible.

_¿Qué?

iOh dios! ¿qué he dicho? Tengo que arreglarlo como pueda....

— Que si te digo que estoy mejor, te mentiría.

_Sí, la verdad es que todavía estás bastante pálida. ¿Qué te ha pasado?

— Claustrofobia... — le aclaro con la boca seca.

— ¿Y por qué no me lo dijiste? — Tras terminar la pregunta vuelve a soplar sobre mi rostro con delicadeza.

Vuelvo a cerrar los ojos con más fuerza, como si su aliento me quemara. Uno más y no respondo.



— Si me lo hubieses preguntado, yo te lo hubiera dicho. Además, ya te dije que necesitaba estirar las piernas...

— Mírame. — me ordena.

Abro los ojos lentamente y lo primero que veo es su rostro sobre el mío. Trago saliva, y ésta baja por mi garganta haciendo un ruido exagerado. No sé qué hace tan cerca de mi rostro, pero si mis fantasías se cumplen y ese hombre divino bajado del cielo me besa, me desmayo aquí mismo. Nuevamente vuelve a atormentarme con su cálido aliento, soplando sobre mi rostro. ¡O pongo freno o no me frena ni dios!

— Marcus...— soy una mujer joven con una lívido activa. No quiero asustarte, pero si vuelves a soplar en mi rostro no me hago responsable de lo que haga, pienso. — estoy mejor. Podemos seguir con el camino.

Vacila durante unos segundos, al final creeré que realmente quería besarme. Me ayuda a incorporarme y le dedico una sonrisa tonta, acabará robándome el aliento. A duras penas recuerdo que todo esto lo estoy haciendo por un puesto de trabajo. Me rodea por la cintura y me guía hasta el coche, la puerta del copiloto está abierta de par en par, tal y como la dejé en mi momento de locura.

Si Marcus no me ha mentido, nos queda poco más de quince minutos para llegar. Hace cerca de tres cuartos de hora que nos adentramos por un camino de tierra, cada vez es más estrecho y el camino es más inestable. Literalmente la madre de Marcus vive "donde dios perdió la alpargata", uso la expresión de mi padre que utiliza cuando algo está en medio de la nada.

_¿Cuánta gente quiere conocerme? — le pregunto con un brazo apoyado en la ventanilla. Desde que me dio el chungo no ha



dejado de atosigarme para que asome la cabeza por ella, ahora mismo pueden confundirme con el perrito que acompaña a su dueño en el coche con la cabeza asomada, la boca abierta y las orejillas para atrás por la velocidad.

— Mi padre, mis dos hermanos y mi cuñada.

— Ah... — tampoco son tantos. Creo que podré. — Y... ¿por qué les mentiste con una novia ficticia?

Quizá le esté preguntando más de la cuenta, no me gusta meter las narices donde no me llaman. Pero me sorprende tanto que un chico como él no tenga novia de verdad... debe de tener pretendientas para aburrir, pondría mi mano en el fuego y no me quemaría.

— Bueno... mi madre es de mentalidad antigua y cree que treinta y cuatro años es una edad considerable para dejar la vida de adolescente soltero. Y no podría aguantar nuevamente su charla sobre lo importante que es compartir la vida con alguien. — Hace una pausa para cambiar de marcha y continúa. — Creí que si le mentía y le decía que había conocido a alguien especial, dejaría su discursito...

— ¿Y crees que esta farsa te va ayudar en algo?

Sinceramente...no le veía un final feliz a esta mentira.

— Puede que se quede tranquila durante un tiempo, quizá un par de meses. Luego le diré que lo nuestro no funcionó y decidimos de mutuo acuerdo seguir cada uno por su lado.

No me ha gustado nada nuestro final. He sentido una punzada de dolor, y me dan ganas de decirle que lo nuestro sí que puede funcionar. Creo que me estoy volviendo loca, me he metido tanto en el papel que ya creo que realmente él es mi novio y me



pertenece. No puedo evitar poner la cara larga y agria, tras esa manera tan fría que ha tenido en dejar lo nuestro.

— Ya hemos llegado. — me informa.

Cuando salgo del coche me dedico a estudiar mí alrededor, es un sitio encantador, rodeado de naturaleza. Se escucha el canto de los pájaros. La casa es una masía antigua rural, pero por las ventanas y sus marcos, así como la puerta principal, observo que está restaurada. Debe ser una delicia vivir aquí, todo desprende tranquilidad y armonía. Ha merecido la pena las tres horas y media que hemos tardado en llegar. Notas que el aire es puro y fresco, no tiene nada que ver con la ciudad. Aunque para ser sincera, no creo que pudiera vivir tan apartada de la civilización. Lo cierto es que si tienes una urgencia, mínimo tienes una hora de camino hasta llegar al pueblo más cercano.

Marcus extiende su mano pidiendo la mía, yo se la cedo inconsciente, no puedo dejar de mirar a mí alrededor. Pensaré que nunca he salido de la ciudad...

No nos ha dado tiempo de llegar al humeral de la puerta de entrada cuando su madre ya ha salido a recibirnos, con una sonrisa de oreja a oreja. Entre pitos y flautas ya son las siete y media de la tarde y el sol comienza a caer.

— ¡Pero qué alegría ver aquí a esta joven pareja!

Sonrío, eso siempre queda bien.

Tengo la palma completamente mojada de sudor, aferrada con fuerza a la mano de Marcus. No se me olvidó que hoy es catorce de febrero, bautizado por mí: el día de las desgracias... deseo con todas mis fuerzas que la mala suerte que extrañamente me



persigue este día, me deje acabar la velada sin pena ni gloria. Medianamente bien.

— ¡Qué guapa!— exclama mi suegra de mentirijilla mientras me hace un repaso rápido de arriba abajo.

La madre de Marcus nos indica el camino hacia el interior de la casa. Quiero desprenderme de su mano ya que no deja de darme corrientes eléctricas haciendo cortocircuitos en mi mente, que ésta está manifestando imágenes pervertidas.

Una vez dentro aprecio que el interior de la casa está exquisitamente decorada, a juego con la antigüedad de la casa. Pese a que está reformada, sigue conservando el suelo de piedra de un color rojo anaranjado, así como los arcos y las vigas. Todo tiene un ambiente muy rústico. Es una casa fresca, y deduzco que es gracias a sus anchos muros y sus ventanas estrechas, qué aun así ceden bastante claridad. El salón tiene una enorme chimenea decorada con hierro forjado a mano. Justo enfrente hay dos butacas de cuero marrón y otro en un lateral del mismo material de color negro. No me ha dado tiempo de analizar cada detalle cuando unos aplausos rompen mi concentración y curiosidad... me giro hacia donde provienen los aplausos y me encuentro a un chico mucho más joven que Marcus con un parecido muy semejante a él. Éste hace una sonrisa de lado y me analiza en profundidad con sus ojos verdes.

— Así que... ésta es la chica tan esperada. — Deja caer mientras afirma con la cabeza en modo de aprobación. — Mejor de lo que imaginaba. — Lanza ahora su mirada hacia Marcus. — ¿No me la vas a presentar? — pregunta con una sonrisa algo cínica.

— Eli, mi hermano pequeño Roberto. Roberto, ella es Eli. — Me presenta desde la elegancia y sin ganas.



O es mi intuición o el momento es tan tenso que se puede cortar con un cuchillo...

— Encantada. — Musito.

— Por favor... ¿No me vas a dejar que le dé dos besos? — le pregunta Roberto, creo que con malicia, a Marcus. Pero sin esperar la respuesta se acerca y besa ambas mejillas.

Tengo la sensación de estar en medio de un ring de boxeo, apuntito de comenzar el primer asalto.

— Roberto, no quieras acaparar el ligue de tu hermano. — Otra voz masculina aparece en escena. Mis ojos no tardan en captar el rostro del que sospecho que es el último integrante al trío de hermanos. También tiene un parecido muy semejante a Marcus. No hay duda que los tres son hermanos de ambas partes. En cambio este hermano tiene una sonrisa más franca e inofensiva. Éste pasa por delante de Roberto y me tiende una mano, me da confianza y decido cedérsela. La besa con cortesía. — Encantadísimo de conocerla. Me llamo Andrés y soy el hermano mediano.

— Igualmente — digo con una sonrisa tonta y nerviosa.

— ¿Me la cedes un momento, Marcus? — pregunta mientras lanza una mirada a la mano que aún tiene entrelazada con la mía. Ya no me acordaba.

Marcus vacila unos segundos, como si lo estuviera meditando. Finalmente afirma con un movimiento de cabeza. Seguido me libera de su mano y yo la añoro al instante.

— Te quiero presentar a mi queridísima esposa, Anna. — Me informa mientras avanzamos por el enorme salón.



Es una chica menudita, con el pelo pelirrojo y muy rizado, que tiene una sonrisa espectacular y los ojos muy rasgados.

— ¡Encantada de conocerte! — exclama con alegría y me achucha con sus finos brazos.

— Encantada. — musito un poco cortada.

— ¿Y papá?— escucho la voz de Marcus a mis espaldas. Quiero huir de aquí refugiarme a su lado.

— Enseguida viene. — Le comunica su madre, — Ha ido a comprar unas cosas que faltaban para la cena.

¿Cómo se llama su madre? Debo de preguntárselo a Marcus en cuanto tenga la ocasión ¿qué clase de novia no se sabe el nombre de su suegra? Únicamente las de mentira, me recuerdo en la mente. Unos brazos fuertes y cálidos me abrazan por la espalda, una fuerte descarga eléctrica hacen reavivar mi corazón, marcando un ritmo casi diría que desesperado, alocado e inaguantable.

— Voy a enseñarle la casa. Si me perdonáis... — pero Marcus no espera a que le den la aprobación. Me arrastra con sus pasos y me adentra por un enorme y largo pasillo.

Ya en la soledad y aun rodeada por sus brazos, le pregunto:

_¿Cómo se llaman tus padres?

— Rosa y Félix. — Me aclara. — Lo estás haciendo bien. — Ésta será nuestra habitación. — Dice mientras abre la puerta y puedo ver una enorme cama de matrimonio, alta y de madera maciza, con unas sábanas de bordados blancas.

¿Perdona? ¿Otra vez me he dormido en algún punto de la película?



— ¿Cómo?— Pregunto atónita.

— Entenderás que después de cenar se hará tarde...

¿Qué debo de decir? Si duermo en la misma cama, bajo las mismas sabanas con este hombre... acabaré desquiciada de deseo. No puedo permitirme algo así. Estoy aquí por trabajo. Cuando esto termine él me dará un puesto de trabajo y yo quedaré atrapada en un tumulto de sensaciones para siempre. ¿Pero qué estoy haciendo? Me está analizando el rostro, lo sé. Pero yo estoy completamente perdida en mis pensamientos.

— ¿Qué te sucede? — me pregunta colocándose justo en frente de mí. Habrá captado la preocupación que se manifiesta en mis rasgos tensos. — ¿otra vez te está dando claustrofobia?

Niego con la cabeza. Está demasiado cerca de mi rostro y temo abalanzarme sobre él, doy un paso atrás para poner distancia entre nosotros. Pero él da uno adelante y vuelve a estar demasiado cerca.

— Yo...yo — balbuceo. — No sé... — pero sus templados labios húmedos sellan los míos.

En realidad quiero retirarlo y sin embargo enrollo mis dedos en su pelo y lo aprisiono más a mí. Es como si el mundo dejará de girar, como si el tiempo se parase y únicamente existiéramos él y yo.

Son tantas las sensaciones que mi inexperto cuerpo experimenta, que soy incapaz de poner freno. Adentra su lengua en mi boca y no dudo en colaborar en un exquisito baile entre ambas. Un carraspeo hace que nos paremos en seco y Marcus finalice con un beso casto. Al girarme ruborizada me encuentro con un hombre canoso, deduzco que es mi suegro postizo. Ya he dejado atrás el rubor, ahora creo que he cogido un color morado.



— Soy Félix, el padre de Marcus, encantado de conocerla señorita Eli.
— Viene hacia mí y me da un apretón de manos. No parece asustado, ni molesto por lo que ha visto. Me relajó un poco.

— Lo mismo digo.

— Bueno, ya que estamos todos deberíamos cenar. — Aparece Rosa por la puerta de la habitación.

En la mesa hay un banquete enorme con toda clase de comidas, eso es imposible de acabarse esta misma noche. El hermano pequeño de Marcus me envía seguidas sonrisas zalameras, que no me hacen gracia. No sé si es que el muchacho es así sin maldad o realmente tiene un poco de veneno, yo por si las moscas marco distancia. A la madre de Marcus se le ve feliz. Y el padre no deja de charlar de sus tiempos mozos cuando conoció a su mujer.

— Hoy es nuestro aniversario. — Me explica Félix, _Nos conocimos este mismo día hace ya treinta y cinco años. Fue un día muy especial.
— Dirige una mirada a Rosa llena de amor.

Si supiera que su hijo y yo nos hemos conocido también en San Valentín, sin ir más lejos hoy mismo...Que coincidencia. Cada vez que miro a Marcus es como si el estómago me diera un vuelco. Estoy perdidamente enamorada de él, y lo peor es que me he enamorado en un tiempo record, tan solo unas horas han bastado para caer rendida a sus encantos. Está claro que cupido no libra ni el día catorce de febrero. Me ha perseguido hasta donde dios perdió la alpargata para tirarme una flecha.

El trabajo ha pasado a un segundo plano, ya no me importa si me da el trabajo o no, ahora me preocupa más no saber si volveré a verle después de esto.



_¿Eli, no cree que el día de San Valentín es mágico? — me pregunta Rosa y me distrae de mis pensamientos.

No lo sabes bien...

— Sí, por supuesto. — Le contesto francamente. A eso es lo único que puedo contestarle sin mentirle...

La cena transcurre que da gusto verla. Ni por asomo pensé que todo saldría así de bien, sin meteduras de pata. Supongo que yo lo he puesto fácil, ya que me brillan los ojos por el hombre que tengo a mi lado y no puedo evitar suspirar cada vez que recuerdo el beso. ¿A qué no sabéis quien visita mi mente para cantar una canción para este momento tan love? El grupo Camila y cantan Bésame. Debo de mirarme la mente, no debo de estar cuerda.

Si esta mañana justo cuando me levanté una adivina me comenta el transcurso del día, me hubiese reído en su cara.

La mesa es un gallinero, aquí nadie respeta la palabra de nadie. La madre, como puede, habla conmigo desde la otra punta de la mesa. Casi no la escucho. Marcus le tira la servilleta dando con puntería al hermano pequeño.

— Deja de mirarla así o te corto las orejas.— Le amenaza

El hermano pone los ojos en blanco.

— Es muy joven para ti...

El hermano mediano se incorpora a la secuencia tirando también la servilleta al hermano pequeño.

— Tráete la tuya propia y deja a las demás.

Todo es en un modo amistoso y divertido. Me tranquiliza saberlo.



Mi supuesta cuñada es muy agradable y me da conversación, es de agradecer ya que yo soy bastante tímida y me cuesta arrancar, pero con ella es fácil, ya que se le ve muy campechana. En realidad todos son campechanos. Como si fuera de lo más natural Marcus me rodea con un brazo por el hombro, siento un cosquilleo en el estómago.

— Sintiéndolo mucho Eli y yo nos retiramos. Mañana tenemos que volver por la mañana y hay un buen rato de carretera.

Me tenso. Recuerdo que tenemos que dormir en la misma habitación...

Queda menos de una hora para que el día catorce de febrero termine, si todo acaba bien posiblemente esté a una hora de terminar con la maldición que me persigue en este día. Cruzo los dedos por debajo de la mesa.

Marcus agarra mi mano y nos despedimos de la mesa dando las buenas noches. Estoy muy nerviosa. Si tengo que dormir con él en la misma cama, soy consciente de que no podré pegar un ojo en toda la noche.

Su brazo sigue rodeando mi hombro mientras caminamos dirección a la habitación. Más le vale a cupido (ya que se ha molestado en llegar hasta aquí para atravesarme con una flecha) no olvidarse de hacer puntería en el fornido pecho de Marcus... Quedan treinta y cinco minutos para despedirme del día catorce. Abre la puerta de la habitación y me invita a pasar. Debería comenzar a ser franca y lo suficientemente valiente para decirle todo aquello que he comenzado a sentir. Puede que sea un error, pero suelo ser una persona que se guía por los sentimientos. Y tragarme estos sentimientos pueden ahogarme. Antes de poder poner un poco de orden en mi cabecita loca, para poder abarcar y manejar lo mejor posible esta situación, Marcus sin previo aviso me rodea y me arrastra



hacia él. Pego un gritito por la sorpresa. Debo parar esto, si vuelve a besarme acabaré más enamorada y el fin puede ser catastrófico.

— Verás Marcus... no puedo seguir con este juego o..., o... — pero no me deja terminar la frase y me devora desesperadamente los labios. Dejo escapar un suspiro de alivio, mi cuerpo parece necesitar esa caricia. Y me rindo a la primera de cambio.

— Puede que sean tus ojos o tu intensa mirada. Puede que sea la suavidad de tu piel o el olor que desprende. No lo sé. Pero juro que siento un enorme deseo por besar cada parte de tu cuerpo. — justo después de sus palabras caigo sobre la cama con él encima. _Me perteneces. Has sido mi mejor casualidad. — Vuelve a besarme ahora más suave. Por la sorpresa en mi mente, el moño apretado se abre como una caja de sorpresas y mi corazón estalla como los fuegos artificiales.

Todavía no estoy segura de haber digerido toda la información, quiero pellizcarme para creer que no es un sueño. ¡BENDITO CATORCE DE FEBRERO, ALABADO SEA TODA LA VIDA!

— Y tú has sido mi bombón de San Valentín.

FIN



CUPIDO ES DE CANELA

de Chloe Santana

<http://www.enterradeletras.blogspot.com.es/>

Otro día más en la oficina. Una pila de papeles amontonados y agrupados en orden alfabético, pos it, pegados en la pantalla del ordenador y demasiado trabajo atrasado que terminar. Y por si fuera poco, hoy es el día de los "amamonados". Sí, ese día tan detestable en el que millones de parejas se regalan chocolates y rosas rojas.

¿Se nota que estoy soltera?

No creas que mi vida siempre fue anodina y aburrida. Hace seis meses, yo salía con Javi, y juntos formábamos la pareja perfecta. O eso creían todos, incluida yo, excepto el infiel de mi novio, que resultó ser un adicto a las jovencitas de diecinueve años.

Ahora, sólo tengo mi trabajo en una empresa dedicada a la edición de tarjetas de felicitación y jingles publicitarios. Mi trabajo consiste en idear frases ingeniosas para felicitar cumpleaños, bautizos, bodas, y en definitiva, cualquier fiesta en la que se puedan regalar tarjetas de diseños cutres, estampados coloridos y frases absurdas. Lo sé, parece apasionante.



Durante el último mes, para más inri, he estado trabajando en tarjetas de San Valentín. Corazones, chocolates, Cupidos alados y sobre todo, el rojo. Que no falte el rojo. No deja de sorprenderme el hecho de que alguien quiera regalar una tarjeta con la frase: "No hay suficientes rosas en el campo para decirte lo mucho que te amo. Así que te regalé esta tarjeta". Lo cierto es que postales como estas se venden como churros, y oye, mientras sea así, yo seguiré ganando dinero. Visto de ese modo, no suena tan mal.

— ¡Taaaaaaaati!— me grita mi amiga Lola, con esa vocecilla tan cantarina y aguda que me pone de mal humor un viernes a las diez de la noche.

Sí, yo soy esa pringada que sale de trabajar a las tantas un fin de semana. Total, no tengo vida social, por lo que puestos a elegir entre ver los programas para chicas de Divinity o quedarme en la oficina, lo último me obliga a relacionarme con seres humanos, aunque estos sean mis compañeros de trabajo y el tema de conversación radique en decidir que es más cursi: "gordito" o "bizcochito".

— ¡Me lo ha pedido, me lo ha pedido!— exclama Lola, con una sonrisa de felicidad que equipararía a la mía si me hubiese tocado la lotería y pudiera dejar de trabajar. Para siempre.

— ¿Qué te ha pedido el qué?— pregunto, sin entender a qué se refiere.

— ¡Matrimonio! ¡Me voy a casar!

Me levanto y la abrazó, sintiendo una extraña envidia poco sana que me hace desear estar en su lugar. Aunque el novio de Lola no me gusta lo más mínimo. Sí, así de desesperada estoy.

Lola llama al resto de compañeros de trabajo, y después de múltiples felicitaciones, saca una tarta casera y comienza a



repartir trozos de pastel. La mini celebración me pone de buen humor, y durante unos minutos, puedo evadirme de mis desvaríos mentales acerca de la vida tan triste que tengo con veintinueve años.

Entonces caigo en la cuenta de algo. Un ingrediente absurdo. Un mínimo detalle que lo cambia todo. La lengua se me seca, la garganta se me hincha y respiro con dificultad, el cuello me pica y se me enrojece...

— ¡Canela!— grito horrorizada.

Lola da palmaditas de júbilo.

— Has descubierto el ingrediente secreto. Que paladar tan selecto que tienes— admira mi amiga Lola.

¿Qué hago, la mato?

— ¡Soy alérgica a la canela!

— ¿En serio?— pregunta mi amiga, poniendo cara de inocencia angelical.

La fulmino con la mirada.

— No me puedo creer que nos conozcamos desde la universidad y no lo recuerdes.

Antes de que me convierta en un ser horroroso con una erupción cutánea y dificultad para respirar, corro hacia el primer hospital que encuentro. En urgencias me pinchan un urbason que me deja la pierna dormida. Con la pierna dormida, la piel roja y bastante mal humor, me dirijo hacia mi casa. Antes, paso por la rotonda de Becquer, una glorieta ubicada en el parque de María Luisa en la que aparece Cupido. Lo señalo con un dedo hinchado y le grito, sin importarme el resto de gente que haya presente.



— ¡Maldito Cupido! ¿No tienes suficiente con que pase un San Valentín a solas? ¿Era necesaria una intoxicación alimentaria? ¿En serio? ¡Odio San Valentín, odio el amor y te odio a ti!— grito furiosa a la inerte estatua.

Me largo cabizbaja y arrastrando la pierna dormida. Al llegar al bloque de pisos en el que vivo, me acuerdo de que dentro de un par de semanas tendré que mudarme. Con Javi, compartía los gastos de alquiler. Ahora que tengo que hacer frente al alquiler yo sola, me temo que es imposible.

Veo que la puerta del ascensor se cierra, por lo que pulso el botón de abrir y me meto dentro. La boca se me seca tanto como si me hubiera comido una doble ración de la tarta asesina de Lola.

¿Quién es este hombre?

Un hombre alto y de cuerpo atlético, vestido con un traje de cachemir, me observa con atención. Es rubio y de ojos castaños, barba bien cuidada y facciones masculinas. Tiene la planta de un modelo de pasarela, la mirada penetrante y la sonrisa más bonita que he visto en mi vida.

— ¿A qué planta vas?— me pregunta, en un tono cortés y formal.

— A la tercera.

— La misma que yo.

El hombre pulsa el botón y el ascensor asciende.

— Soy Ángel, acabo de mudarme a este bloque.

¡¡¡Cupido te amo!!!!

¿Quién es este hombre y dónde ha estado toda mi vida?



— Encantada de conocerte Ángel, yo soy Tati— lo saludo.

Él me dedica una sonrisa arrebatadora que deseo dibujar sobre sus labios.

Gracias Cupido, gracias, gracias, gracias.

De repente, un abrupto movimiento me lanza directamente a los brazos de Ángel, mi nuevo y sexy vecino. Durante unos segundos, me quedo en sus brazos, paladeando la sensación tan morbosa de estar sobre su pecho duro y firme, agarrada por unos brazos fuertes y musculosos que me palpan.

¡Calor, mucho calor!

— ¿Estás bien?— se preocupa.

— Sí, gracias— respondo, con una sonrisilla de boba plantada en la cara.

Ángel se separa de mí y observa el extraño símbolo en la pantalla del ascensor. Yo también lo veo, y siento ganas de vomitar.

— Estamos encerrados— me informa.

Yo me paso una mano por el cabello, sin importar que me despeine. Un sudor frío me empapa la frente, y mis mejillas se tiñen de un intenso color carmesí debido al repentino calor que me sobreviene por todo el cuerpo. Me quito la chaqueta y la tiro al suelo.

— ¿Te pasa algo?— me pregunta Ángel, extrañado al verme tan sofocada.

Me siento en el suelo del ascensor, tratando de buscar un punto estable en el que situarme.



— Soy claustrofóbica. Los espacios cerrados me dan mucho, mucho miedo.

Ángel asiente, muy serio. Él tampoco parece estar pasándolo muy bien.

— Tienes una extraña erupción roja en la mejilla izquierda— me advierte.

— Soy alérgica a la canela— respondo, sin ganas de dar más explicaciones.

Ángel asiente y no me las pide.

— Tranquila, voy a llamar al servicio técnico— coge el móvil, y después de observarlo durante unos segundos, se vuelve hacia mí— no tengo cobertura.

Yo saco mi teléfono móvil, y advierto que estoy en la misma situación. Me sofoco y me pongo de pie, demasiado alterada para pensar con claridad. Las paredes del ascensor son demasiado estrechas, la atmósfera es asfixiante, el aire irrespirable y mi vecino está demasiado bueno.

— ¡Cuéntame algo para distraerme!— le exijo.

Ángel me mira sin parpadear, se encoge de hombros y dice:

— Tienes unos ojos muy bonitos.

Yo me muerdo el labio. Eso, definitivamente, no me distrae.

— ¡Otra cosa! ¡Lo que sea! No quiero pensar que estoy encerrada.

— Me gustan tus labios.



Yo me río histéricamente, pero él no parece impresionado. Me coge del brazo, me da la vuelta y comienza a masajear mis hombros.

— ¿Pero...qué? Oh...— me deshago de placer al sentir sus dedos fuertes y hábiles masajeando mi espalda.

Esto, definitivamente, sí me distrae.

Ángel recorre mi espalda con habilidad, y deshace todos los nudos de tensión que acumulo. Sus manos son fuertes y ejercen bastante presión sobre mi piel. No es una presión dolorosa, sino todo lo contrario, una presión continua y...desconcertantemente excitante. Me gusta la forma que tiene de tocarme; directa y rotunda. Su boca respira contra mi nuca, con su aliento cálido encendiendo mi piel. Este hombre sabe lo que se hace. Cuando termina, yo estoy flotando en una nube de ilusiones. Suspiro derrotada cuando sus manos me dejan.

— ¿Mejor?— me pregunta con una sonrisa.

— Oh...sí— suspiro, con los ojos entrecerrados.

Él no parece inquieto en absoluto. Su aspecto impoluto denota una increíble seguridad en sí mismo. Como si fuera el dueño de la situación. Y en realidad lo es. Trato de desvincularme de esta sensación tan absurda que me invade, y que me incita a follarlo aquí y ahora, ¡Qué cosas!

— Sí, estoy mejor. Gracias— trato de sonar indiferente y segura de mí misma, en vano.

— ¿Se te ha pasado la claustrofobia?

¡Claustrofobia!

Todos mis miedos aparecen de nuevo. Las paredes se estrechan, el suelo tiembla, mi piel se acalora y las manos me sudan.



Necesito buscar algo en lo que centrarme, pero por alguna extraña razón, no logro pensar con claridad. Miro a Ángel, tan sexy con la corbata azul marino. Sus labios son tentadores. Su cabello parece tan suave como la seda....

¡Calor, mucho calor!

Una fuerza magnética me impulsa actuar. Algo se apodera de mí, y no puedo controlarme. Me tiro al cuerpo de Ángel, aferro su cuello entre mis manos y lo beso, con una ferocidad que no sabía que poseyera. Mi lengua busca desesperada la suya, sus labios saben a sexo. A una desgarradora promesa de sexo que estoy deseando probar. Le revuelvo el cabello, le muerdo el labio y me apreté contra su cuerpo. Al notar su respiración entrecortada me vuelvo loca.

Otro brusco movimiento de ascensor. Esta vez, me separa de su cuerpo y me lanza hacia la pared contraria. Las puertas se abren. Ángel me mira, con los ojos muy abiertos y la cara seria, muy seria.

— Yo...no sé lo que me ha pasado ¡Lo siento!

Salgo corriendo, sin mirar atrás. No tengo ni idea de que me ha sucedido, pero juro que la Tati racional y aburrida que conozco no va a permitir que la Tati impulsiva y viciosa vuelva a aparecer.

“Estoy como una cabra”, me sermoneo a mí misma. No me puedo creer que me haya tirado a los brazos de mi nuevo vecino como una...
¡Como una completa desesperada!

¡Ay madre!... ¿Qué voy a decirle cuándo lo vea? ¿Qué cara voy a poner cuando me lo cruce en el portal, o en el ascensor?

¡Alarma, alarma!



El ascensor está prohibido. No voy a volver a montarme en el ascensor en la vida. Voy a quitarme la chaqueta debido al calor que siento cuando me percató de que la tiré al suelo. Vaya tela. Entonces, el timbre de mi puerta suena. Me quedo congelada, como si alguien me hubiera pillado haciendo algo malo.

Por favor, que no sea él. Me muero de vergüenza si es él.

Sin atreverme a mirar por la mirilla, abro la puerta sin darme tiempo a pensar.

Es Ángel. Tiene el pelo revuelto. El pelo revuelto gracias a mis manos inquietas. No lleva la chaqueta ni la corbata, y los primeros botones de su camisa blanca están desabrochados. En su pecho asoma un fino vello claro que las yemas de mis dedos desean tocar...

¡Stop!, me digo.

La cara de Ángel es una máscara inescrutable. Sus ojos están fijos en los míos, derritiéndome como la lava ardiente a la roca. Sus labios apretados y la mandíbula tensa. Él sostiene mi olvidada chaqueta con un dedo, y yo se la arrebato de un manotazo.

— ¿Acostumbras a besar a todos tus nuevos vecinos?— inquiriere en tono serio.

Me tapo el rostro con las manos, deseando que la tierra me trague.

— Lo siento, de verdad. Estaba muy nerviosa.

Él enarca una ceja, quizá sorprendido por mi absurda disculpa.

— No tenías derecho a besarme— me espeta.

— Lo sé. No volverá a pasar.

— ¿Estás segura?



Ahora soy yo la que enarca una ceja, ¿Este quién se cree que es? Vale que sea el tío más atractivo con el que me haya cruzado en la vida, pero no soy una desesperada dispuesta a lanzarse a los brazos del primero que pille, ¿O no?

— Por supuesto que estoy segura— replico, alzando mi cara y mirándolo a los ojos.

Ángel sonrío. Una sonrisa ladeada y provocativa.

— Es una pena. Yo estoy deseando que vuelvas a repetirlo.

Mi mundo se detiene. Las palabras se quedan estancadas en mi garganta. Lo miro y me mira.

Ángel se abalanza sobre mí, me coge de la cintura y me besa ferozmente, ¡Y cómo besa! Mi nuevo vecino parece querer demostrarme que él es ahora quien está al mando. Me mete dentro de mi casa, cierra la puerta y me empuja contra la pared. Su lengua devora mi boca con ansiedad, poseyéndome con cada nuevo beso. Sus manos pasean frenéticas por mi cuerpo, recorriendo mi cintura. Me quedo sin respiración cuando él se detiene.

— ¿Estás segura?— me pregunta, con su boca a escasos centímetros de la mía.

Asiento, sin decir nada más.

Ángel me coge en brazos, y busca a tientas, lo que imagino que debe de ser la cama. Fuegos artificiales estallan en mi interior.

¡¡¡Síiiiiiiii!!!

— A la derecha— le ordeno.

Él me lleva en brazos a mi habitación, me suelta sobre las sábanas deshechas y me arranca la camisa. Me coge y me da la



vuelta sin demasiados miramientos. Sus dientes agarran el cierre de mi sujetador y lo desabrochan. Vuelva a darme la vuelta y me observa con detenimiento. Sus manos pasean frenéticas por mis pechos. Yo no estoy dispuesta a quedarme atrás, lo agarro de la camisa y se la arranco. Los botones se desparraman entre las sábanas y ambos reímos. Nos desvestimos mutuamente. Más bien, nos arrancamos la ropa él uno al otro. Ángel va dejando besos húmedos y cortos por toda mi piel, hasta llegar a mi húmeda hendidura. Pasa un dedo por los pliegues de mi interior y me mira a los ojos.

— Me vuelves loco— dice con voz ronca.

Su boca me besa en el centro de mi deseo. Agarra el clítoris y tira de él. Mi tenso botón crece bajo las acometidas de su lengua. Sus caricias son brutales y me arrancan jadeos de placer. Mis manos vagan hacia su cabello, y lo agarro tal y como he imaginado hacerlo. Mis caderas se alzan victoriosas hasta su boca, y me elevo hacia un camino sin retorno. Grito y me retuerzo, llegando al éxtasis.

Ángel se levanta y va hacia la pila de ropa tirada sobre el suelo. Busca algo en el bolsillo de sus pantalones. Un preservativo.

— ¿Y si te hubiera dicho que no?— pregunto burlonamente.

Él me mira y sonrío.

— Ambos sabemos que no lo habrías dicho.

Yo voy a protestar, pero él coloca un dedo sobre mis labios.

— Ni se te ocurra decir algo que pueda estropearlo— me advierte.

Yo asiento, sin decir nada. Estoy demasiado necesitada de su contacto como para estropear este prometedor encuentro sexual. Él se coloca el preservativo y se tumba encima de mí.



Ángel se sostiene sobre sus antebrazos bien definidos, se agarra la polla y me penetra en un solo movimiento. Su miembro es más grande de lo que me esperaba, y me tenso al sentir que me llena por completo. Poco a poco, la sensación de presión va abriendo paso al placer. Yo clavo las uñas en su espalda y me dejo llevar. Nos movemos al unísono, sintiendo el placer del otro. Él me susurra al oído; palabras calientes que me excitan y me hacen sollozar de placer. Entra y sale de mí, poseyéndome con cada nueva embestida. Gruñendo. Muy sexi. Me encanta.

Pierdo la noción del tiempo. El pasado no existe. El futuro es incierto. El presente es él. Su cuerpo.

No tengo ni idea de cuántas veces lo hacemos esta noche. Sólo sé que, al final, me quedo dormida sobre el pecho de Ángel, absorta en su respiración rítmica, mientras él me está contando una historia suya acerca de una intoxicación alimentaria. O algo así.

Me despierto con el sonido de la alarma del móvil. Dentro de una hora, tengo que ir a trabajar. Me veo obligada a desvincularme de mis sueños eróticos con mi nuevo vecino y volver a mi aburrida rutina.

¿Sueños?

Observo la nota sobre la mesita de noche.

"Ha sido un placer conocerte, vecina. Te he dejado el desayuno en la cocina. Tengo que ir a trabajar"

¡No ha sido un sueño!

Me levanto y comienzo a dar saltitos de emoción por mi dormitorio.



Voy a trabajar de más buen humor que de costumbre. Me pongo un vestido sexy y poco inusual en mí, me pinto los labios y me subo a unos tacones de veinticinco centímetros. Hoy, gracias al magnífico polvo con mi vecino, he recobrado la confianza en mí misma. Llego a la oficina contoneando las caderas y esbozando una amplia sonrisa. Lola, al verme llegar, abre muchos los ojos.

— ¿Quién eres tú y qué has hecho con Tati?— me admira de arriba abajo.

— Tengo que contarte...

Lola me interrumpe.

— ¡El nuevo jefe está como un queso!— exclama.

Algunas compañeras la escuchan y asienten, entre risillas. Yo sonrío, pero no por la misma razón. Estoy segura de que mi nuevo jefe está en un peldaño por debajo de mi nuevo vecino en lo que a sex—appeal se refiere.

— Oh, ya se me había olvidado. Pensé que llegaba la semana que viene.

— Todos lo creíamos, pero al parecer ha querido llegar una semana antes para darnos una sorpresa.

— Para pillarnos desprevenidos— la corrijo.

— Ajá— admite ella.

— ¿Y cómo es?

— ¡Demasiado guapo!— exclama emocionada.

— No me refería a eso.

Lola tuerce el gesto, como si eso fuera lo más interesante.



— Es bastante serio.

Oigo pasos detrás de mí, y por la cara de Lola, imagino que es mi nuevo jefe.

— Tatiana Rojas, llega usted tarde— me sermonea mi nuevo jefe.

¿Tarde? Pero si sólo han sido tres minutos de nada...

Un momento, esa voz...

Me vuelvo poco a poco, rogando que no sea él. Cuando lo veo, él me mira y yo lo miro. No me lo puedo creer, es Ángel. Mi vecino, con el que hace unas horas me he acostado, es mi nuevo jefe.

Ambos tenemos una idéntica cara de desconcierto. Yo todavía estoy tratando de buscar algo que decir cuando él habla.

— Señorita Rojas, que no se vuelva a repetir su impuntualidad— me advierte.

¿Va a hacer como si no me conociera?

Un pinchazo de decepción hace mella en mi renovado orgullo, que se desvanece al instante. Dispuesta a seguirle el juego, le respondo.

— Así será, señor...

Ángel me fulmina con la mirada.

— Para usted soy el señor Reyes— me espeta, sin amabilidad alguna.

Acto seguido se da la vuelta y se marcha.

Paso el resto del día tratando de olvidar lo sucedido. No obstante, no puedo evitar sentirme herida. Comprendo que lo nuestro sólo ha sido una noche de pasión y que nuestra relación debe ser la estrictamente profesional, pero... ¿Tenía que actuar de una forma tan vil?



La secretaria de mi nuevo jefe— vecino me llama.

— Tati, el señor Reyes quiere que vayas a su despacho.

Yo me levanto muy nerviosa y voy hacia su despacho. Cuando entro, Ángel está sentado tecleando en el ordenador. Deja de teclear y me mira.

— Siéntate— me ordena.

Yo me quedo de pie.

— Así estoy más cómoda— respondo con frialdad.

— Como quieras, seré breve. Prefiero pensar que no tenías ni idea de que yo era tu nuevo jefe, aunque me cuesta creerlo. Resulta demasiada coincidencia que sea tu nuevo vecino, te lances sobre mí como una loba, y ahora sea tu jefe.

Me quedo petrificada. Él continúa.

— Si piensas utilizar lo que pasó la otra noche para conseguir una mejora laboral, estás equivocada. De ahora en adelante para ti seré el señor Reyes, y entre nosotros no ha pasado nada, ¿Te queda claro?

Toda la rabia que llevo aunando en mi interior durante el día sale a borbotones. Coloco las palmas de las manos sobre el escritorio, acerco mi rostro al suyo y le hablo a la cara, sin amilanarme.

— No tenía ni idea de que eras mi jefe, pero gracias a tus palabras, me he dado cuenta de que eres un cabronazo. No tienes de qué preocuparte, porque para mí, lo que pasó la otra noche no existió, ¿Le ha quedado claro?— él me mira con incredulidad. Yo sonrío, me doy media vuelta y le hablo— ¡Váyase a la mierda señor Reyes!



Ha pasado una semana desde el espectacular polvo con mi vecino— jefe. Desde entonces, Ángel se ha comportado como el jefe más exigente del mundo. Constantemente me obliga a hacer trabajos que me hacen salir la última de la oficina, estoy segura, con la única intención de no cruzarse conmigo en el portal. Además, me trata con una indiferencia y frialdad que me dejan desolada.

¡Maldito Cupido! ¿Por qué tuviste que ponerlo en mi camino?

Estoy en mi casa, con una tarrina de helado de chocolate y el ánimo por los suelos. Desde luego, una cagada como esta es digna de Tati Rojas, la eterna pringada de las relaciones amorosas. Cuando llaman a la puerta, desisto de levantarme para ir a abrir. Pero la persona que sea, es muy insistente. Vuelve a llamar, esta vez con más ímpetu. Me levanto de mala gana y miro por la mirilla.

Es Ángel. No, no es Ángel. Es el señor Reyes.

— Tati, sé que estás ahí. Abre la puerta, tenemos que hablar.

No pienso abrir la puerta. En la oficina, con la presencia del resto de mis compañeros de trabajo, puedo comportarme con él como si fuéramos jefe y empleada. Pero en la intimidad de mi casa, si abro la puerta, no voy a contenerme. Me lanzaré a sus brazos como lo que soy: una desesperada.

— ¡Lárguese señor Reyes!— le grito.

Lo espío por la mirilla, y veo como coloca la frente sobre la puerta.

— Tati, por favor, abre la puerta. Tengo que decirte una cosa.

Sí, seguro. Se quejará sobre mi trabajo, o cualquier otra nimiedad sin sentido. No estoy dispuesta a soportarlo. Tengo sentimientos. Es increíble, pero estoy pillada por el cabrón de mi jefe. El mismo que me trata con hosquedad en la oficina. El mismo con el que



me acosté hace una semana, haciéndome sentir la mujer más hermosa y única sobre la faz de la tierra.

Llena de rabia, le grito.

— ¡Si no te largas te pongo una demanda por acoso laboral!

Vuelvo a mirar por la mirilla. Ángel, el señor Reyes, o quien quiera que sea, se queda parado durante un largo minuto frente a la puerta. Al final, se da media vuelta y entra a su casa, dando un sonoro portazo.

Al día siguiente, en la oficina, me pierdo el almuerzo por cortesía de mi nuevo jefe, quien ha estimado necesario que yo haga trabajo extra. Así que me paso mi hora del almuerzo trabajando sobre un nuevo diseño de tarjetas gracias a mis conocimientos sobre diseño gráfico. No quiero ser mal pensada, pero creo que él está vengándose porque el otro día no le abrí la puerta. Eso, unido a mi amenaza de demandarlo por acoso sexual, no tuvo que sentarle nada bien.

— ¿Aún sigues aquí, no has ido a desayunar?— me pregunta mi amiga Lola, tras llegar de su almuerzo.

— El todopoderoso señor Reyes quiere que haga trabajo que no me corresponde, al parecer, le trae sin cuidado si me muero de inanición.

— ¿Quieres que te suba algo de comer?

— Sí, otro jefe nuevo, por favor.

Mi amiga no se ríe, y yo entiendo que algo no anda bien. Me vuelvo para observar lo que Lola mira con cara de bochorno, y al hacerlo, me encuentro con los ojos helados de Ángel.



— Ya que veo que tienes mucho tiempo libre para cotillear, imagino que habrás acabado lo que te pedí— su tono de voz es frío como el hielo.

— Sí, aquí lo tiene. Se lo he mandado por email, si quiere que corrija algo sólo tiene que decírmelo.

— Ven a mi despacho, haremos las correcciones ahora.

Yo me quedo sentada en la silla, sin moverme. Cuanto más lejos esté de mi jefe, mejor.

— Si no le importa, tengo que ir a almorzar. He perdido mi tiempo del almuerzo.

— Por supuesto. La espero dentro de veinte minutos.

¿iVeinte minutos!/? En realidad, tengo dos horas para almorzar.

Por su cara, me doy cuenta de que no está para discusiones, por lo que me levanto y me voy a almorzar. Apenas pruebo bocado, demasiado nerviosa por nuestra próxima reunión. No lo entiendo, si él necesita corregir algo, puede mandarme las instrucciones por correo o por el teléfono de la oficina. Un trato estrictamente profesional, en eso quedamos.

A los veinte minutos regreso a la oficina con el estómago revuelto. Llamo a la puerta de su despacho, y él me ordena que pase. Por si acaso, dejo la puerta abierta.

— Cierra la puerta, Tati— me ordena con suavidad, pero sin dar pie a que pueda contradecirlo.

— Soy la señorita Rojas— lo corrijo.

Cierro la puerta con cierta brusquedad y me vuelvo a encararlo.



— ¿Qué correcciones hay que hacer?— pregunto de manera apresurada, deseando salir de su despacho cuanto antes.

Ángel mira la pantalla del ordenador y luego me observa con detenimiento.

— Acércate— me pide.

Yo lo hago, y cuando observo la pantalla del ordenador, me doy cuenta de que está apagada. Me vuelvo furiosa hacia él, con los ojos llameantes. Estoy a punto de largarme, pero él me agarra del brazo y me detiene.

— Tati, esta era la única manera que tenía de acercarme a ti. El otro día no quisiste abrirme la puerta de tu casa— se disculpa dulcemente.

— ¿Después de cómo me trataste hace una semana? ¡Te faltó llamarme buscona!— le grito llena de rabia.

Ángel enarca una ceja, sorprendido por mi actitud.

— Tati, tú no eres ninguna buscona. Eres una verdadera tentación.

Me agarra del trasero y me empuja sobre el escritorio. Su potente erección bajo la tela de sus pantalones apuntando contra mi piel. Su boca me besa, sin pedirme permiso. Yo me acaloro, y antes de que pueda reaccionar, estoy respondiendo a su beso de una manera enloquecida. Él tira al suelo todos los papeles que hay en el escritorio, me tumba sobre la mesa y me sube el vestido.

Tengo que parar esto, me advierto a mí misma.

Mi jefe, Ángel, el señor Reyes, aprisiona uno de mis pezones entre sus labios y tira de él. Yo gimo, incapaz de contener mis palabras. Él vuelve a besarme, una y otra vez.

— Te he echado de menos— me dice roncamente al oído.



Entonces lo entiendo todo. Va a volver a hacerlo. Me follará, como aquel día en mi cama. Y luego, se comportará como un cabronazo. Me mandará trabajo extra, me obligará a salir la última de la oficina, y me tratará como si yo fuera una apestada que intenta seducirlo.

Le doy un empujón y lo aparto de mí. Me bajo del escritorio, me recoloco la ropa y retrocedo cuando él intenta tocarme.

— Tati... ¿Qué?

— No vuelvas a tocarme. Nunca. Dejaste muy claro que entre tú y yo no había nada.

Me largo de su despacho sin mirar atrás. Sin pensármelo dos veces, recojo mi bolso, me pongo el abrigo y le digo a Lola que me marcho porque me encuentro mal. Me vuelvo a casa, sin importarme la posterior bronca del cretino de mi jefe. Juro que si él se atreve a decirme algo le montaré tal espectáculo en la oficina que ambos acabaremos despedidos. Sí, lo sé, soy una irracional. Por eso en la vida soy una triunfadora...

Llego a mi casa quince minutos más tarde. Con la frente sudorosa, la respiración agitada y las mejillas coloreadas. Mi estado, se debe, en parte, a la carrera maratoniana que me he pegado para llegar a mi casa y encerrarme bajo la seguridad de mis cuatro paredes, y en mayor medida, a la tórrida escenita que hace unos minutos he vivido con mi jefe.

¡Ay Tati! ¿Qué te está pasando?

¡Quién me ha visto y quién me ve!

Yo sólo era esa chiquilla normalita que no salía de la postura del misionero, y ahora, ando seduciendo vecinos en el ascensor y abriéndome de piernas sobre el escritorio del jefazo buenorro.



Llaman a la puerta, lo que me pilla desprevenida. Al mirar por la mirilla, observo un enorme ramo de rosas blancas de las que cuelga una tarjeta. No me puedo creer que mi jefe crea que puede comprarme con un estúpido ramos de mis flores favoritas. Abro la puerta, con la única intención de decirle al mensajero que se lleve las rosas. Bajo el ramo, la cara de Ángel aparece. Intento cerrar la puerta, pero él coloca un pie en la entrada.

— ¿Cómo? ¿Qué?— pregunto incrédula.

Es imposible que le haya dado tiempo de comprar un ramo de rosas y venir corriendo hasta mi casa. Aunque por su aspecto desaliñado y su respiración entrecortada, está claro que es lo que ha hecho.

— ¿Por qué rosas blancas?— pregunto furiosa.

¡Son mis flores favoritas! No tiene derecho a convertir esto en un momento romántico, cuando yo le importo un pimiento.

— Lola me ha dicho que son tus flores favoritas.

— ¿Has salido corriendo de la oficina cuando yo me he largado, y le has preguntado a mi compañera de trabajo cuáles son mis flores favoritas, delante de todo el mundo?— pregunto incrédula.

— Sí— asiente tan normal.

— ¿iTe das cuenta de que ahora todo el mundo sabe que nos hemos acostado!?!— protesto. Y por un momento, eso me hace sentir mejor. Furiosa, pero mejor. Si a él no le importa lo que los demás piensen...— ¿Es que no te importa?

— Me da igual lo que piense el resto de la gente. Por algo estoy aquí.

Yo asiento, sin dejarme seducir.



— Pues has venido para nada— le espeto, y acto seguido, cierro la puerta.

Lo pillo tan desprevenido que él no es capaz de reaccionar. Automáticamente, llama a la puerta. Yo lo observo por la mirilla. Tiene mala cara, y me doy cuenta de que, en el fondo, el cabrón sin sentimientos de mi jefe lo está pasando mal.

No, no te dejes engañar.

— Tati, ábreme la puerta. Quiero hablar contigo.

— ¡No!— me niego.

— Por favor, déjame que te de las flores y te pida perdón.

Yo me lo pienso, y al final, abro la puerta. Ángel sonrío, pero yo no. Le arrebato el ramo de rosas blancas y le digo:

— Las flores me las quedo. Nunca me han regalado rosas— le explico, con toda la cara del mundo, y vuelvo a cerrarle la puerta en las narices.

Miro por la mirilla, y la cara de póker de Ángel me hace gracia. Aporrea la puerta y grita.

— ¡Maldita sea Tati! Abre la maldita puerta. Quédate con las flores si es lo que quieres, pero de aquí no me muevo hasta que me escuches.

Me apoyo en la puerta y pienso. Las flores me las quedo, pero a Ángel no lo escucho. En el amor nunca me ha ido bien. Todo el mundo me hace daño. Mi ex novio lo hizo. Mi jefe me trató fatal después de acostarse conmigo.

Aunque tengo tantas ganas de besarlo...

Me voy hacia el cuarto baño y me ducho, dispuesta a borrar mis inquietudes con el agua. Luego me preparo un sándwich para



comer, y enciendo la tele. Estoy tres horas haciendo zapping, sin fijarme en nada. Sólo pensando en él. Al final, decido ir a dar una vuelta. Ángel no ha vuelto a llamar, por lo que imagino que ha regresado al trabajo.

Me pongo el abrigo y abro la puerta. Ahí está Ángel, sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared. Cuando me ve, se pone de pie. Me quedo paralizada por la sorpresa, y estoy a punto de cerrarle la puerta, pero Ángel se interpone en mi camino.

— Te dije que ibas a escucharme— me dice muy tranquilo, aunque en el fondo, puedo notar la tensión que emana.

— Di lo que tengas que decir y lárgate— le espeto, tratando de sonar con una indiferencia que no siento.

Ángel asiente, muy serio. Me mira a los ojos y habla.

— Lo siento mucho. No sentía todas las cosas que te dije aquel día en la oficina. Siempre he sido una persona muy racional y jamás me he dejado llevar por mis impulsos. Aquel día, en el ascensor, me pareciste la mujer más encantadora del mundo. Es la primera vez en mi vida que me comporto de una manera tan impulsiva, ¿Entiendes?

— Yo también— asiento con sinceridad.

— Tati, soy de la vieja escuela y estoy acostumbrado a hacer las cosas despacio. Pero contigo no puedo. Contigo quiero ir deprisa. Quiero tenerlo todo de ti, si tú me dejas. Eso me asusta, porque nunca había sentido una atracción tan espontánea por nadie en un tiempo tan corto. Me vuelvo loco cuando estoy a tu lado. No soy capaz de controlarme. Esta semana en la oficina ha sido una tortura para mí. Me obligaba a estar separado de ti, y lo cierto es que me he comportado de una manera ruin y despreciable. Aquel día en la oficina dije cosas que no sentía porque quería



alejarte de mí. Ahora quiero todo lo contrario. Lo cierto es que me diste miedo, Tati. Estaba preparado para todo menos para ti.

Mi entereza flaquea al escuchar su confesión.

— ¿Y ahora estás preparado?— necesito saber.

— Lee la tarjeta del ramo— me pide.

Yo voy hasta la cocina y leo la tarjeta del ramo de rosas.

"Me hubiera gustado empezar contigo de otra manera, así que voy a intentarlo ahora:

Hola Tati, encantado de conocerte. Me gustas mucho.

¿Me perdonas?"

Suelto la tarjeta sobre la encimera de la cocina y corro a abrazar a Ángel. Lo beso, y él me recibe encantado. Me estrecha con sus brazos fuertes, me besa el cuello, las mejillas y la punta de la nariz.

— ¿Y bien?— pregunta.

Yo sonrío y le digo:

— Encantada de conocerte, Ángel.

Ángel y yo llevamos un mes juntos, y si te soy sincera, estoy segura de que estamos hechos el uno para el otro. Me comprende, me mimas, me hace reír...y el sexo, ¡Oh! Te juro que nunca imaginé que se pudieran hacer tantas cosas con dos cuerpos.

Le pedí a Ángel que me trasladara de departamento, y así lo hizo. Ahora trabajo en otro departamento de marketing, bajo el mando de un jefe distinto al que no deseo, y he de admitir que mi impulsividad me está sirviendo para aflorar una vena creativa



que no sabía que poseyera. Por otra parte, tengo una nueva compañera de piso que me ayuda a pagar los gastos de alquiler, aunque la verdad sea dicha, paso la mayor parte del tiempo en casa de Ángel.

No me puedo creer que las cosas vayan tan rápidas entre nosotros. Pero a veces, simplemente sabes que es la persona correcta. Y ésta, es una de esas veces.

Ahora estoy comprando mi vestido para la boda de Lola, acontecimiento al que Ángel, mi novio, va a acompañarme. La vida nunca fue tan buena.

— Nos hemos desviado del camino— me dice Ángel.

Yo sonrío y niego con la cabeza. Señalo hacia la estatua de Cupido, quien parece devolverme la sonrisa. Miro a Ángel y le digo.

— Cupido es de Canela.

Ángel enarca una ceja, se ríe y me da un beso.

FIN



NUESTRO SANTUARIO DE LOS BESOS REGALADOS

de Olivia Ardey

<http://oliviaardey.blogspot.com/>

—Han pasado tantos años... no te habría reconocido —aseguró.

—No sé cómo tomarme eso —repliqué incómoda—. ¿Tanto he cambiado?

—Ya lo creo. Has mejorado, como el buen vino.

—He madurado, como la fruta —ironicé—. En cambio tú...

—Yo ¿qué? —me miró a los ojos.

De pronto los años no habían pasado. Como entonces, me estremecí de la cabeza a los pies porque seguía teniendo aquél fascinante poder sobre mí. Y él lo sabía.

— ¿Cuántos médicos pueden llamarse Repérez? Enseguida he sabido que eras tú.

— ¿Te casaste?

—Viví en pareja —respondí jugueteando con el tenedor—. Pero se acabó. Hace tiempo que no hay nadie. ¿Y tú?

Me contó que estuvo casado pero no funcionó. Tenía a sus dos hijos en fines de semana alternos e intentaba conciliar las



guardias y los turnos con la educación de los niños. Bajé la vista para que no notase el peso que me quitaba de encima cuando me dijo que no había ninguna mujer en su vida. Y durante toda la cena hablamos sin parar del curso que habían seguido nuestras vidas durante aquellos veinte años.

— ¿Te acuerdas de las tardes en el terrado?

— ¿Cómo no voy a acordarme? —sonreí—. Y de la jaula de los palomos de mi padre, y de tu madre sobrehilando pantalones mientras escuchaba la radio.

—Instituto Francis de Belleza, Ronda San Pedro, 18 —añadió haciendo gala de su buena memoria—. Cuando os marchasteis creí que me moría —murmuró tomándome la mano.

— ¿Crees que a mí no me dolió? Odié a mi padre por comprar aquél piso en Hospitalet. Ni te imaginas cuanto lloré —musité entrelazando sus dedos—. Pero éramos demasiado jóvenes, tú estabas en primero de carrera y yo ni siquiera había terminado el BUP.

Durante un rato permanecimos en silencio. Ambos recordamos todas las promesas incumplidas, “me escribirás”, “te llamaré”; como si tuviésemos en nuestra mano la varita mágica capaz de parar el tiempo y devolvernos los años perdidos, tantos sueños convertidos en humo, la inocencia del primer amor.

— ¿Café?

No había cambiado nada. Siempre fue un hombre de ciencia, una mente racional que me devolvía a la realidad con una pregunta tan prosaica. Negué en silencio y él, con la mano, atrajo la atención del camarero reclamando la cuenta. No permitió que le invitara. Fue un gesto simbólico para hacerme sentir a su lado la novia que nunca llegué a ser. Caminamos hacia el coche uno junto al



otro, sin tocarnos, temerosos de establecer un contacto que tal vez el otro rechazase.

— ¿Psicóloga? —sacudió la cabeza con incredulidad—. No sé, te hacía en Bellas Artes.

—Ya ves —me encogí de hombros—. Mis padres pusieron el grito en el cielo.

— ¿Has vuelto por allí? —me preguntó con las manos en los bolsillos.

—Nunca —aseguré rotunda.

Los ojos se me llenaron de lágrimas y volví la cabeza avergonzada por reaccionar de una manera tan pueril. Él me cogió del brazo para obligarme a parar. Con una ternura que no recordaba me obligó a mirarlo a los ojos y me besó en la mejilla.

—Vamos —me susurró al oído.

Durante el trayecto, él condujo en silencio y yo sufrí con cada comercio cerrado, cada letrero distinto, cada balcón vacío. Detuvo el coche en la esquina, la misma en la que mi padre cada día repetía su frase preferida.

—Vaya nombre para una calle —repetimos al unísono.

Y estallamos en carcajadas, como entonces. El paraíso de nuestra infancia tenía nombre de rumba.

Salí del coche y volví a casa. Ya nada era igual en la calle Tantarantana, no olía a pucheros en el fuego, nada quedaba del aroma a ropa tendida ni del trasiego de gente de camino al Mercado del Borne. Aun así decidí dejarme llevar por los recuerdos felices de aquellos años, los mejores de nuestras vidas. Empujé el portalón pero estaba cerrado y me quedé contemplando en



silencio los pisos altos. Él se puso a mi espalda, me rodeó por detrás y apoyó la barbilla en mi hombro.

—Durante todos estos años, cada vez que cerraba los ojos volvía a este portal. Nuestro santuario de los besos robados.

— ¿Robados? —reí aferrándome a sus brazos—. Yo diría que regalados. Y fueron muchos, ya lo creo.

— ¿Y tus padres?

—En Hospitalet siguen —des hice el abrazo y lo miré a los ojos—. ¿Y tu madre?

—Regresó a Guadix —su voz se tornó melancólica—. Al morir mi padre Barcelona se le quedó grande. Y allí es feliz, ya la conoces.

— ¿Sabes qué es lo que más echo de menos de entonces? Sus roscas de manteca.

—Muchas gracias —me sacudió rodeando mi cintura.

—Aún te veo estudiando en el comedor y, sobre la mesa, siempre un plato repleto de roscas. Qué cosas tiene la mente, el recuerdo más entrañable de mi juventud son unas roscas andaluzas de manteca.

—Me distraías —recordó pegándose a él—. Yo te metía una rosca en la boca y te decía “come y calla”. Pero tú nunca me hiciste el menor caso.

Lo tenía tan cerca que podía sentir la dulce caricia de sus labios y cerré los ojos para volver a gozar de su aliento, tantos años añorado.

—Esto no es una buena idea. Las segundas oportunidades no existen —intenté razonar.



—Sí existen —murmuró—. Soy médico, ¿cómo no voy a creer en ellas?

—Rafa...

—Vamos, nena —suplicó mordisqueándome los labios—. Haz lo que yo digo por una vez en la vida. Come y calla.

Y decidimos crear un nuevo mundo para los dos, de canciones dedicadas, tardes de cine y caricias furtivas en la oscuridad de un portal.

FIN



Ocho corazones
y un
San Valentín



Antología 2.014

Idea y Organización: Iris T. Hernández

Portada: Anele Callas

Maquetación: Iris T. Hernández

*Relatos: Olivia Ardey, Iris T. Hernández, Samanta Rose Owen,
Verónica García Montiel, Anele Callas, Castalia Cabott, Chloe Santana,
Lydia Alfaro.*

Relatos registrados y de propiedad de cada autor.

CE "Ocho corazones y un San Valentín" 2014

